



1180653

DR

7049

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

EL CABECILLA

NOVELA NOVELESCA

POR

J. BARBEY

Jamás ha caído en mis
manos novela que despertar
tara más vehementes deseos
de llegar al fin.

Es la obra de un hombre
de talento. ZOLA.

MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS

10, Campomanes, 10

PEQUEÑECES...

CURRITA ALBORNOZ

AL P. LUIS COLOMA

Precioso libro anónimo, atribuido á don Juan Valera por la sal y pimienta con que está escrito.

Precio: **Una peseta.**

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

I

LA SONATA DE KREUTZER

POR EL

CONDE LEÓN TOLSTOY

En un estudio que la Sra. Pardo Bazán ha publicado acerca de Zola y Tolstoy, los más grandes novelistas contemporáneos, dice la ilustre escritora: «Tolstoy podrá escribir fábulas originales, pero endebles, v. gr.: *Pánfilo y Julio*; en cambio, cuando acierta, marca la huella profundísima de su garra de león, creando un drama tan real, tan hondo, tan amargo, tan sublime — no es hiperbólico el elogio — como *La Sonata de Kreutzer*, acaso la novela más profunda y genial de la temporada del 90 á 91.»

Elegante volumen correctamente traducido del ruso. **Tres pesetas** en las principales librerías.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

Se han impreso de este libro:

25 ejemplares en papel China.

25 ejemplares en papel Japón.

50 ejemplares en papel hilo.

EL CABECILLA DESTUCHES

Es propiedad.

J. BARBEY D'AUREVILLY



EL

CABECILLA DESTUCHES



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Sorta
7049

MADRID

IMPRESA DE LA «ESPAÑA MODERNA».—EVARISTO SÁNCHEZ

Calle de Atocha, 114.

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

Escrita por **Arenal** (Doña Concepción), **Barrantes**, **Campoamor**, **Cánovas**, **Castelar**, **Echegaray**, **Galdós**, **Méñendez y Pelayo**, **Pardo Bazán** (Doña Emilia), **Palacio Valdés**, **Pi y Margall**, **Thebussem**, **Valera**, **Zorri-lla**, etc.

Precios de suscripción pagando por adelantado:

En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.—Fuera de España, un año, *cuarenta francos*, enviados directamente á la Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres, ó en billetes de cualquiera nación europea.

Las suscripciones comienzan en Enero ó Julio de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador, calle de Serrano, 68, Madrid.

EXTRANJEROS ILUSTRES


TOMOS PUBLICADOS

- | | |
|----------------------------|-----------------------------|
| I. <i>Forge Sand.</i> | VI. <i>Dumas</i> (hijo). |
| II. <i>Víctor Hugo.</i> | VII. <i>Flaubert.</i> |
| III. <i>Balzac.</i> | VIII. <i>Chateaubriand.</i> |
| IV. <i>Alfonso Daudet.</i> | IX. <i>Los Goncourt.</i> |
| V. <i>Sardou</i> | |

Todos por **E. Zola**, al precio de **una peseta**.

Los pedidos al por Mayor á los Sres. Sáenz de Jubera Hermanos, **Campomanes, 10**, Madrid.

Á MI PADRE



CUÁNTAS razones, padre, para dedicar á usted esta novela que le recordará tantas cosas cuyo culto ha guardado en el corazón! Usted ha conocido á uno de sus héroes, y probablemente hubiese participado de su heroísmo y del de sus once compañeros de armas, si hubiese usted contado algunos años más en el momento de cumplirse este drama de la guerra civil. Pero entonces no era usted más que un niño—el niño cuyo retrato encantador adornaba el gabinete azul de mi abuela, y que ella nos señalaba á mis hermanos y á mí, en nuestra infancia, con el índice de su bella mano, invitándonos á parecemos á usted.

¡Ah! Sin duda es lo mejor que yo podía haber hecho, padre mío. Usted ha pasado su noble vida como el *Pater familias* antiguo, soberano en su casa; en medio de un sosiego lleno de dignidad, fiel á opiniones que no triunfaban, con el gatillo del fusil descansando en la cazoleta, porque la guerra de los *Chuanes* se había extinguido entre los esplendores militares del Imperio y bajo la gloria de Napoleón. Yo no he tenido ese enérgico y sereno destino. En vez de permanecer, como usted, arraigado en la tierra natal, cual sólida encina, he marchado lejos, con la cabeza inquieta..., corriendo locamente tras ese viento de que habla la Escritura, y que por doquiera ¡ay! pasa lo mismo al través de los dedos de la mano del hombre. Y de lejos aún envío á usted este libro que le recordará cuando lo lea, contemporáneos y compatriotas infortunados á quienes la novela restituye hoy, por mano mía, su página de historia.

Su respetuoso y afectísimo hijo

JULIO BARBEY D'AUREVILLY.

EL CABECILLA DESTUCHES

*Nous n'irons plus au bois,
Les lauriers sont coupés!*
(*Vieille chanson.*)

(No iremos más al bosque:
¡Están cortados los laureles!)
(Antigua canción.)

I

TRES SIGLOS EN UN RINCÓN APARTADO.

ERA hacia los últimos años de la Restauración. Las ocho y media acababan de dar en la torre, puntiaguda como una aguja y acristalada como una linterna, de la pequeña y aristocrática ciudad de Valognes.

El ruido de dos zuecos, cuya marcha insegura parecían precipitar el terreno ó el mal tiempo, era lo único que tur-

baba el silencio de la plaza de los Capuchinos, desierta y lúgubre á la sazón. Aunque las ocho y media no es hora insólita y descompasada en ningún país, la lluvia que había caído durante todo el día, la oscuridad de la noche—era en Diciembre—y las costumbres de esa modesta ciudad, tranquila, indolente y bien amurallada, explicaban la soledad de la plaza de los Capuchinos, y podían justificar el asombro de cualquier habitante que, arrellanado junto á su ventana, cerrada á piedra y lodo, oyese á lo lejos rechinar y jadear sobre el húmedo empedrado aquellos zuecos, á cuyo ruído vino á mezclarse otro de repente.

Sin duda, al dar vuelta á la plaza, enarenada en el centro y enlosada por los cuatro lados, y al pasar por la puerta cochera verde del hotel de M. de Mesnilhouseau, á quien, á causa de su trailla, llamaban Mesnilhouseau *el de los perros*, los zuecos que se oían debieron despertar á los dormidos guardianes, porque de los muros del patio salió una explosión de aullidos que fueron prolongándose con esa melancolía

característica del aullido de los perros durante la noche. El monótono y desesperado plañido de los canes que trataban de meter las patas y el hocico por debajo de la colosal puerta cochera, como si hubiesen oído en la plaza algo insólito y formidable; la lobreguez de aquella noche, el viento que azotaba, la lluvia, la solitaria plaza; no muy grande á la verdad, pero que de risueña que había sido en otro tiempo, cuando parecía un *squar* inglés, con sus cuadros de árboles y sus cañas índicas, habíase tornado casi terrible desde que en 18... se alzó en su centro una cruz donde se retorció, manando sangre, un Cristo de tamaño natural toscamente pintado, todas estas circunstancias, todos estos pormenores eran para impresionar al transeunte de los zuecos, el cual iba inclinando contra el viento su paraguas, cuya tirante seda golpeaban, como si fuesen cuentas de cristal las sonoras gotas que caían.

Suponed, en efecto, que el transeunte fuese una persona de piadosa y sencilla imaginación, ó una conciencia atormen-

tada, ó un alma dolorida, ó simplemente uno de esos seres nerviosos que se encuentran en todas las gradas del anfiteatro social, y convendréis en que las circunstancias apuntadas y, sobre todo, la imagen de aquel Dios ensangrentado, espantoso de ver de día, por lo grosero de la pintura, á los alegres rayos del sol, y que, sin verlo, se sabía que estaba allí, de noche, con los brazos extendidos en las tinieblas, era bastante para penetrar de frío los huesos y redoblar los latidos del corazón. Mas, por si algo faltaba, de pronto sobrevino un hecho extraño, un hecho extraordinario en aquella recogida ciudad donde á semejante hora dormían los mendigos á piedad suelta, bien acurrucados en su cama de paja, y en donde eran poco menos que desconocidos los ladrones callejeros, prez de los salteadores de caminos reales. ¡Sí! Sobrevino un hecho extraordinario. En el trayecto de la calle Siquet al centro de la plaza de los Capuchinos apagóse la linterna que proyectaba un reguero de luz por debajo del paraguas inclinado; se apagó cabalmente enfren-

te del Cristo. ¡Y no era el viento el que la había apagado, sino un soplo! Los músculos de acero que sostenían la linterna la habían levantado á la altura de una aparición horrible que hablaba. ¡Oh! Fué cosa de un momento. ¡Un instante! ¡un relámpago! ¡Pero hay instantes que valen por siglos! Entonces precisamente aullaron los perros. Todavía aullaban cuando sonó un campanillazo en la primera puerta de la calle de las Carmelitas, que está al extremo de la plaza, y la *persona de los zuecos* entró, pero sin zuecos en la sala de las señoritas de Touffedelys (1), que le esperaban para su tertulia nocturna.

Iba calzada, ó, mejor, iba calzado (por que era un hombre) con la elegancia de un abate del antiguo régimen, como se decía mucho entonces. ¿Y qué de extraño, después de todo, si lo era?

—He oído su *coche* de usted, Abate,

(1) Aunque se trata de unas señoras de edad respetable, dejamos el diminutivo *señoritas*, ajustándonos al modo de hablar francés, para significar que eran solteras. (N. del T.)

—dijo la menor de las hermanas Touffedelys, la señorita Santa, que absolutamente incapaz de inventar la más mínima expresión, repetía una broma del Abate cuando hablaba de sus zuecos.

El Abate, pues, que se había despojado á la puerta del vestíbulo de un cumplido redingote de bucarán verde que llevaba encima del frac negro, entró en el saloncito, erguido, imponente, sosteniendo la cabeza como un relicario, y haciendo rechinar los zapatos de tafillete, preservados del agua por los zuecos. Descalzado el guante de la mano derecha, ofreció á la redonda dos dedos á las cuatro personas agrupadas en torno de la chimenea. Pero, cuando los dió á la última:

—¡Algo sucede, hermano! (exclamó ésta estremeciéndose.) ¡Tú no te encuentras esta noche en tu estado normal!

—Sucedete (dijo el interpelado con voz firme, pero grave), que hace un minuto ha estado á punto de tener miedo la antigua sangre de Hotspur.

Su hermano lo oyó con aire incrédulo; pero la señorita de Touffedelys, que hu-

biese creído que los bueyes volaban, si se lo decían, y hasta se habría asomado á verlos:

—¡Virgen María! ¿qué hay? (preguntó) ¿Habrán visto, al venir, el alma del P. Guardian de los Capuchinos rondando por la plaza?

—¿Por qué dices esas cosas al Abate, hermana? (dijo Ursula de Touffedelys.) Bien sabes que el Abate, que ha estado en Inglaterra, no cree en aparecidos.

—Y, sin embargo, ¡por mi alma, que es un aparecido lo que he visto! (afirmó el Abate seriamente.) ¡Sí, señorita! ¡sí hermana! ¡sí Fierdrap! ¡sí! Pueden ustedes mirarme con asombro, pueden abrir los ojos hasta que les dé una jaqueca; es como tengo el honor de decírselo á ustedes: ¡acabo de ver un aparecido..., inesperado, horrendo, pero Real! ¡demasiado real! Lo he visto como veo á todos ustedes, como veo este sillón y este quinqué...

—Eres demasiado bromista para que yo te crea, Abate,—dijo el barón de Fierdrap, cuando su amigo se puso de espaldas al fuego de la chimenea delan-

te del sillón que le tendía los brazos.

—¿Pero era de veras el P. Guardián?
—insistió la señorita Santa, helada de espanto.

—¡No! respondió el Abate, quedándose parado, con la mirada fija en las tablas lustrosas del pavimento, como se para el que medita lo que va á decir, y vacila antes de aventurarse.

Las dos señoritas de Touffedelys, á ambos lados de una chimenea de mármol, estriada y coronada por un ramo en relieve, hubieran podido pasar muy bien por adornos esculpidos de esa chimenea, si no hubiesen movido los ojos, y si lo que acababa de decir el Abate no hubiese alterado terriblemente la severa armonía de su semblante y de su porte.

Las dos habían sido guapas, pero el anticuario más diestro en descifrar medallas borrosas no habría podido reconocer las líneas de esos dos camafeos, corroídos por el tiempo y por el más espantoso de los ácidos: una virginidad agriada. La Revolución se lo había arrebatado todo: familia, fortuna, feli-

cidad doméstica, el amor en el matrimonio,—jese poema más bello que la gloria!, al decir de Mad. Staël,—y, en fin, la maternidad. No les había dejado más que las cabezas, pero blanqueadas y debilitadas por toda clase de dolores. Huérfanas cuando estalló, las dos Touffedelys no emigraron. Permanecieron como muchos nobles, en el Cotentin.—Esas señoritas, muy parecidas, de igual estatura, de idéntica voz, y vestidas siempre de los mismos colores, parecían una repetición de la naturaleza.

Aquella noche, como de costumbre, esas rutinarias de la amistad tenían en su salón una de sus amigas, noble como ellas, la cual trabajaba en un bordado de lo más estrambótico, con tal ardimiento, que parecía ensañarse en esa labor, interrumpida de repente por la llegada de su hermano el Abate. Nada más varonil, de facciones más atrevidas, de voz más enérgica, contrastaba por la hombruna rudeza de toda su persona con la delicadeza y la inercia de aquellas gatitas blancas. Esas pobres vírgenes de Touffedelys tuvieron en la

juventud el brillo de su nombre; pero habían visto deshacerse su belleza al fuego de los sufrimientos, como el cirio ve derretirse su cera en el candelero de plata.

Estaban literalmente derretidas..., en tanto que su amiga, enorme y repulsivamente fea, había resistido. De una fealdad sólida, recibió la bofetada del tiempo, como ella decía, en un bronce donde nada podía hacer mella. Aun el vestir inaudito que servía de marco á su fealdad, no aumentaba gran cosa el efecto. Cubierta de ordinario con una especie de barril de seda anaranjada y morada, que hubiera desafiado por su forma á la fantasía más audaz, y que fabricaba ella misma con sus propias manos, parecíase á la reina de Saba, interpretada por un *Callot* chino, sobreexcitado por el opio. Había conseguido disminuir la fealdad de su hermano, y hacer pasar la cara del Abate por una cara como cualquiera otra, aunque ¡de veras! no lo era. Esa mujer tenía una facha tan superlativamente estrambótica, que hubiera llamado la atención

hasta en Inglaterra, el país de los entes estrafalarios, en que el *spleen*, la excentricidad, la riqueza y el ginebra trabajan de consuno perpetuamente para crear un carnaval de figurones á cuyo lado las caretas del carnaval de Venecia no serían más que cartón vulgarmente embadurnado.

Así como hay colores con tal destello de luz que apagan cuantos ponen á su lado así también la amiga de las señoritas de Touffedelys, engalanada como un navío berberisco con los trapos más chillones desenterrados del guardarropa de su abuela, eclipsaba y borraba todas las demás fisonomías.

El barón de Fierdrap, colocado entre las dos señoritas de Touffedelys, y más particularmente al lado de la hermana del Abate, estaba sentado con las piernas cruzadas y con una mano debajo del muslo, como el gran lord Clive, presentando al fuego la planta del pie calzado con polaina de casimir negro. Era un hombre de mediana estatura, pero vigoroso y fornido como lobo viejo; y pelo de lobo tenía, á juzgar por la *bruza*

erizada, corta y leonada que salía de la peluca. La cara de facciones acentuadas presentaba un perfil enérgico. Representaba á las mil maravillas el tipo sin mezcla de esos antiguos hidalguchos imposibles de domesticar ni descortezar, y que, á no ser por la Revolución, que hizo rodar esa raza de granito del uno al otro confín de Europa sin lograr pulimentarla, habrían permanecido en los barrancos de su provincia, y jamás les hubiera cruzado por las mientes el pensamiento de ir una vez siquiera á Versalles. Cazador como todos los hidalgos rurales, cazador furibundo, cualquiera que fuese el pelaje ó la pluma del animal, fué menester aquel fin del mundo llamado Revolución para arrancar á Hylas de Fierdrap de sus bosques y pantanos. Noble ante todo, desde que se inició el levantamiento, ofreció al ejército de Condé un voluntario que, durante treinta leguas de camino sabía llevar gallardamente al hombro una escopeta de dos tiros, y que con las balas de sus dos cañones, así hubiese roto el pico á una chocha, como tumbado un

jabalí hiriéndole entre los ojos. Cuando fué licenciado el ejército de Condé, el barón de Fierdrap marchó á Inglaterra, al país de los excéntricos, y allí fué donde contrajo aquellas maneras de ser, por las cuales pasaba como un ente original á los ojos de los que lo habían conocido en su juventud *pareciéndose á todo el mundo*.

El hecho es que, como el gato del viejo Miserias, ya no se parecía á nadie. Habiendo perdido toda ó casi toda su fortuna patrimonial, vivía como podía de algunos restos y con la pensión mezquina que otorgó la Restauración á los pobres caballeros de San Luis que habían seguido heroicamente al extranjero á la Casa de Borbón y participado de su triste suerte. En esa vida de privaciones sufrió menos que otros muchos. Sus necesidades no eran numerosas. Tenía una salud de hierro, á que el ejercicio y el aire libre parecían haber dado una indestructible solidez. Habitaba una casita, en las afueras de la vecina villa de Saint-Sauveur-le-Vicomte, sin más servidumbre que una vieja, que iba al-

gunas veces á barrer el cuarto, no se puede añadir que á «hacer la cama», porque no la tenía, sino que se acostaba en una hamaca traída de Inglaterra. Sobrio como un anacoreta y casi antiófago, se alimentaba de su pesca, habiéndose hecho á la postre un pescador tan infatigable como indomable cazador había sido en la primera mitad de su vida. Conocíanlo todos los ríos del país é incesantemente recorría sus orillas en diez leguas á la redonda.

Aquella noche, como casi todas, cuando se encontraba en Valognes, iba á pasar la velada á casa de las señoritas de Touffedelys. Llevaba su caja de té y su tetera, y allí hacía el té en presencia de aquellas pobres mujeres primitivas, á quienes la emigración no había dado gustos tan asombrosos como «la afición á esas hojitas arrolladas puestas en agua caliente.»

El Abate, que acaba de sobrevenir como un acontecimiento, y cuyas palabras espiaban las damas, palabras asaz calmosas en salir de sus labios, como si hubiesen querido exasperar la curiosi-

dad excitada,—el Abate era el único que se atrevía á tocar el brevaje *herético* del barón de Fierdrap. También él había estado en Inglaterra, según advirtió Úrsula de Touffedelys. Para esas criaturas sedentarias metidas en su rincón, para esas inválidas del destino, aquello hubiese sido como ir á la Meca, si ellas hubieran oído hablar alguna vez de la Meca—lo cual era muy dudoso.—El Abate, por lo demás, no tenía para nadie la originalidad caricaturesca del barón de Fierdrap.

El amigo y compañero de emigración del barón de Fierdrap, y á quien éste miraba entonces como Morellet hubiese mirado á Voltaire, si se hubiesen encontrado juntos en una tertulia íntima del barón de Holbach, era á todas luces un hombre de la misma raza que el Barón, pero no era menos evidente que lo dominaba, como el señor de Fierdrap dominaba á las señoritas de Touffedelys y á la misma hermana del Abate. El Abate era el águila de ese círculo; verdad es que águila hubiese sido en cualquier otro, aunque las mujeres que lo compu-

siesen fueran lozanas rosas, y los hombres aves del Paraíso, en vez de una vieja garza real como Fierdrap, de cándidas pavas como las de Touffedelys, y de una cacatua como la que trabajaba en el bordado. El Abate era una de esas bellas inutilidades que se complace Dios en crear para sí solo, representando en proporciones infinitas *El rey se divierte*. Era uno de esos hombres que pasan sembrando risas, ironías y pensamientos, por una sociedad, á que subyugan y que cree haberlos comprendido y recompensado, cuando dice: «!Oh, el abate tal, el señor cuál! ¿Se acuerdan ustedes? ¡Qué hombre de tanta chispa!»

El tal Abate, á quien no nombraríamos si á estas horas no se hubiese extinguido, por lo menos en Francia, la familia de que era el último vástago, llevaba el apellido de aquellos Percy normandos cuya rama menor ha dado á Inglaterra sus Northumberland y ese Hotspur á quien él acababa de aludir, el Ajax de las crónicas de Shakespeare. Aunque nada había en su persona que recordase su heróico y novelesco paren-

tesco, aunque se resintiera sobre todo de las influencias relajadoras y de los refinamientos egoistas de la sociedad en el siglo XVIII en que se había deslizado su juventud, sin embargo, la altivez con que erguía la cabeza acusaba la indeleble impresión del dominio ejercido por sus antepasados durante tantas generaciones. El Abate era menos feo que su hermana: ella lo era como el pecado escandaloso; él, como el pecado jovial. ¿Se creerá? Nuestro Abate asociaba al gracejo más peregrino maneras casi majestuosas. Era la nota que admiraba y atraía siempre: porque la alegría, que posee gracia, rara vez posee la dignidad, y hasta parece excluirla.

Víctima de la Revolución, no menos que su amigo de Fierdrap; víctima de una tesis griega que había sostenido en la Sorbona mejor que otro amigo suyo, M. d'Hermopolis, el cual se acordó de la derrota cuando fué ministro (porque, para odios, los de clérigo á clérigo); víctima, en fin, de la agudeza de su ingenio, demasiado animado y demasiado delicioso para ser sacerdotal, el abate

de Percy vió nublarse su estrella en la carrera eclesiástica, como en todo, y á pesar del crédito de su primo, el duque de Northumberland, que representaba á Inglaterra en la consagración del rey Carlos X, no pudo conseguir para su vejez otra cosa que una cononjía de segundo grado en Saint-Denis, con dispensa de residir en el cabildo. Al bajar la pendiente de la vida, sonrióle el recuerdo de la tierra natal, realzada por el encanto de los días desvanecidos; y el hombre que había frecuentado las más altas sociedades de Francia y de Inglaterra, y se había medido en los torneos del ingenio con los más grandes y brillantes espíritus lanzados á esas lides en Europa desde hacía cuarenta años, tornóse á vivir en medio de las almas sencillas del Cotentin, encerrado entre las cuatro paredes de una casita adornada con gusto, que él llamaba su *ermita*. No salía de ella sino para ir á pasar una semana á casa de cualquiera de los señores de los alrededores.

Era gran aficionado á la mesa; pero su nacimiento, sus maneras y su talento pas-

moso excluían toda idea de parasitismo en el modesto viandante, á quien se encontraba, como al barón de Fierdrap, no á orillas de todos los ríos, pero sí en todos los caminos, yendo de peregrinación á las cocinas de los castillos más renombrados por su hospitalidad y su buena mesa.

Tales comidas, de que siempre había sido adorador, acentuaron el tinte de cangrejo cocido de su cara, y justificaba lo que él decía de ese brillante color rojo, encendido por el Porto de la emigración y el Borgoña de la patria recuperada: «¡Problamente es la única púrpura que llevaré en mi vida!»

La frente, la nariz, las mejillas, la barba, todo tenía ese magnífico tinte cardenal, sin más contraste, en aquella cara modelada á puñetazos, pero de asombrosa expresión, que el azul de los ojos, azul fantástico, aljofarado, acera-do, centelleante; un azul que no se había visto brillar nunca bajo humanas cejas, y en que, sin verlo, sólo un pintor de genio hubiese creído.

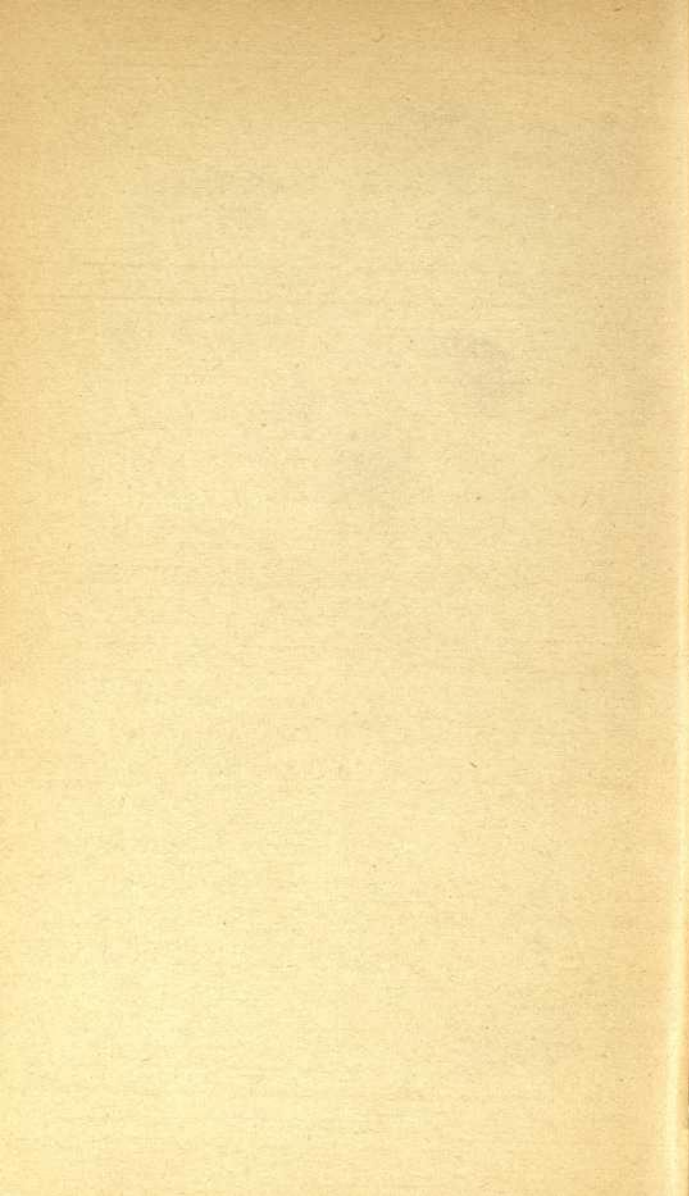
Los ojos del abate de Percy no eran

ojos: eran dos agujerillos redondos, sin cejas ni párpados; y las pupilas, de aquel azul que hería y desazonaba, en fuerza de lo vivo, eran tan desproporcionadamente grandes, que no se veía girar su círculo dentro de la córnea; lo único que acusaba su movimiento era la perpétua y rápida rotación de la luz. Sobre las facetas de zafiro de aquellos ojos de lince... Aquella noche parecían relumbrar más aún que habitualmente, mirando á las cabezas curiosas, que los espiaban, enloquecidas por la afectación de su silencio. En vez de responder á las preguntas ansiosas de las señoritas de Touffedelys, el glotón se relamía, según costumbre, los labiazos pulposos, como á la husma de sabores perdidos. Acababa de comer fuera de su casa, é iba puesto de etiqueta con la solemnidad de todas las noches. Llevaba frac negro y corbata blanca, sin alzacuello, ni manteo, ni solideo. Los largos cabellos, finos y blancos como el plumón del cisne, retorcidos y ahuecados con una coquetería que recordaba la de Talleyrand,—de Talleyrand, á quien aborrecía, entre pa-

réntesis, más que por todas sus otras apostasías, por haber firmado la *Constitución civil del clero*,—esos cabellos empolvados y algodonosos caíanle copiosamente sobre el cuello negro del frac, y teñían con sus polvos perfumados la ancha cinta morada bordada de blanco con que llevaba pendientes al cuello la cruz esmaltada de cánonigo real. Plantado en su sitio, luciendo medias de seda en las piernas bastante bien torneadas, aunque de galbos diferentes, á unas de las cuales llamaba *Apolo*, y á la otra *Hércules*, fiel á la mitología, que había sido uno de los cultos de su juventud, sorbía lentamente su toma de rapé.

—Pero veamos, Abate, ¿te has propuesto que se condenen estas damas? (le dijo el Barón, esperándose una broma.) ¿Acararás de decir que aparecido es ese que has visto al pasar hace poco por la plaza?

—Ríete todo lo que quieras, Fierdrap, contesto el abate imperturbable; pero el caso es serio. El aparecido que he visto era de carne y hueso..., como tú y como yo, y tanto más espantoso cuanto más real... Era... ¡el cabecilla Destuches!...



II

ELENA Y PARIS

¡EL cabecilla Destuches!—exclamaron las dos señoritas de Touffedelys con una entonación tan acorde, que se hubiera dicho que no tenían más que una sola voz.

—¡El cabecilla Destuches! (exclamó á su vez el señor de Fierdrap, descruzando las piernas como un hombre sorprendido.) ¡Te juro que, si lo has visto, es un aparecido de veras!; y que nada tiene de común con nosotros, simples emigrados reingresados en nuestros hogares....

—¡Sin ingresos!—interrumpió festivamente el Abate, jugando con la palabra.

—Pero (continuó el Barón), vas á hacer que yo participe de las ideas de la

señorita Santa sobre los fantasmas; porque ese Destuches, el cabecilla Destuches de Langotière, á quien en Londres, después de su *rapto* por los *Doce*, llamábamos bromeando la *Bella Elena*, quedó muerto y muy muerto en Edimburgo algunos años adelante, de resultas de una estocada en el hígado.

—Eso creía yo, como tú, Fierdrap; pero hay que venir con la rebaja (respondió el abate de Percy, mirando alternativamente á las tres buenas señoras, pasmadas por aquel nombre de uno de los héroes de su juventud). ¡Sí! Yo creía que había muerto.... ¿Y quién no lo hubiera creído después de tantos años de silencio, tras el ruido de su evasión y de su duelo? Pero no hay escape; yo no tengo telarañas en los ojos, y acabo de verlo en la plaza de los Capuchinos; más aún: acabo de oirlo, porque ¡me ha hablado!

—Pero entonces, ¿por qué no lo has traído, Abate? (dijo riendo el incorregible barón de Fierdrap, obstinado en creer que su amigo Percy representaba una comedia para asustar á la señorita

Santa.) Le hubiésemos ofrecido una taza de té, como á un antiguo camarada de infortunio, y nos hubiésemos recreado con su historia, que debe ser curiosa, si es la historia de un resucitado.

—Curiosa y triste, á juzgar por lo que he visto (dijo el Abate, sin dejarse desorientar por el tono zumbón de su amigo): pero hasta tanto que él mismo te la cuente, hazme el favor, querido, de oír la mía.

Las señoritas de Touffedelys hallábanse cada vez más suspensas de los labios del abate, y la de Percy había dejado caer el bordado en las rodillas, y seguía mirando á su hermano con una atención concentrada.

—Hoy (dijo el abate, siempre en pie) he comido en casa de nuestro antiguo amigo de Vaucelles, con Sortôville y el señor del Rifus, los cuales, según su costumbre, de los viernes, se han engolfado en el whist después de la comida, y hasta han querido que yo me quedara en parte por evitar á del Rifus la molestia de hacer el *muerto*, que hace muy mal con sus continuas distracciones, y

en parte por mí, á causa de la lluvia. Pero como á mi bucarán le tiene el agua tan sin cuidado como al plumaje de una cerceta, ellos dijeron cuanto les vino en gana, y yo me marché, á pesar de la noche de perros que hacía. Pues bien: desde la calle de Poterie hasta la calle Siquet no he encontrado alma viviente, como no sea al peluquero Chélus, que iba borracho por variar, haciendo eses en medio del aguacero, y que me ha mascullado, de pasada, un «buenas noches», con voz estropajosa. Pero al salir de la calle de Siquet y volver la esquina de la plaza, encogido debajo del paraguas para evitar el viento, que me sacudía el agua en las narices, sentí de pronto que me agarraban del brazo con violencia (y puedo asegurarte, Fierdrap, que la mano que me asía era bastante pesada para ser inmaterial), y á la luz de la linterna, porque casi todos los faroles de la plaza estaban apagados, vi, á dos pulgadas de mi cara, otra cara... ¿lo creeréis? ¡más fea que la mía!, lo juro; una cara consumida, barbuda, blanqueada, de ojos relucientes y extra-

viados, que me gritó con voz amarga y ronca: *Yo soy el cabecilla destuches. ¿Verdad que son ingratos?*

—¡Virgen de los Dolores! (exclamó palideciendo la señorita Santa.) ¿Está usted bien seguro de que se hallaba vivo?...

—¡Tan seguro como de que usted está viva! Pero mejor es que vean ustedes (dijo el Abate, subiéndose la manga del frac); todavía conservo en la muñeca la señal de esa mano frenética y abrasadora, que no me soltó sino después de estrujarme. ¡Sí! ¡Era nuestra *Bella Elena*, Fierdrap; pero hasta qué extremo de demudado, viejo y demente! ¡Era el cabecilla Destuches, como el decía! ¡Lo he reconocido perfectamente al través de los jirones del tiempo y de la miseria! Iba á hablarlo, á interrogarlo..., cuando apagó de un soplo la linterna, á cuyo resplandor lo miraba, oprimido por un doloroso asombro, y desapareció como desvaneciéndose en la lluvia, el viento y la obscuridad.

—¿Y luego?...—preguntó pensativo M. de Fierdrap.

—¡Eso es todo! (respondió el Abate, sentándose en el sillón, que le tendía los brazos.) No he visto ni oído nada más, y he venido hasta aquí sobrecogido de una especie de horror por esa aparición tan extraña. No recuerdo haber experimentado nada semejante desde el día en que aposté en la Sorbona ir tranquilamente á la media noche á clavar un clavo en la tumba de uno de nuestros compañeros, enterrado la víspera; y cuando al levantarme de esa tumba, donde me había arrodillado para clavar mejor, sentí que me cogían de la sotana...

— ¡Jesús! — prorrumpieron las dos Touffedelys con voz y emoción gemelas, como siempre.

— ¡Eras tú que la habías clavado! (dijo el barón de Fierdrap.) ¡Conozco la historia! Si el aparecido de esta noche es como el otro...

— Fierdrap, ahora la broma es ya pesada, — respondió el majestuoso canónigo con un tono que hacía imposible toda broma.

— ¡Ah! Quiere decir que, si lo tomas de esa manera, me pondré serio con

cara de vinagre..., ¡y vinagre derramado por tí! Pero vengamos á cuentas; razonemos, y tratemos de ver claro, á pesar de la oscuridad en que te dejó aquel soplo... ¿Por qué había de estar Destuches en Valognes esta noche con esa apariencia miserable?...

—Debe estar loco... (dijo friamente el abate de Percy, expresando alto su pensamiento, como si se hallase solo). La verdad es que me ha hecho el efecto de un insensato escapado de una casa de orates... ¡Estaba horrible!

—Tal manera tienen *ellos* de recompensar los servicios (dijo gravemente el barón Fierdrap), que no sería extraño que se volvieran locos sus servidores.

—¡Sí! (asintió el Abate, siguiendo el pensamiento de su amigo.) Están entre nosotros, y los queremos bastante para poder quejarnos. ¡Se parecen á los Estuardos, y acabarán como ellos! Tienen la misma ligereza de sentimientos y la misma ingratitude. Cuando el infeliz que acabo de ver me habló de *ingratos*, no tenía necesidad de nombrarlos. Yo acababa de verlo á él, y lo comprendía.

Aquí hubo un momento de silencio. Las señoritas de Touffedelys no abrían la boca, dominadas por la emoción y la estupefacción, ó quizá exhaustas de pensamiento. Pero el realismo de la señorita de Percy, la cual profesaba, según su dicho, *el culto de la majestad real*, lanzó un grito, que fué una protesta contra las duras palabras del Abate:

—¡Ah, hermano!—exclamó con acento de reconvención.

—Realista *por cima de todo*, heroína *por cima de todo*! ¡Hablas como quien eres! (replicó el Abate, volviendo hacia ella la cabeza.) Siempre, por lo visto, con el calzón rayado de terciopelo y las botazas de gendarme, siempre montando como un hombre en tu potranca por la casa de Borbón...

La señorita de Percy había sido una de las amazonas de la *Chuanería*. Disfrazada de hombre, sirvió más de una vez de ayudante de órdenes ó de correo á los diferentes jefes que sublevaron el Maine, y quisieron armar el Cotentin. Especie de caballero de Eón, pero sin nada de apócrifo, se había batido con

una intrepidez de que hubiera podido enorgullecerse un hombre; y no había miedo de que su belleza ó la delicadeza de sus formas pudiese revelar nunca su sexo; antes bien su fealdad hubiese podido infundir pavor al enemigo.

—Ahora no soy ya más que una vieja inútil (dijo, respondiendo á las burlas de su hermano con una melancolía que no dejaba de impresionar), y no tengo siquiera un pobretín de sobrinillo en los Pages á quien poder legar la carabina de su tía; pero moriré como he vivido, fiel á nuestros soberanos, y sin poder oír nada contra ellos.

—¡Tú vales más que ellos y que nosotros, Percy!—respondió el Abate, que admiraba su abnegación pero que *ya* no participaba de ella. Siempre nombraba á su hermana por el apellido, como si hubiese sido un hombre, y ese modo de expresarse encerraba un homenaje de respeto á la vieja leona.

El elogio del Abate fué como un toque á botasillas para la amazona de la *Chuanería*... Verdad es que no se necesitaba mucho para poner en ebullición aquella

naturaleza sanguínea, aquejada de un vértigo de actividad sin objetivo desde que habían acabado las guerras. Tiró con ímpetu al velador el cañamazo en que clavaba las impaciencias de su alma desde que no clavaba ya las garzas y los buitres que mataba en sus cacerías en el portalón de las casas solariegas, y, levantándose con estrépito de su poltrona, se puso á andar por la sala, á despecho de la gota, con los ojos inflamados y con las manos detrás de la espalda, como un hombre.

—¡El cabecilla Destuches en Valognes! (dijo como hablándose á sí misma, más bien que á los presentes.) ¡Y ¿por qué no?, ira del cielo!

Es de advertir que de las antiguas guerras había traído el resabio de juramentos y palabrotas que no pronunciaba habitualmente, pero que volvían á sus labios en cuanto se apasionaba, como vuelven ciertos avechuchos salvajes y descarados á un sitio abandonado de larga fecha, donde solían posarse en otro tiempo.

—Después de todo (añadió) no es un

imposible. Un hombre que ha hecho la guerra de los chuanes, y no se ha quedado por allá, tiene duro el pellejo. En vez de desembarcar en Granville, habrá tomado tierra en Portbail ó en el puerto de Carteret, y habrá pasado por Valognes para volver á su país, porque creo es de la parte de Avranches. Pero, hermano (continuó, parándose delante de él, como si hubiese tenido aún puestas las botazas de que el Abate acababa de hablar, y como si llevase en la cabeza, en vez de aquel barril de seda anaranjado y morado, el tricornio que se encasquetaba, cuando joven, sobre el pelo recogido); pero, hermano; si estabas seguro de que era él, el cabecilla Destuches, ¿por qué dejar que se fuese tan de prisa, y no obligarlo á que hablase siquiera?

—¡Seguirlo! ¡hablarlo! (respondió el Abate remedando el tono grave y vehemente de la señorita de Percy.) Pero ¿es que se sigue á un torbellino cuando pasa? ¿es que se habla á un hombre que se escabulle como un duende, poniendo tierra por delante no bien empezáis á

reconocerlo, y todo esto con la noche que hace, señora hermana?

—¡Oh, usted ha sido siempre un poco señorito, señor Abate! (replicó aquel sargentón con faldas, que, por su parte; jamás fué una señorita.) ¡Si hubiese sido yo, habría seguido al cabecilla! ¡Pobre cabecilla! (prosiguió sin dejar de andar.) ¡Quién le ha de decir á él que ustedes, las Touffedelys, no poseen ya su castillo de Touffedelys, nuestro antiguo cuartel general, y que ahora no son ustedes más que unas señoras de Valognes, á cuya casa se ve reducido á venir á bordar todas las noches *uno* de sus salvadores!

—Pero ¿qué está usted diciendo, señorita de Percy?...—dijo el barón de Fierdrap, sacando las narices, que tenía sepultadas literalmente en el fondo de la caja de hojalata donde guardaba su *Tea Pocket*, como él decía, y volviendo aquellas narices palpitantes y curiosas hacia la señorita de Percy, que seguía recorriendo la sala de extremo á extremo con el movimiento de vaivén de una péndola formidable.

—¡Ah, sí! Es que tú no sabes eso, Fierdrap (respondió el Abate); pero, ahí donde la ves, con todos sus perifollos, mi hermana es uno de los salvadores de Destuches; sí, hijo, ni más, ni menos. Mientras nosotros andábamos á caza del zorro en Inglaterra, ella tomaba parte en la famosa expedición de los *Doce*, que nos pareció tan increíblemente heróica, cuando nos la contó una noche Sainte-Suzanne en casa de mi primo, el duque de Northumberland. ¿Te acuerdas?... Sainte-Suzanne no nos dijo que mi hermana fuese uno de aquellos bravos. No lo sabía, ni yo tampoco lo he sabido hasta después de mi regreso de la emigración. Tan bien disimuló ella su sexo, ó tan discretos fueron aquellos señores, que pasó por uno de tantos; verdad es que no todos los susodichos se conocían unos á otros, dándose entre sí la denominación común de «Escarapela blanca». ¿Hubieras tú creído nunca que uno de los *Paris* de nuestra *Bella Elena* fuese.... mi hermana?

—¿De veras? (dijo el barón de Fier-

drap, sin hacer aprecio del ademán teatral y cómico con que pronunció el abate de Percy las últimas palabras. Los ojos entre pardos y rojizos del Barón despedían chispas como el pedernal, cuyo matiz imitaban, al caer en la cazoleta de la escopeta.) ¿De veras formaba usted parte, señorita, de la famosa expedición de los *Doce*? (repitió.) Entonces permítame besar esa valerosa mano, porque juro que lo ignoraba, á fuer de caballero.

Y, levantándose, se fué al encuentro de la señorita de Percy al centro de la sala; le tomó la mano,—mano un poco recia y tan virginal, que no la había blanqueado la vejez,—y la besó con un sentimiento tan caballeresco, que, á los ojos de un poeta, habría idealizado á aquel estantigua, pescador de caña, con su vestimenta heteróclita y su jaspeada nariz.

La señorita le dió la mano como una reina, y luego que resonó el homenaje del Barón,—un homenaje militar, porque el beso del viejo entusiasta hizo casi el ruido de un pistoletazo,—ambos se

hicieron una de aquellas solemnes reverencias, que, según cuenta la fama, estaban en uso antes de empezar á bailar el minué.

—Hermana (dijo el Abate), puesto que la aparición de Destuches, de quien seguramente tendremos noticias mañana, nos trae á vueltas con su historia esta noche al amor de la lumbre, ¿por qué no habías de contársela á Fierdrap, que nunca la ha sabido más que á retazos y de mala manera, por la razón sencillísima de que nunca ha oído más que las versiones infieles y variables de la emigración?

—Por mí, con mucho gusto, hermano, (respondió la señorita de Percy, encendida de placer, al oír la proposición del Abate, si cabe llamar encenderse á pesar del matiz que tenía su cara á otro más subido). Pero son las nueve, y no tardará en venir la señorita Amada; es su hora. Y he aquí lo grave: ¿cómo contar delante de ella la salvación de Destuches, en que pereció su prometido de una manera tan extraña y tan fatal? Por sorda y preocupada que esté la pobre,

hay días en que el velo interpuesto por el dolor entre ella y el mundo es menos espeso, y deja pasar los ruidos y la palabra, y quizá hoy sea uno de esos días.

—Si es muy fino el aire (observó Úrsula de Touffedelis, que era el médico de los pobres, y tenía explicaciones particulares para cualquier irregularidad del organismo que no comprendiesen los médicos), si es muy fino el aire, puede usted estar completamente tranquila, que no oirá una palabra de cuanto nos diga usted.

—Y es finísimo (interpuso el Abate, pasándose las manos por las piernas), porque yo siento por encima de las medias toda una tempestad de vientos colados.

—¡Bueno! (dijo el barón de Fierdrap, siguiendo su idea.) Pues no empecemos hasta que llegue, para no tener que interrumpir...

Y en aquel mismo instante el reloj dió la señal para las nueve y cuarto con un ruido seco. Ese reloj era un Baco de oro molido, que, en pie y envuelto en su correspondiente piel de tigre, apoyaba en

la divina rodilla, ni más ni menos que un simple tonelero terrestre, un tonel, cuyo fondo era la esfera donde se veían las horas, mientras que la péndola figuraba un racimo de uvas picado de abejas. Sobre el pedestal, guarnecido de pámpanos y de hiedra, y á tres pasos del dios de corta y rizada cabellera, había un sátiro caído, un ánfora y una copa... ¡Reloj original para unas viejas que apenas bebían más que leche y agua, y no se preocupaban de la mitología tanto como el Abate!

Sucedió, pues, que casi á un tiempo mismo la campanilla de la puerta respondió al *tac* del reloj, repicando con su timbre agrio en el fondo del pasillo que conducía á la calle.

—¡Ahí está! No hemos tenido que esperarla mucho,—añadió el barón.

Y la *Señorita Amada*, que iba á decidir de la velada de aquella noche, abrió la puerta sin que la anunciaran, y entró.

III

UNA JOVEN ENVEJECIDA ENTRE VERDADEROS VIEJOS

Es usted., Amada! (chillaron agudamente las dos Touffedelys, que, hundidas en sus mullidas poltronas, parecían dos relojes acordes de repetición, de los que se ponían antiguamente sobre almohadillas de seda acolchada á los dos lados del espejo de la chimenea.) ¡Dios mío! ¿no está usted calada, querida?—añadieron de un solo aliento, confundiendo siempre sus timbres, y girando alrededor de Amada, sin desprenderse de sus abanicos de chimenea, con su espíritu solícito de amas de casa, que, á juzgar por sus agitaciones,

parecía soplar sobre ellas como un aquilón.

Todo aquel reducido círculo, á imitación suya, se levantó con movimiento unánime, como si hubiese cedido á la presión del mismo resorte. Era el enérgico y dulce resorte de la simpatía, un acero finísimo no enmohecido en aquellos viejos corazones.

—¡Pero no se molesten ustedes! (dijo una voz fresca que salía de las profundidades de la capucha de una manteleta, porque la recién llegada pasó al salón tal y como entraba de fuera, sin dejar en el pasillo más que los chanclos. Respondía á los movimientos más bien que á las palabras de sus amigas.) No estoy mojada (añadió); ¡he venido tan deprisa, y el convento está tan cerca!

Y para probar lo que decía, inclinó hacia la luz ambarina del quinqué uno de los hombros, donde brillaban algunas gotas de agua sobre la seda de la manteleta. La manteleta era de color morado oscuro, el hombro redondeado, y las gotas de agua temblaban al resplandor de la luz en aquella sedosa

redondez, bien así como gotas de rocío en una tupida masa de escabiosas.

No son más que las gotas escurridas de los aleros,—afirmó sentenciosamente la gran observadora, señorita Santa.

—¡Amada, querida *Delicada y Rubia*, es usted una imprudente! (rugió la señorita de Percy, gritándole con su voz de bajo al oído. Era un ensayo: ¿la oiría? La hermana del Abate no podía prescindir de contar la historia al barón de Fierdrap, y la creía comprometida.) Se ha expuesto usted á enfermar (continuó), porque, si no ha cogido agua al venir, ha cogido aire, cariño mío.

Mas, por toda respuesta á esa observación atronadora, maquiavélicamente benévola, la *Delicada y Rubia* se limitó á desprender la amatista con que sujetaba al cuello la manteleta, y de los pliegues de ese abrigo surgió realmente una rubia alta, pero más robusta que delicada. Al volverse, después de soltar lánguidamente la manteleta sobre el respaldo de la silla, viendo á la señorita de Percy más colorada que un cangre-

jo, y con la mano dispuesta á guisa de bocina:

—Perdón (dijo); creo que me hablaba usted, pero esta noche estoy...

Su pudor conmovedor de paciente no le permitió decir la palabra que expresaba su achaque; pero, señalando con triste ademán el oído y la frente, añadió sonriendo:

—*¡La señora está en la torre*, en lo más alto de la torre, y mucho me temo que esta noche no pueda bajar!

Frase poética é infantil que había ideado y que repetía siempre que era completa su sordera. Tenía tal manera de pronunciar esas palabras, *la señora está en la torre*, que eran todo un poema de melancolía.

—Lo cual quiere decir que está sorda como una tapia (aventuró el Abate, con tono sarcástico y cínico). ¡Tendrás historia, Fierdrap, y mi hermana no se verá en el caso de tragarse la lengua, como los salvajes..., cosa que debe ser un terrible suplicio aun para heroínas de tu fuste, señorita de Percy!

Al tiempo que él hablaba, la menor de

las Touffedelys cogió á la señorita Amada de los codos, descubiertos á partir del extremo de los largos mitones, y la empujó suavemente hacia su poltrona, en tanto que Úrsula, acercando un almohadón, puso encima solícitamente los pies de aquella amiga, á quien también parecía convenir el nombre de Amada que le daban todos.

—Pero, ¿es que ustedes quieren que me vuelva, amabilísimas amigas? ¡Todos en vilo porque entro yó! ¿Es eso tratarme como vecina y como amiga?... ¿Es eso lo convenido? ustedes me han autorizado á venir sin etiqueta, en bata y zapatillas, á trabajar todas las noches á su lado, porque ya estamos en el mes en que no acierto á encontrarme entéramente sola cuando cierra la noche...

Dijo esto como si se hubiese sabido lo que quería decir; y, en efecto, las dos Touffedelis asintieron con una inclinación como esas figuras chinescas que bajan la cabeza ó sacan la lengua al moverlas y acercarlas...; pero no pasaron del primero de esos dos movimientos.

—Sentiré de veras haber venido (con-

tinuó), si veo que les molesto á ustedes, que interrumpo lo que estaban hablando... Con una criatura tan desgraciada para la conversación como yo, amigas mías, hay que hacerse la misma cuenta que si no existiese.

Pero eso que ella decía con voz tan ligera y resignada era precisamente lo que no parecía tan fácil. Ni en esa porción indiferente de la sociedad que se llama el gran mundo, ni en el círculo de la intimidad familiar, ni en parte alguna, en fin, podía pasar inadvertida esa mujer, esa sorda, esa Amada. Y lejos de ser posible *hacerse la misma cuenta que si no existiese*, teniéndola delante, era tan encantadora, que aun no estándolo ya, parecía seguir siempre presente.

¡Sí! era encantadora, aunque ¡hay! su juventud había muerto. Pero entre todos aquellos viejos más ó menos canosos, sobre aquel fondo de blanqueadas cabelleras, resaltaba y se destacaba distintamente como una estrella de oro pálido sobre un cristal plateado. Hermosa en otro tiempo, todavía tenía sus hech-

zos; había sido mujer de una belleza célebre, no sólo en su provincia, sino en París, cuando iba con su tío, el coronel Walter de Spens, hacia 18...: al presentarse en un palco, atraía hacia sí todos los gemelos. Amada Isabel de Spens, de la ilustre familia escocesa de ese nombre, que ostentaba en su escudo el león rampante del gran Macduff, era el último vástago de esa antigua raza que penetró en Francia bajo Luis XI, y cuyos diversos miembros se establecieron, unos en Guyena y otros en Normandía. Descendiente de los antiguos condes de Fifé, esta rama de Spens, que, para distinguirse de las otras, añadía á su nombre y á sus armas el nombre y las armas de Lathallan, se extinguía en la persona de la condesa Amada-Isabel, á quien se llamaba tan sencillamente *señorita Amada* en el salón de Touffedelys, y que debía morir euvuelta en los velos blancos y negros de la virginidad y de la viudedad, esas dobles tocas de las grandes víctimas. Amada de Spens perdió á su prometido cuando, reducida á la pobreza por la expoliación revolu-

cionaria, cosía ella misma el modesto traje nupcial con sus manos feudales; y aun se añadía en voz baja que de aquel vestido por concluir é inútil, había hecho el sudario de su infeliz prometido... Desde entonces, y ya iba larga la fecha, el círculo íntimo en cuyo seno vivía solía llamarla la Virgen-Viuda, nombre que, bajo ambos aspectos, expresaba perfectamente su destino. Como para pintar bien las cosas es menester haberlas contemplado, el grupo de viejos que la rodeaba, y que la había visto en plena juventud, podrá darnos una idea mejor de su hermosura pasada, al hablar de ella en esta historia. Parece que esa hermosura fué sobrenatural.

Cuando soplabá el viento de la poesía romántica en la clásica cabeza del abate de Percy, que era poeta, pero que torneaba sus versos en el torno á mano de Jacques Delille, decía, muy ajeno de creer que cayese en la jerigonza moderna:

Durante mucho fué el astro del día;
pero es aún el astro de la noche.

Y cualquiera que fuese el valor metafórico de esos dos versos, no carecían de exactitud. Amada, la hermosa Amada, era, en efecto, un poder metamorfoseado, pero no destruído. Cuanto tuvo de esplendido en otros días, todo lo que fascinaba los ojos y los corazones habíase tornado, al declinar, dulce, tierno, inerme, pero suavemente invencible. Su belleza, de un brillo sideral, se amortiguó en la madurez; se había velado, como los rayos de la luna...

Para caracterizar el atractivo de su persona, solía añadir el abate una bonita frase á lo Fontanelle: «Antes hacía víctimas; ahora no hace más que cautivos.» El frondoso rosal se había aclarado; las flores palidecían y se deshojaban; pero, aun deshojándose, no se había evaporado el perfume de tantas rosas. Seguía pues siendo siempre *Amada*... El ultramar de sus rasgados ojos de «hija de las olas,» que, como signo de raza, distinguía á esa descendiente de los antiguos *reyes del mar*, según llaman las crónicas á nuestros antepasados los normandos, no tenía ya, es

cierto, la radiante pureza de aquella mirada de hada, con visos azulados y verdes como las piedras marinas y las estrellas, y donde parecían cantar—porque los colores *cantan* á la mirada—la serenidad y la esperanza. Pero la profundidad de un sentimiento herido, que todo lo teñía de negro en el alma de Amada, proyectaba en aquellos ojos una sombra sublime. El gris y el anaranjado, dos colores del anochecer, tendían sobre ellos velos indefinibles como los que se ciernen sobre los lagos de zafiro de Escocia, su primitiva patria. Menos felices que las montañas, que, ignorantes de su privilegio, retienen largo tiempo en sus cumbres los resplandores del sol poniente y las caricias de la luz, las mujeres se apagan por la cima. De los dos diversos rubios que, durante tantos años, habían juguetado y luchado en las hondas de una cabellera «que pesaba lo que su dote de condesa,» según decía orgullosamente el padre de Amada de Spens antes de su ruina, el rubio pálido y triste dominaba ahora sobre el rubio brillante y

alegre que salpicó en otro tiempo su frente suavemente sonrosada con el oro tentador de sus lentejuelas; y así, como acaece de continuo, el fuego moría una vez más bajo la ceniza. Si Amada hubiese sido morena, las nobles sienes que llevaba despejadas, aunque no era moda entonces, ostentarían ya, sin duda alguna, *esas primeras flores del cementerio*, como se dice de los primeros cabellos blancos con que el tiempo se ensaya en orlar nuestras frentes hasta concluir la diadema mortuoria que ciñe á nuestras cabezas sentenciadas. Pero Amada era rubia, y las canas de las rubias son cabellos oscuros que poco á poco van manchando, como de tierra, sus brillantes rizos, desdorados. Esas manchas terribles se veían en la raíz del pelo que llevaba levantado, la señorita de Spens, cuya edad no estaba escrita sólo en tan siniestros ultrajes...

Lo estaba en otras cosas; lo estaba en todo. A la luz del quinqué que caía oblicuamente en su mejilla, fácil era notar sombras misteriosas y fatales, no originadas por los juegos de la luz, sino por

la triste labor de la vida, y que empezaban á proyectarse en las superficies de su cara como ya se habían proyectado en el azul marino de sus ojos. El vestido de seda gris que llevaba y los largos mitones negros que subían hasta la sangría del brazo, redondeado é inútilmente vigoroso, puesto que no había de estrechar nunca á un hombre ni á un tierno niño; ese brazo, cuya carne asemejábase en tejido, matiz y firmeza, á la flor del jacinto blanco; el encaje que, por salir apresuradamente, se había puesto encima del peinado, y que, sujeto por debajo de la barba, servía de marco modesto al óvalo de su rostro: todos esos sencillos pormenores, unidos al trabajo del tiempo, humanizaban y restituían su fisonomía de mujer á aquel celeste semblante de Minerva, tranquilo, serio, olímpico y plácido, en armonía con el seno, atrevidamente modelado como el peto de una coraza de guerrero, en el cual ardía castamente, desde hacía más de veinte años, un pensamiento de perpetua adoración. Y al descubrir esas primeras invasiones de la edad y esas

huellas del dolor, bien se veía que, si aquella virgen, grandiosa y púdica, había sido siempre la sabiduría, no era, con todo, diosa.

No era más que una doncella «talludita,» decían cínicamente los mozalbetes del país, que, al contacto de las nuevas costumbres, han perdido la caballeresca galantería de sus padres. Pero, á los ojos del que sabía ver, el dedo sin anillo de aquella solterona valía más que la persona entera, aderezada con las galas nupciales, de las reinas más jóvenes de ese país; y ¡cuenta que las mujeres de la tierra rivalizan con los penachos de rosas de los manzanos floridos! En lo físico, su belleza de puesta de sol, espumada por el crepúsculo y por el sufrimiento, todavía podía inspirar un amor profundo á imaginaciones verdaderamente poéticas; y, en lo moral, ¿quién hubiese podido luchar con ella? ¿Cuál de entre las almas elevadas hubiese tenido más imperio que esa Amada de cuarenta años, la mujer de su nombre en otros días? Porque nadie había inspirado nunca sentimientos más tier-

nos y ardorosos..... ¡Riqueza y conquistas inútiles! ¡Dón de gracia irónico y cruel, que de nada sirvió para su ventura, pero que había hecho de su desgraciada vida algo más hermoso que la vida afortunada de los demás!

El pequeño círculo que acababa de recibirla, cerróse en torno de la chimenea. Santa de Touffedelys se sentó al lado de su hermana. La recién llegada, instalada con tantas previsiones en la poltrona de esa señorita, sacó del manguito el bordado empezado en su casa, y con los dedos afilados, que salían de los mitones de seda como blancos pistilos de una flor negra, hizo algunos puntos; luego, alzando su hermosa cabeza y dirigiendo su lánguida mirada á los presentes, que se disponían á reanudar la interrumpida conversación:

—¡Esto es otra cosa!—dijo con aquella voz cuya frescura había resistido más que la de las mejillas, una voz dulce como deberían tenerla los lazarillos de los ciegos para consolarlos de no ver.—¡Esto es otra cosa! Así me gustan us tedes, como ahora; y así los

quiero ver. Hablen entre sí, y olvidenme.

Y volvió á inclinar la cabeza hacia la labor, sumiéndose de nuevo en su preocupación profunda, ese *pozo del abismo* que en sí encerraba, y que su sordera defendía.

—Ahora, mi querida Percy—dijo doctoralmente Úrsula,—puede usted decir sin temor cuanto le plazca. Cuando está con la sordera, se queda más distraída que sorda; se lo digo yo á usted: no oirá una sola palabra de la historia.

—¡Sí!—afirmó el abate.—En lo único que has de poner cuidado, hermana, es en parar, si tu ardor te lo permite, cuando levante la cabeza de la labor, porque estos diablos de sordos ven el sonido en los labios, y las palabras les entran por los ojos.

—Pues señor, ¡sedales y anzuelo!—exclamó asombrado el barón de Fierdrap.—¡Sin precauciones que toman ustedes para una historia! Cosa muy terrible para la señorita Amada debe ser lo que van ustedes á contar. Yo había oído decir, efectivamente, en otras ocasiones

que perdió su novio en la famosa expedición de los Doce, y que, por ese motivo, nunca ha querido oír hablar de matrimonio, de entonces á la fecha, á pesar de los buenos partidos que se le presentaron; pero ¡Dios poderoso! ¿á dónde vamos á parar si al cabo de veinte años hay que andarse con semejantes miramientos para referir una historia añeja delante de una... de una...

—¡Vamos, acaba! ¡Delante de una vieja!—interrumpió el abate.—No te oye, y aquí empieza ya el beneficio de su sordera. Pero, pobrete; esa vieja, como tú dices, así tuviese la edad de las carpas que pescas tú en los estanques del Guesnoy,—y aún está lejos de esa edad y de la nuestra,—esa vieja es la señorita Amada de Spens, una perla, ¿entiendes?, que no se encuentra en el cielo donde coges tú las anguilas, una mujer de especie rara como un delfín, y que un cuervo marino, devastador de ríos, como tú, es tan incapaz de apreciar como de entender una sola palabra de esa terrible prisión del corazón en las redes de lo que se llama amor fiel.

La señorita de Percy, cuya impaciencia semejaba un amago de apoplejía, y que deshacía convulsamente las puntadas que había dado, echó la labor en su cesto, y conservando las tijeras, únicas armas de que estaba provista su mano de heroína, y con las cuales daba golpecitos de cuando en cuando sobre el velador en que apoyaba los codos, dió principio á su historia...

¡Historia militar, digna de otro tambor!

IV

HISTORIA DE LOS DOCE

MIENTRAS usted pescaba truchas en Escocia, señor de Fierdrap, y mientras mi hermano, todo un representante de la grave Sorbona, vestido de escarlata, andaba cazando zorros por los dominios de nuestro gracioso primo el duque de Northumberland, estas señoritas de Touffedelys, que, á título de castellanas muy queridas de las gentes de sus tierras, creyeron poder dispensarse de emigrar, lo mismo que yo, última de una familia numerosa y ya ha mucho tiempo dispersa, nos ocupábamos, al lado acá de la Mancha, en cosas bien distintas

que *hilar nuestro copo de lino*, según reza la antigua canción bretona. Habían pasado aquellos tranquilos tiempos en que las mujeres podían entretenerse haciendo dobladillos de servilletas en el comedor del castillo... Cuando Francia moría víctima de las guerras civiles, los tornos de hilar, honra de la casa, aquellos tornos, ante los cuales habíamos visto, de niñas, á nuestras madres y abuelas como princesas de cuentos de hadas, dormían, desarmados y cubiertos de polvo, en algún rincón del silencioso desván. No había casa, ni familia, ni pobres que vestir, ni aldeanas que dotar; y toda la canastilla de novia, que muchachas como nosotras podían prometerse de la República, era la camisa roja de la señorita de Corday.

»Siguiendo mi cuento, en la época de que voy á hablarle, señor de Fierdrap, había concluído de una manera desgraciada la gran guerra, como llamábamos á la guerra de la Vendée. Enrique de La Rochejaquelein, que había contado con el apoyo de las poblaciones normandas y bretonas, apareció una maña-

na bajo los muros de Granville; pero, defendido por el mar y sus rocas mejor aún que por los quintos republicanos, ese nido inaccesible de gaviotas se mantuvo firme; y de rabia de no poder tomarlo, cuéntase que en aquel entonces La Rochejaquelein, disgustado de la existencia, fué á romper su espada á las puertas de la ciudad, sin cuidarse de los cañonazos y de la fusilería; luego volvió á llevar á su país á los vendeanos. Por supuesto, si Granville, como se creyó en un principio, no hubiese hecho resistencia, ¿habría corrido mejor suerte la guerra realista?... Ninguno de los jefes normandos trataron de organizar en nuestro Cotentin una *chuanería* á semejanza de la de Anjou y del Maine. Conocían demasiado bien al aldeano normando para creer semejante cosa; sabían que pelearía como gallo inglés por el estiércol dentro de su corral; pero la Revolución, vendiéndole á vil precio bienes de emigrados y de la Iglesia, le había ofrecido precisamente el pedazo de tierra por que siempre combatió, desde su primera aparición en la histo-

ria, esa raza tan conservadora como larga de uñas. No en balde es usted normando, barón de Fierdrap, y sabe como yo, por experiencia, que la antigua sangre de los piratas del Norte corre todavía por las venas de los más ruines de nuestros campesinos de albarcas. El general *Telémaco*, como decíamos entonces, ó, para darle su verdadero nombre, el cabecilla de Montressel, que había recibido de M. de Frossé el encargo de organizar la guerra en esta parte del Contentin, me repitió muchas veces lo difícil que había sido decidir á descolgar la escopeta de la campana de la chimenea á esos aldeanos en quienes el amor al rey, la religión y el respeto á los nobles venían muy en segundo término después de su *conveniencia*.

«Esas gentes no entienden de más interés que sus intereses,» me decía, despechado, el cabecilla, que no era de Normandía. Y añadía M. de Montressel: «Si la carne de azul se hubiese vendido al precio de la caza en los mercados de Carentan ó de Valognes, seguro es que los muy posmas se habrían despavilado

y atestado sus morrales, matando republicanos desde cada escondrijo de los setos, como mataban patos salvajes y cercetas en los pantanos de Néhou.»

«Vuelvo sobre todas estas cosas, señor de Fierdrap, aunque usted las sepa tan bien como yo, porque entonces no estaba usted allí como nosotros; y antes de entrar en mi historia, me veo obligada á recordarle lo que pasaba en esa parte del Cotentin hacia fines de 1799. Desde la muerte del rey y de la reina, y desde que la guerra civil había dividido á Francia en dos campos, jamás nos habíamos sentido los realistas, si no con menos valor más abatidos por lo menos... El desastre de la Vendée, la matanza de Quiberon, el triste fin de la chuanería de Maine, fueron la muerte de nuestras más queridas esperanzas, y, si aún insistíamos, era por el honor, como para justificar el dicho antiguo de que «¡muy lejos va el que está cansado!» M. de Frossé, que se había negado á reconocer el tratado de la Mabilais, seguía manteniendo correspondencia con los príncipes. Hombres leales atra-

vesaban el mar de noche para recoger en Inglaterra despachos é instrucciones que traían á la costa de Francia. Entre los más intrépidos se había distinguido uno por su audacia, su sangre fría y su destreza incomparables: era el cabecilla Destuches.

«No he de pintarle á usted el cabecilla... Usted mismo decía hace un instante á mi hermano que le conoció en Londres, y le llamaban *La bella Elena*, no sólo por su *rapto*, sino también por su belleza; porque, si recuerda usted bien, poseía una belleza casi femenina, con aquel cutis tan blanco y aquel pelo rizado que parecía empolvado, de rubio que era. A mí nunca me entusiasmó mucho aquella hermosura de que se hacía lenguas todo el mundo, y que envidiaban algunas mujeres, aquel rostro delicado de angel de misal. Yo me burlaba á menudo de las admiraciones entusiastas de las señoritas de Touffedelys y de otras muchas jóvenes de aquel tiempo, que miraban al caballero de Langotière como un milagro, y no hubiera titubeado en llamarlo la *Bella*

de las bellas, como se decía, en la época de la Fronda, de la duquesa de Montbazon. Por supuesto, al bromearme, no olvidaba que aquel lindo palmito de doncella casadera ocultaba el alma de un hombre, que bajo aquella fina piel había un corazón de roble y músculos como maromas... Me acuerdo de un día que lo tildaron insolentemente de *chuan* en una feria de Bricquebec, y, había que verlo haciendo frente á cuatro fornidos aldeanos, y retorciendo con aquellas manos tan bonitas las varazas de fresno que llevaban, como si hubiesen sido cañas. Otro día lo agarró brutalmente del cuello un brigadier de gendarmería con honores de Hércules, y lo ví coger entre los dientes —¡entre aquellas dos sartas de perlas tan preciosas!—el dedo pulgar del hombrachón, cortárselo de una sola dentellada, tirárselo al rostro al brigadier, y escapar por entre la multitud aglomerada en torno de ellos, abriendo de un salto el muro que formaba. ¡Desde entonces, lo confieso, me pareció menos afeminada la belleza de ese terrible amputador de pulgares! Desde

aquel día también aprendí á conocerlo en el castillo de Touffedelys, donde, como he dicho á usted, teníamos nuestro cuartel general más oculto y seguro ¿Usted ha ido alguna vez á Touffedelys, señor de Fierdrap?... Sus dominios de usted no caían por esa parte, y ahora ¡de ese pobre castillo arruinado no queda una sola piedra! Era una mansión señorial bastante espaciosa, almenada en otro tiempo, un resto de construcción feudal, que podía abrigar numerosa muchedumbre en sus cuatro torrecillas, y cuyos alrededores están poblados de esos grandes bosques, verdadero nido de todas las chuanerías, que recordaban por su oscuridad y por los dédalos de sus claros, aquel famoso bosque de Misdom donde combatió toda su vida el primero de los chuanes, Juan Cottereau, un conde de guerrillas. Situado á poca distancia de una costa solitaria, casi inabordable á causa de sus arrecifes, el castillo de Touffedelys parecía colocado allí exprofeso, en previsión de esas guerras de facciones medio extinguidas que tratábamos de resucitar. Todos los que

estaban resueltos á reanudar y continuar la lucha desgraciadamente interrumpida; todos los que rechazaban con el alma pacificaciones opresoras; todos los que opinaban que el sistema de guerrillas en las asperezas daría mejor resultado que el de batallas campales, imposibles por otro lado; todos los que querían, en suma, quemar el último cartucho contra la Fortuna, ¡contra la in-noble y cobarde Fortuna! y caer disparando el último tiro, venían á reunirse y concertarse, de todas partes, en nuestro fiel castillo de Touffedelys. Los jefes de esta segunda chuanería, que tuvo un desenlace horriblemente trágico con la muerte dada á Frossé en el foso de Verneuil, acudían allí bajo toda clase de disfraces; y más de una vez se encontraron con los últimos supervivientes de la chuanería derrotada del Maine.

»A fin de no despertar sospechas, el castillo, que no encerraba ya más que dos castellanas, bien poco temibles en apariencia para la República, era el refugio de algunas mujeres del país, cu-

yos padres, maridos y hermanos habían emigrado, y que, no habiendo querido ó podido seguirlos, vivían en el campo entre los aldeanos que conservaban aún el antiguo respeto hacia sus familias, para evitar lo que no hubiesen podido evitar en las ciudades: el abismo, siempre abierto, de las cárceles.

»Allí vivían en la mayor obscuridad posible, tratando de hacerse olvidar de los representantes del pueblo en la comarca, de aquellos espantosos inquisidores, pero procurando asimismo recomponer la red, tantas veces rota, de una insurrección, harto falta de unidad siempre. Esas mujeres de que ve usted aquí cuatro muestras, señor de Fierdrap, poseían entonces toda su lozanía de normandas y todo el fervor novelesco de los sentimientos de su juventud; pero obligadas á fortalecer su ánimo en medio de los acontecimientos mortales de todos los días, perpetua amenaza suspendida sobre sus cabezas, é inflamadas de ese realismo que ya no existe ni aun en los hombres que tanto habéis combatido y sufrido por la monarquía, no se

asemejaban á lo que habían sido sus madres en la misma edad y á lo que son hoy sus hijas ó sus nietas. La vida del tiempo, las angustias, el peligro de todo lo que amaban habían cubierto su corazón de una capa de bronce... Usted ve ahora en su poltrona á Santa de Touffedelys que no atravesaría hoy por todo un imperio la plaza de los Capuchinos á media noche sin helársele la sangre en las venas... Pues bien: Santa de Touffedelys (¿no es verdad, Santa?) iba sola conmigo en noches de tempestad á esa costa aislada y peligrosa para llevar despachos al cabecilla Destuches, disfrazado de pescador, el cual, confiando su vida á una canoa hecha con tres tablas, sin vela, ni timón, lanzábase, por servir al rey, desde la costa de Francia á la de Inglaterra al través de esa Mancha, que siempre tiene en reserva algún naufragio..., con la misma tranquilidad con que hubiera podido beberse un vaso de agua.

»Porque esa era ante todo la función que correspondía entre nosotros al cabecilla Destuches. De cuantos nobles

frecuentaban el castillo de Touffedelys y fraguaban la guerra entre sus paredes, á pesar del valor que los distinguía y los igualaba á todos, no había nadie como ese doncelillo Destuches para sumergirse en el mar como un pez; porque, ¿se acuerda usted, Santa? apenas podía llamarse canoa aquella piragua de salvaje que había construído y en que se escurría, hendiendo las aguas como un sollo oculto en la concavidad de las olas, y desafiando así todos los anteojos de capitanes que vigilaban la Mancha en aquel tiempo desde cada ola y desde cada acantilado. ¿Se acuerda usted, Santa, de una noche de niebla, cuando él iba á partir, se empeñó usted, bromeando, en entrar en aquella fragil piragua, y por poco la hace usted zozobrar, y eso que mi niña era entonces tan ligera como un pajarito ó como una flor? Pues, á pesar de todo, en semejante cáscara de nuez pasaba él de una costa á otra en las noches más execrables, siempre dispuesto á volver á marchar cuando hiciese falta, y siempre á la hora fija puntual como un rey, el rey de los ma-

res. ¡No hay que dudarlo! entre sus compañeros de armas había corazones que hubiesen intentado la aventura lo mismo que él, que tampoco hubiesen temido entregar sus cadáveres á las langostas, y á quienes tenía sin cuidado la manera de morir cuando se trataba del rey y de Francia, pero, al imitarlo, ninguno de ellos hubiese creído poder salir airoso, y no lo hubiese salido seguramente... Para eso había que ser un hombre escepcional, ¡más que un marino! ¡más que un piloto! En fin, había que ser lo que era ese joven asombroso á quien sorprendió la guerra civil sin haber visto el mar más que de lejos, ni haber hecho nunca otra cosa que batir gaviotas en los alrededores del solar de su padre. Así los marineros viejos del puerto de Granville, aficionados á lo maravilloso, como todos los marinos, al saber la vida peligrosa del cabecilla durante diez y ocho meses de correrías casi continuas, dijeron que *hechizaba* las olas, como se ha dicho de Bonaparte que *hechizaba* las balas. Mozos de cuenta en achaques de audacia, no era la intrepidi-

dez del cabecilla lo que les daba que pensar; pero sí necesitaban explicarse su suerte por una de esas ideas supersticiosas familiares á los marineros.

»¡Y la verdad es que debió ser cogido ó sucumbir veinte veces en aquellas terribles travesías! Esa suerte descarada y constante, esa imprudencia tan repetida, y de un resultado siempre seguro, daban á Destuches una importancia considerable entre los demás oficiales de la chuanería. Comprendían que, si llegaba á perecer, no sería reemplazado. Por lo demás, no era sólo un correo intrépido é infatigable que conocía aquel paso del mar como ciertos guías pirenaicos conocen sus montañas; en las breñas, en las emboscadas, en los combates, donde quiera que había que manejar la carabina ó acuchillarse cuerpo á cuerpo, era uno de los chuanes más temibles, terror de los azules, á quienes admiraba y espantaba, siempre que en una contienda desplegaba de pronto, al través de sus formas esbeltas y elegantes, su fuerza aterradora. «*¡Es la avispa!*»—decían los azules, al reconocer en

medio del humo de las refriegas aquel talle fino y arqueado como el de una mujer con corsé.—«¡*Tirad á la avispa!*» Pero la avispa volaba siempre, ebria con la sangre que había vertido, porque era un valiente encarnizado y feroz. Esa figurita tan mona era constantemente llegado el caso, el hombre que arrancaba pulgares de un mordisco tan cruelmente en la feria de Bricquebec, la carita blanca de labios anchos y encendidos—signo de crueldad, según se dice—y él los tenía tan encarnados como la cinta de la cruz de San Luis de usted, señor de Fierdrap. Y no era el fanatismo de su causa lo único que lo exaltaba al mostrarse implacable antes ó después de la acción. Era chuan, pero no parecía de la misma naturaleza que los demás chuanes. Aunque batiéndose en su compañía, y jugando su vida por ellos á cara ó cruz, no parecía participar de los sentimientos que los animaban. ¿*Chuanear* por *chuanear* puramente?... Aquellos compañeros de armas, aquellos guerrilleros, aquellos nobles, no tenían sólo á Dios y al rey en su corazón. Al lado del

realismo que en ese corazón palpitaba, había otros sentimientos, otras pasiones, otros entusiasmos. No en balde era llegada para ellos la hora de la ardiente juventud. Como los caballeros antepasados suyos, todos ó casi todos tenían una *dama de sus pensamientos*, cuya imagen los acompañaba en el combate, mezclándose de esa suerte la novela con la historia. ¡Pero el cabecilla Destuches! Jamás he vuelto á ver un ente parecido. En Touffedelys, donde bordamos nosotras tantos pañuelos con nuestros cabellos para aquellos señores que tenían la galantería de pedírnoslos, y que los llevaban como talismanes en sus expediciones nocturnas, no creo que se bordase uno sólo para él. ¿Usted qué dice, Ursula?... Le interesaban muy poco todas las reclusas de aquella especie de convento de guerra, por más que fuesen en su mayoría muy dignas de ser amadas, aun por héroes. Bien podemos decirlo hoy que somos viejas. Además, que yo no hablo por mí, por Bárbara Petronila de Percy, que nunca he sido mujer más que en las fuentes bautisma-

les, y que, salvo ahí, no fuí toda mi vida sino un estafermo valeroso, cuya fealdad carecía de sexo lo mismo que la belleza del cabecilla Destuches.

»Pero hablo de las señoritas de Touffedelys, aquí presentes, que entonces se hallaban en todo el esplendor de la vida, blancas y graciosas como dos cisnes, á los cuales había que poner dos collares diferentes para distinguirlos. Amada de Spens era mucho más joven que todas nosotras. Tenía diez y seis años, mientras que nosotras contábamos treinta. Era una niña, pero tan hermosa, que, excepto ese alma de cántaro, el cabecilla Destuches, no hubo quizá uno solo de los hombres de aquella época que la viese sin amarla. Por lo menos, los once nobles de la expedición de los Doce, puesto que el duodécimo era una mujer—su servidora, barón de Fierdrap,—sentían por ella una pasión novelesca y declarada, porque todos, unos tras otros, habían pedido su mano.»

—¡Qué! ¿La amaron los once?—interrumpió el barón como un escopetazo, al oír ese detalle singular en una his-

toria donde los acontecimientos eran tan asombrosos como los personajes.

»¡Sí, todos, barón! Y los sentimientos inspirados por ella han persistido durante más ó menos tiempo en esas almas viriles. Algunos han seguido siendo enamorados fieles. No se admiraría usted mucho, por de contado, si hubiese usted conocido á la Amada de aquella época, una mujer que no ha tenido pintor, y como nunca la habrá usted encontrado quizá, con haber corrido tanto mundo.»

—¡Alto!—exclamó el barón, que había sido hulano en Alemania.—¡Alto!—repetió, como si hubiese llevado detrás á toda su compañía de hulanos.—Yo conocí en 18... á lady Hamilton, y ¡juro á usted por las siete conchas que llevo, que era hembra capaz de hacer comprender las diabluras que se permitió cometer por ella el almirante Nelson!

—También yo la conocí—dijo á su vez el abate;—pero la señorita Amada, á quien ves ahí, era más hermosa todavía. Eran como el día y la noche...

—¡Por Cristo!—prorrumpió el barón

de Fierdrap, sobreexcitado.—Un día ví yo á ese lady Hamilton de vacante...

—Pues he ahí precisamente, Fierdrap—interrumpió el abate con tono burlón,—he ahí precisamente cómo no hubieras podido ver jamás á la señorita Amada.

—Y te juro...—siguió el barón sin escuchar y empeñado en discutir.

—... Que no le sentaría mal el traje á aquella moza de posada—volvió á interrumpir el abate.—¡Qué le había de sentar mal, caramba! Con aquel brazo fornido, sonrosado y moreno, había servido bastantes cántaros de cerveza á los palafreneros de Richemond para saber manejar un ánfora—y con gracia, no hay que decir.—Pero la belleza de la señorita Amada de Spens no era de esa calaña. Es preciso que se te quite de la cabeza la tentación de compararla á nadie, Fierdrap. Tiene razón mi hermana. No vivimos bastante para tropezarnos en nuestra vida con dos mujeres como *ha sido* esa... ¡La beldad única de su tiempo, hijo mío! ¡Y tendrá la suerte de todo lo que es absolutamente bello aquí

abajo! Para ella... lo mismo que para los once héroes que la amaron, no habrá historia. No habrá deshonrado á ninguno; no habrá entrado en el baño de ninguna reina; no figurará entre las interesantes devastadoras que trastornan este mundo con el viento de sus faldas. ¡Magnífica belleza perdida, pobre beldad, que ni siquiera oye lo que digo de ella esta noche, al calor de esta chimenea, y que no habrá sido en toda su vida sino el placer solitario de Dios!

Mientras hablaba el abate de Percy, el barón de Fierdrap miraba á la que había llamado *el placer solitario de Dios*, bordando entonces con sus manos de madona. El barón guiñaba un ojo. Era un vicio, que él convertía en sustancia, haciéndolo pasar por marrullería. Con el otro ojo que no cerraba, con su ojo pardo vivaracho, el antiguo hulaño iba de la hermosa frente de Amada coronada de cabellos de oro bronceado, de aquella hermosa frente á lo Monna Lisa, en cuyo centro un poco saliente proyectaba la lámpara como un reflejo de ópalo, hasta aquellos opulentos hom-

bro modelados en la seda gris de hierro del cuerpo del vestido; y al ver eso, probablemente pensaba que, á pesar del tiempo, á pesar del dolor, á pesar de todo, aún quedaban migajas bastante ricas del *placer solitario de Dios* para que los hombres, y los más difíciles de contentar entre los hombres, pudiesen tener un festín de reyes.

Pero no digo lo que pensaba... Si alguna extravagancia cruzó por su cerebro, la contuvo debajo de su peluca venturina, y la señorita de Percy prosiguió su historia, anhelante como una locomotora que reanuda su marcha:

«Como era huérfana, y la última de su raza desgraciadamente, Amada pasaba una parte de sus días con nosotras, jóvenes graves de treinta años, que éramos otras tantas madres para ella... Hacía algún tiempo que habitaba en Touffedelys, cuando vió allí por primera vez á ese joven desconocido á quien amó, y cuyo verdadero nombre, país y aventuras hemos ignorado siempre. ¿Supo ella todo eso? Durante las largas horas que pasaban juntos en los profundos alféiza-

res de encina del salón de Touffedelys, donde les dejábamos tantas veces hablar en voz baja desde que supimos que se habían prometido el uno al otro, ¿le revelaría él el secreto de su vida? Si fué así, bien lo ha guardado. ¡Todo está sepultado en ese corazón con su amor! ¡Ah! Amada de Spens es una tumba, pero una tumba bajo un acirate de serenos muguetes. ¡Vea usted, señor de Fierdrap! Mire la placidez de esa mujer acabada, sin esperanza desde hace veinte años, y de una vida tan sencilla, de esa criatura digna de un trono, y que morirá pobre huésped del convento de las Bernardinas de Valognes. No oye ya; apenas escucha; no tiene más que esa sonrisa encantadora que vale por todo. No vive más que con su pensamiento, con sus recuerdos, ¡que nunca ha profanado por una confidencial!, olvidada del mundo y resignada al olvido del mundo, sin ver más que el hombre á quien amó...»

—¡No, Bárbara, no! ¡no lo ve!—dijo ingenuamente la señorita Santa, siempre á las puertas del mundo sobrenatural,

que tomó al pie de la letra la modesta metáfora de la señorita de Percy.—Desde que murió, no ha vuelto á verlo nunca, pero no por eso deja de aparecérsele... y sobre todo durante el mes en que lo mataron. Por eso es por lo que ella no puede permanecer sola en su cuarto durante ese mes, cuando cae la noche. Aunque sorda y archi-sorda, entonces oye perfectamente ruidos extraños y espantosos. ¡Por todos los rincones suspiran, y no hay nadie! Las anillas de la cortina rechinan en las varillas de hierro, como si tirase alguien con violencia... Una vez las oí yo estando con ella, y le dije helada de espanto, porque se me erizaba el pelo en la frente: «¡Es seguramente *su alma* que viene á pedirle á usted oraciones!» y ella me respondió gravemente, y menos turbada que yo: «¡Siempre mando decir una misa en el altar de los muertos al día siguiente de las noches en que oigo esto, Santa!» Y no cabe duda de que era la misa lo que *él* quería, porque una vez que Amada se retrasó un día, en vez de mandarla decir, como de costumbre, la noche des-

pués los ruidos llegaron á ser terribles. Las cortinas parecían locas, y toda la noche estuvieron crujiendo los muebles, como las castañas cuando saltan fuera de la lumbre.

«Pues bien—continuó la señorita de Percy, mal humorada por verse interrumpida tanto tiempo,—esa Amada que cree en fantasmas, pero no como usted, Santa (con esta frasecilla desdeñosa pagaba su interrupción á esa pobre y bendita oveja del Señor que había balado fuera de tiempo), esa Amada que muy bien puede creer en los que ve en su corazón, ha sido siempre, y es aún para nosotras, señor de Fierdrap, un misterio más profundo y asombroso que el misterio de su prometido. Él no ha hecho más que aparecer y desaparecer. ¿Qué mucho, pues, que nunca hayamos sabido nada acerca de su persona?... Pero con ella hemos vivido veinticinco años, y no estamos mucho más adelantadas. Cuando fué al castillo de Touffedelys ese desconocido, que ha permanecido desconocido para nosotras, lo presentó precisamente nuestro cabecilla Destuches.

Amada conocía al cabecilla. Lo había visto varias veces en el Avranchin, en casa de una tía suya, la señora de la Roque-Piguet—vieja chuana, que no podía *chuanear* como yo, porque estaba impedida, pero que *chuaneaba* á su modo, ocultando chuanes durante el día en sus bodegas y en sus trojes para las expediciones nocturnas.—Amada volvió á ver al cabecilla en Touffedelys, y yo, que con mi fealdad de noche de truenos no podía hacer otra cosa que observar el amor... en los demás, temí á veces, pero me lo temí en serio, que le amase. Por lo menos, siempre que el cabecilla estaba allí... ¿era efecto de la belleza deslumbradora de ese hombre, quizá más hermoso que ella?... había notado yo en los párpados insistentemente bajos de la noble Amada cierto estremecimiento, y en su frente sonrosada un tono de fuego, que me preocuparon á menudo... ¡Por vida mía, que hubiesen formado una pareja soberbia! Pero, aparte de que el caballere de Langoitière no picaba bastante alto por su abo-lengo para casarse con una de Spens,

antojábanseme que debía ser terrible amar á un hombre como Destuches.

«Dios se sirvió impedirlo. No lo amó. A quien amó, por el contrario, fué al compañero que llegó con él una noche á Touffedelys, en medio de una de esas tempestades espantosas que Destuches prefería para sus travesías á la calma de las noches serenas.

»¿Se acuerda usted de aquella noche, Ursula?... No dormíamos; estábamos en el salón, usted y Amada haciendo hilas, y yo fundiendo balas, porque á mí no me han gustado nunca los trapos; velábamos, como esta noche, pero menos tranquilas. De repente se oyó el grito del mochuelo, y entraron los dos con sus pieles de chiva chorreando, como dos lobos que se hubiesen zambullido en el mar. El cabecilla Destuches nos presentó á su compañero como un noble que había tomado parte durante mucho tiempo en la guerra del Maine bajo el pseudónimo de *M. Jacques* que aún se le daba...»

—¡Por Dios!—exclamó el barón de Fierdrap, estremeciéndose al oír ese

nombre como si hubiese oído un tiro. —¡Ese pseudónimo es muy conocido en el Maine! ¡Ha sublevado varias parroquias! ¡Se ha hecho allí famoso! ¡*M. Jacques*! ¡Si el mismo Jambe-d'Argent se inclinaba ante la intrepidez y el genio de general de *M. Jacques*! Pero el caso es que debía haber muerto hacia esa época... digo, si era el mismo...

«¡Sí! Se le creyó muerto; lo que hay, no obstante, es que, después de huir de los Azules, se refugió en Inglaterra, donde los príncipes le confiaron una misión personal cerca de M. Frotté. Y por eso había venido desde Guernesey á la costa de Francia en aquella canoa de Destuches, que no podía admitir más que un solo hombre, y que estuvo á pique de zozobrar cien veces bajo el peso de los dos. ¡Para suprimir toda carga inútil remaron con los fusiles!...

»M. de Frotté estaba entonces en los confines de Normandía y de Bretaña tratando de reanimar insurrecciones expirantes... *M. Jacques* fué solo en su busca, y algún tiempo después volvió á Touffedelys gravemente herido. Al re-

greso se vió obligado á pasar por entre las secciones esparcidas de las columnas infernales que saqueaban y asesinaban el país, y fué blanco de yo no sé cuántos tiros, los últimos de los cuales lo alcanzaron. Cuando entró en Touffedelys en su caballo, herido como él, cayeron los dos teñidos de sangre; el caballo estaba muerto, el hombre moribundo y sin conocimiento. Acribillado por las balas, tuvo que pasar mucho tiempo en Touffedelys, donde fué preciso curarle las heridas. Eran numerosas y pudimos contarlas, porque todas se las curamos ¡no que no! con nuestras manos de señoritas. No se hacían melindres entonces. La guerra y los peligros dieron al traste con todas las afectaciones y dengues. En el castillo de Touffedelys no había cirujanos, no había más que cirujanas. Yo era la cirujana en jefe. Me llamaban «el Mayor», porque yo sabía sajar una herida mejor que estas miedosas...»

—La sajabas lo mismo que la hubieras hecho—dijo el abate.

Para la señorita de Percy, para esa

antigua heroína oscurecida, toda la fama se cifraba en la opinión del abate. Se puso más colorada que nunca al oír la observación de su hermano.

«¡Sí! me llamaban «el Mayor»—continuó con la satisfacción del orgullo lisonjeado;—y como yo era la que hacía por lo común el inventario de las heridas que teníamos que cerrar, me acuerdo que cuando ví la espantosa criba del cuerpo de *M. Jacques*, tendido delante de nosotras, miré á la redonda á todo mi grupo de ayudantes, muy pálidas en aquel momento, y como yo he sido siempre la bendita claridad...»

—Y más clara que bendita—insinuó el abate.

«...Les dije jovialmente para darles ánimos, señalándoles al herido desvanecido: «¡Cuerpo de Dios! Si lo salvamos, ¡qué joya tan bien labrada, señoritas, para aquella de ustedes que quiera arrollársela al cuello!»

«Y se echaron á reír como locas; pero Amada permaneció seria y silenciosa. Se había ruborizado.

«También se ruboriza por Destuches

(pensé); ¿cuál de esos dos rubores es amor?...

«Tal para cual, por supuesto. Ese *M. Jacques* era, como el caballero Destuches, un hombre á quien nunca hubiera yo pensado en amar si hubiese sido mujer de sentimientos tiernos. No tenía la belleza femenina y cruel del cabecilla; pero aunque la suya fuese más viril y ardiente, tenía también su lado femenino: la melancolía. No puedo soportar á los hombres melancólicos: se me antojan menos hombres que los demás. *M. Jacques* era lo que se ha llamado mucho tiempo un *bello tenebroso*. Ahora yo soy del parecer de esa pícara de Ninon, que decía: «La alegría del espíritu es prueba de su fuerza.» Yo me río todo de lo que sean chistes y donaires... no me entusiasman, pero no puede negarse que la alegría es un valor... un valor más. *M. Jacques*, á quien estas damas, que no pensaban como yo, llamaban en Touffedelys, para poetizarlo, «el bello Tristán», me habría atacado los nervios con su desesperante melancolía, si una moctona de mi calibre pudiese tener ner-

vios. ¡Qué quieren ustedes! Yo necesito que hasta los héroes sean gente de buen humor, y se rían en las barbas de todos los peligros.»

—¡Oh, señorita!—(dijo el abate)—usted ha sido siempre un verdadero Roger Bontemps, que, en otro tiempo que no fuese una época de revolución, hubiera preocupado á su familia. Usted no sólo necesitaba héroes, sino patanes de heroísmo. Bien ha hecho Dios en crearla á usted fea, y por ello doy gracias todas las mañanas en la misa, porque, sin esa precaución, quizá hubiese corrido grandes riesgos el honor de los Percy.

—¡Ríete, hombre, ríete!—contestó la aludida, riéndose á su vez, y demostrando lo que le agradaba la alegría en la manera de recibir la broma.—Te es permitido todo contra tu hermana menor. ¿No eres el jefe de nuestra casa?

—Es verdad—insinuó entonces Úrsula, que hasta allí no había dicho una palabra, y que intervino en la conversación como un reloj que da la hora atrasado,—es verdad que no era muy diver-

tido ese *M. Jacques*, era triste como la noche.

—Mejor es decir como la estampa de la herejía—interrumpió la impetuosa señorita de Percy.—Los revolucionarios de todos los países se parecen. Los jacobinos franceses eran tan taciturnos, tan solemnes, tan pedantes, como los puritanos de Inglaterra. No he conocido uno solo que fuese alegre, mientras que entre los realistas lo eran cuantos habían conservado el espíritu del país que se llamaba en otro tiempo «la alegre Francia», lo eran aquellos altivos mancebos que lo habían perdido todo, hasta la esperanza; pero que de todo se consolaban con la guerra, con el estímulo de las aventuras inesperadas y el jolgorio de los tiros.

—Pero, si era triste,—dijo Ursula, volviendo á coger, á la manera que una hormiga su pajilla, la idea interrumpida por aquella explosión de entusiasmo bélico, que acababa de pasar por su cabeza como una tromba sobre una capa de pepinillos en vinagre,—si era triste, bien sabe usted, querida Percy, que, según

se decía, tenía razones para estarlo. Bien sabe usted que se decía al oído que era un comendador de Malta, y que había pronunciado sus votos...

—¡Sí!—respondió la señorita de Percy, admitiendo la objeción.—Se cuchicheaba eso; y, si era realmente comendador de Malta, el recuerdo de sus votos debió torturarlo cruelmente cuando se enamoró de esta Amada con quien no podía casarse, porque los caballeros de Malta están obligados al celibato como los sacerdotes... Pero eso ¿quién lo ha probado nunca?... como no sea una prueba aquella terrible palidez de muerto que adquirió de repente su cara el día en que Amada nos hizo saber á la mesa, en los postres, que se había *comprometido*, diciendo á Ursula delante de todas, encendida como la grana por el esfuerzo que le costaba esa confesión, que para nosotras era un descubrimiento: «Querida Ursula, ¿hace usted el favor de servir fresa á mi prometido?»

«Él debía alegrarse de esas palabras, y se puso lívido... Pero ¿no se parecen todas las palideces? ¿Quién distingue la

palidez de un hombre feliz de la de un traidor? Si era esto último, si había engañado á Amada realmente, la bala que lo derribó á mis pies en la noche de la evasión, no ha sido para la pobre un mal tan grave como el que la esperaba, si el novio hubiese vuelto con nosotros. Ha conservado la ilusión de que *podía ser suyo*; y cuando yo le entregué el brazalete que le había hecho delante de nosotras con el pelo más hermoso de su cabeza, no supo, ni ha sabido nunca después, que la sangre de que estaba cubierto podía ser la de un hombre que la había engañado.»

—Pero ¡Destuches! ¡Destuches!—interrumpió el barón de Fierdrap, que desde su *remembranza* de lady Hamilton no había dicho nada, y que miraba á la señorita de Percy como al corcho de su sedal cuando no picaban los peces. Tenía las dos paciencias más soberbias del mundo: la del pescador de caña y la del cazador en acecho, así como participaba también de la obstinación de ambos.

—Tiene razón Fierdrap—apoyó el abate, siempre amigo de tentar la pa-

ciencia.—Te vas por esos trigos de Dios, hermanita. ¡Resabio de chuana! *Chuanas* hasta en la manera de contar.

—¡Ta, ta, ta!—exclamó la señorita de Percy.—¡Vaya usted á contenerse hablando de sus mocedades! ¡Destuches! A eso vamos; pero ¡por la pasión de Cristo! yo no puedo llegar á Destuches y á su evasión sin hablar de un hombre que representó el principal papel en aquella calaverada, puesto que es el único que quedó en ella.

—Eso no es una razón—arguyó gravemente el abate.—En una expedición semejante hay algo de más importancia que morir bien.

—Hay el salir adelante con el empeño—replicó la vieja amazona, que bajo su grotesco brial conservaba el genio de la acción civil.—Pero salió con el empeño, puesto que salimos nosotros, y con nosotros estaba él. Aunque á mí me tuviese sin cuidado aquel bello Tristán, como se decía en Touffedelys, que ha dejado su tristeza sobre la vida de Amada, no he de ser menos justa hacia él por eso. No iba allí alegremente, ¡pero iba! Él,

ese hombre sentimental, fué el que, cuando la primera prisión de Destuches en Avranches, cogió con su lánguida mano una antorcha, entró en la prisión resueltamente, y no volvió á salir hasta que todo estuvo ardiendo.

—¡Cómo! ¿En Avranches?—objetó el barón de Fierdrap asombrado.—¡Pero si donde libertaron ustedes á Destuches fué en Coutances!

—¡Ah!—exclamó la señorita de Percy, holgándose de una ignorancia que añadía á su historia el interés de lo inesperado.—En aquel tiempo usted y mi hermano estaban en Inglaterra, y no tiene usted noticia más que de la evasión, que, en efecto, se verificó en Coutances. Pero antes de estar encerrado en esa ciudad, lo estuvo en Avranches, y si lo trasladaron á Coutances fué porque en Avranches intentamos incendiar la cárcel.

—¡Muy bien!—respondió el barón de Fierdrap, dándose por vencido.—No sabía, y lo celebro infinito, que el cabecilla Destuches hubiese costado tanto á la República.

—¿Quieres dejarla contar, Fierdrap?—

dijo el abate, que era el que más había interrumpido, y el que más se irritaba contra los que tenían su vicio, según costumbre de todos los viciosos y de todos los interruptores.

«Bien. Pues, como he dicho, era hacia fines del año 1799—prosiguió la historiadora del cabecilla Destuches.—Hacía varios meses que *M. Jacques* estaba con nosotras; casi curado, pero débil y resentido aún de sus heridas. Durante esa larga convalecencia de *M. Jacques* en Touffedelys—donde vivía oculto, como se vivía en aquel tiempo, cuando no se estaba á campo raso, fusil en mano, á la luz de la luna,—Destuches, el *hechicero de las olas*, había pasado veinte veces quizá de Normandía á Inglaterra y de Inglaterra á Normandía. Nosotras no siempre lo veíamos durante esos viajes. Desembarcaba á menudo en puntos sumamente distantes unos de otros para desorientar á los espías armados y encarnizados, que, escondidos debajo de todas las dunas, acurrucados en los huecos de los acantilados, tumbados boca abajo en el fondo de las ensenadas, cer-

caban el mar por todas partes, poniendo al ras del suelo bayonetas y cañones de fusiles que no esperaban más que la ocasión apetecida para levantarse. Cuanto más se aventuraba, ese cabecilla Destuches, acosado en el mar por bergantines, acosado en tierra por soldados y gendarmes; cuanto más se comprometía, ese hombre que acariciaba el peligro como una mujer su quimera, ese jugador infatigable que lo arriesgaba todo en cada jugada, y lo arriesgaba con fortuna, más obligado se veía, no obstante, á usar de precauciones y destreza, á pesar de su audacia impasible; como que la inaudita suerte de sus travesías exasperaba á sus enemigos, para los cuales había llegado á ser el hombre de su nombre: *la Avispa*. ¡La avispa inaprensible y desesperante, el enemigo invisible, el más provocativo y burlador de los enemigos! No producía ya la impresión de un hombre de carne y hueso, sino, como yo he oído decir frecuentemente á las gentes de mar de esas riberas, «de una sombra vaporosa, de un duende.» Entre los azules y él—y los azules ¡no se olvi-

de! eran todo el país organizado contra nosotros, que no constituíamos sino partidas diseminadas por la superficie, y sólo unidas entre sí por hilos fáciles de cortar,—entre los azules y él había un sentimiento de amor propio excitado y herido, más temible aún, á lo que parecía, que el odio implacable de azul á chuán... ¡La guerra que se hacían, era más que guerra; era caza!... ¡era ese duelo, que usted conoce, señor de Fierdrap, entre la bestia y el cazador! En las tabernas y en las granjas del país, donde ese hombre es quizá todavía una leyenda, contábase que ya más de una vez había estado á punto de ser cogido. Las manos habían andado muy cerquita de su oreja, decían los tunantes de los aldeanos... Se añadía un hecho, pero ese era cosa averiguada (había tenido la notoriedad de un combate en regla), y es, que una vez, en la taberna de *la Hoz*, se batió solo con un destacamento de republicanos, encerrado y atrincherado en el desván de la taberna como Carlos XII en Bender, y que después de pasarse toda la noche tirando por las lumbre-

ras y tumbando unos sesenta azules, desapareció un día por el tejado... «no se sabe cómo—decían las mujeres, cuya imaginación supersticiosa llenaba de asombro,—pero como si hubiese tenido alas en la espalda.»

«Así, no era un duende únicamente en el mar; lo era también en tierra firme; y bien lo habían probado muchas expediciones de que formó parte. ¡Sólo que no podía serlo siempre! La jugada que arriesgaba debía tener un término á la fuerza, sucumbiendo el jugador al peligro que afrontaba. La esperanza de prender á Destuches, de apoderarse de la avispa y de poder aplastarla con el pie, avivaba y transportaba aquellas almas irritadas hasta el delirio, creando á nuestro héroe un peligro tan cierto é inevitable, que, en opinión de los hombres de su partido como en la de sus enemigos, su captura ó su muerte no eran ya más que una cuestión de tiempo; y cuando fueron á comunicarnos á Touffedelys esta terrible noticia: «¡Han prendido á Destuches!» nadie pudo sorprenderse siquiera.

»El que fué á comunicarnos á Touffedelys esa terrible noticia era un joven de esta ciudad, cuyo nombre no sabe usted probablemente, aunque es usted del país, señor de Fierdrap, porque no era un noble. Se llamaba Justo el Bretón. Uno de los prejuicios que más odiosamente han explotado los azules contra nosotros, es que, en la guerra de los chuanes, no éramos más que nobles que llevábamos á remolque á los aldeanos; y nada más falso. Contábamos con jóvenes de las ciudades, dignos de llevar la espada que manejaban muy bien, y Justo el Bretón era uno de ellos... Habíalo ennoblecido la espada de los nobles que lo trataron como un igual, cruzando su hierro con él en varios de los duelos que se verificaban entonces en Valognes, donde el duelo ha sido una tradición durante mucho tiempo... Así que, al levantarse la chuanería, vino á nosotros ese hombre ennoblecido por la espada, y nos trajo la suya. La suya era manejada por un brazo de Hércules. Justo era hombre de fuerza como el cabecilla Destuches, pero no la ocultaba bajo las formas es-

beltas y airosas del caballero, que, al demostrarla de repente, causaba tan indecible sorpresa. ¡No! era un hombre rechoncho y fornido, rubio como celta que era, porque su sobrenombre de «El Bretón» acusaba su origen. Era un bretón mixto de normando. Su familia había pasado á Normandía, y había olvidado sus peñas de Bretaña por los pastos de esta tierra, que tiene garras para aferrar al que la toca, porque el que la toca no puede desprenderse ya de su seno. Parecía que para matar á ese Justo el Bretón hubiera sido preciso lanzarle una montaña á la cabeza, y ha muerto en duelo, después de la guerra, como habíamos creído hasta esta noche que murió el mismo Destuches; ha muerto de una miserable estocada en la ingle, que no profundizó siquiera. ¿Puede creerse? Yo lo ví escupir sangre durante seis meses, y morir consumido como una muchacha tísica, con un pecho que parecía un tambor. Justo sabía á ciencia cierta que Destuches estaba preso, pero ignoraba aún cómo había sido prendido. Tratándose de semejante hombre,—

nos dijo—y opinábamos como él,—forzoso era que hubiese habido traición.

»La hubo, en efecto; lo he sabido más tarde, y fué, como verán ustedes, otra buena ocasión para apreciar el granito que encerraban las entrañas de aquel hermoso y delicado Destuches, que me hizo temblar un instante por Amada, cuando, viendo sus rubores incomprensibles, me figuré si lo amaría.

—»No puede estar preso,—jamás un hombre como Destuches—dijo *M. Jacques*,—mientras haya un chuán en pie, con una escopeta y un polvorín.

—»No hace falta tanto—dijo tranquilamente Justo.—Con nuestras solas manos lo recobramos.

»El hecho fué en las inmediaciones de Avranches. Destuches se vió envuelto y cogido por un batallón entero, á lo que se decía, y en la cárcel de esa ciudad lo encerraron hasta que se cumpliese su ejecución, que no se haría esperar mucho ciertamente, porque la República no se andaba en chiquitas, y entonces tenía que despachar pronto, si no quería que aquel hombre, ídolo de su parti-

do y dotado del genio de los recursos, burlase á sus verdugos... «¡Ha silbado el mochuelo por la parte de Touffedelys!»—añadió Justo el Bretón; y á la caída de aquella misma noche vimos llegar al castillo, bajo disfraces diversos de buhoneros, mendigos, afiladores y paragüeros—porque esa guerra de los chuanes era nocturna y enmascarada,—gran multitud de los nuestros, que, al primer rumor de la captura de Destuches, juraron libertarlo ó perecer en la demanda.

»Llegaron más de los convenientes. Fué una gran locura el dirigirse tanta gente á un punto único y venir á parar á Touffedelys. Pero eso dará á usted una idea de la importancia del cabecilla Destuches. ¡Cuál no sería, para que los chuanes, que poseían la prudencia en el mismo grado que la bravura, pudiesen comprometer así, por exceso de celo, la existencia de un cuartel general tan útil para guerrilleros semejantes como el castillo de Touffedelys!

»Usted no tiene idea, señor de Fierdrap, ni tú tampoco, hermano, de lo que

habíamos hecho nosotras de Touffedelys en interés de nuestra causa y de sus defensores; y si yo no se lo dijese á ustedes, quedaría incompleta mi historia. Aquel viejo castillo desmantelado, sin puente levadizo y sin rastrillo, que no era ya hacía mucho una fortaleza, pero que era todavía una mansión señorial, lo transformamos en un castillo humilde y tranquilo que no tuviese inconveniente en perdonar la República. Mandamos rellenar los fosos, bajar los muros, y, si no derribamos las torrecillas, por lo menos las despojamos de sus almenas, y no parecían ya sino los cuatro espectros de los antiguos torreones decapitados. En la gran fachada del castillo, en las esquinas de los techos, en las altas placas de las chimeneas, en las vetas y, en fin, donde quiera que en otro tiempo brillaban, hicimos borrar esas encantadoras y elocuentes armas de los Touffedelys, que consisten, como usted sabe, en *tres golpes de flores de lis* (1)

(1) En francés: «Trois touffes de lys.» De ahí el apellido nobiliario *Touffedelys*.—*N. del T.*

de plata en campo verde, con la divisa: NO ABANDONAR EL CAMPO: ¡Ay! ¡Los pobres lirios habían abandonado el campo! Habían huído hasta de aquel jardín, donde se cultivaban de generación en generación inmensos canastillos, que de lejos daban al vasto vergel la apariencia de un mar cubierto con el alabastro de sus espumas. En todas partes habíamos reemplazado los lirios con lilas.

»Lilas ¿son quizá lirios de luto? ¡Sí! Nosotras cometimos todos esos sacrilegios, consumamos todas las pequeñas bajezas de la astucia que simula la sumisión resignada, para conservar á nuestros amigos ese lugar de reunión y asilo, dulce y desarmado como su nombre, que parecía la casa de la inocencia, y donde se veían menos los hombres y las armas tras las faldas de mujeres que allí flotaban de continuo. Exceptuando los jardineros, en Touffedelys no había más que mujeres.

»Con ayuda de todas esas precauciones, de todas esas coqueterías de dulzura, pudimos hacer de nuestro nido de zoritas espantadas un nido momentáneo

de águilas nocturnas que, como Destuches y *M. Jacques*, iban á posarse allí.

Pero, como usted comprende, la seguridad de todo no existía sino á condición de que los chuanes que se abocaban por allá para concertarse sobre su guerra de emboscadas no fuesen nunca muy numerosos.

»La captura de Destuches motivó la única infracción de esa regla. Pero los jefes comprendieron la imprudencia de una gran reunión, y dispersaron sus hombres. Cuando es hostil un país entero, las pequeñas partidas valen más que las grandes masas de tropa. Esas pequeñas partidas son más resueltas; sus esfuerzos más concentrados y poderosos, su acción más rápida; su marcha más disimulada.

Para librar á Destuches bastaban algunos hombres, y los que se eligió en Touffedelys eran abonados para ir á sacarlo de debajo de la cuchilla de la guillotina ó á la boca misma del infierno... Son los que luego se llamaron los *Doce*, con cuyo nombre colectivo per-

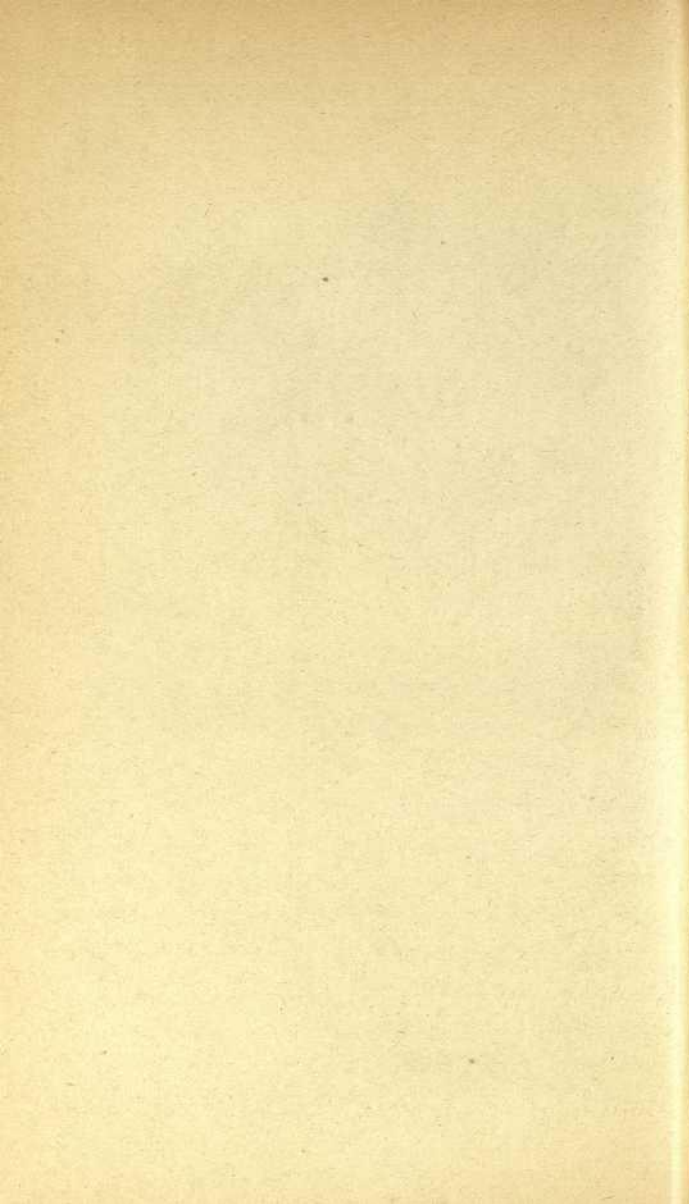
dieron los suyos, que nadie sabe á estas horas.

—¡Es muy cierto!—dijo con muestras de interés el barón de Fierdrap, que descruzó sus piernas de ciervo, é hizo en inverso sentido la X que formaban. —No hemos oído pronunciar uno sólo de sus nombres en Inglaterra, ¿verdad, abate? y el mismo Sainte-Suzanne no los sabía.

«Y cuando la que le cuenta á usted esta historia al amor de la lumbre, en este pueblecillo dormido,—continuó la señorita de Percy—repose, debajo de una cruz, en el cementerio de Valognes, no habrá ya nadie que pueda decir esos nombres olvidados... Sus dueños eran demasiado altivos para quejarse de las injusticias ó de las sandeces de la opinión.

»Amada, á quien ve usted desde aquí más abstraída que atenta á su bordado, se ha absorbido en su *M. Jacques*, y Santa y Ursula no le dirían á usted probablemente todos los nombres de los *Doce*. ¡Yo sí que puedo! ¡yo los sé! Y después de mi muerte—añadió, embelle-

cida casi por su entusiasmo melancólico —mientras no me reduzca á polvo, no habrá más que abrir mi féretro para saber esos nombres que merecieron la fama, sin alcanzarla. El que los busque los encontrará en mi corazón.»



V

LA PRIMERA EXPEDICIÓN

EL castillo de Touffedelys—prosiguió la señorita de Percy, después de un silencio conmovedor que respetaron los circunstantes—no estaba á mucho más de tres horas de marcha de Avranches para un hombre que anduviese á buen paso. Rodeado por la parte de esta ciudad de esos grandes bosques en que solían internarse los chuanes á fin de reunirse luego en los claros, y, por la parte opuesta, de esas especies de dunas móviles llamadas *bougues* que conducían al mar y á los bravos acantilados cuyas altas y estrechas junturas fueron tantas veces puertos de

salvación para Destuches y su eskuife, aquel castillo, que tenía la doble ventaja de los bosques y del mar, fué elegido naturalmente por los *Doce* como punto de retirada ó derefugio en la expedición que proyectaban, y á él convinieron en llevar al cabecilla Destuches, si conseguían libertarlo.»

-¡Pero los nombres, señorita, los nombres!—dijo el barón, que golpeaba el suelo con el pie, impaciente de curiosidad.

«¿Los nombres, barón?—respondió la narradora.—¡Ah! ¡no vaya usted á creer que pienso ocultarlos! Siento un gran placer en decirlos. Bastantes anónimos y pseudónimos ha habido en esa guerra de víctimas sublimes, y ¡por Dios! que ya estoy cansada de ellos. Créalo usted, si me hubiese dejado respiro, todos habrían ido encontrando su puesto en la historia que relato. Pero, ya que usted lo desea, voy á hacer desfilar todos esos nombres, todas esas cuentas de un rosario de honor, que, después de mí, nadie repetirá. Escúchelos usted: eran La Valesnie, ó, como decían los aldeanos, La Varesnerie, La Bochonnière, Canti-

lly, Beaumont, Le Planquais, Desfontaines y Vinel-Royal-Aunis, cuyo apellido era solo Vinel, pero que se llamaba Royal-Aunis por el nombre del regimiento en que había sido oficial. ¡Ahí los tiene usted á todos, con Justo el Bretón y *M Jacques*! A la manera de *M. Jacques*, cuyo nombre de batalla suplantó al verdadero, todos poseían también su nombre de guerra para ocultar el de familia, y evitar que guillotinasen á sus madres y hermanas, demasiado viejas ó demasiado débiles para acompañarlos á la guerra como yo.»

Al oír los nombres anteriores, pronunciados con un profundo sentimiento, que daba á aquella solterona, cubierta con su barril de seda amarilla y morada, la majestad de una musa de la Historia, el abate de Percy y el barón de Fierdrap, por un instinto de sangre, sintieron el mismo impulso caballeresco. No podían descubrirse, porque lo estaban, pero se inclinaron ante esos nombres de una milicia heróica, aunque no fuesen nobles todos ellos, como si hubiesen saludado á sus pares.

—¡Por la pesca milagrosa!—exclamó el barón de Fierdrap.—¡Me parece que yo conozco varios de esos nombres! Y hasta creo—añadió, quedándose pensativo y como escudriñando en sus recuerdos,—hasta creo haber visto, aunque no sé dónde, á algunos de los que los llevaron. A La Varesnerie, á Cantilly y á Beaumont los he conocido. Sólo que, cuando los ví, ninguna alusión, ninguna palabra, ni suya, ni de nadie, me reveló que tuviera delante de mí, parte de los hombres audaces que habían libertado á Destuches... Pero, señorita,—continuó, cambiando de tono,—¡mil perdones! no me acordaba... Resulta que, en punto á héroes, los chuanes contaban la docena del fraile, puesto que usted no ha dicho su nombre en el número de los doce, y, sin embargo, figuraba usted entre ellos.

»¡No!—respondió la vieja historiografía sin pluma.—No figuraba, señor de Fierdrap. Yo no fuí de la primera expedición de los doce, sino sólo de la segunda, y ya sabrá usted por qué, dentro de poco, si me permite continuar.

»La primera no pareció dudosa al pronto á nadie. En Avranches no había por toda guarnición más que el batallón de azules que prendió á Destuches, y lo condujo á la cárcel de esa ciudad, por ser la más próxima al sitio donde lo habían sorprendido y capturado; que ¡á fe mía! cuando se habla de Destuches, que valía en aquel momento para el rey de Francia lo que un barco de línea, bien se puede decir capturado. Justo el Bretón se devanaba los sesos por saber cómo habían podido coger á ese Sansón sin Dálila, cómo habían podido coger á *la Avispa*, al duende. Pero era un hecho... ¡Lo habían cogido! Justo decía que lo había visto entrar en Avranches en el centro del batallón de los azules, apiñados á su alrededor con las armas cargadas.

Iba con cadenas de hierro en las muñecas, en vez de esposas, amordazado con una bayoneta que le cortaba las comisuras de los labios, tendido en unas angarillas de fusiles, á cuyos cañones lo habían sujetado con cinturones de sables, y loco de furor, más que por todos

esos suplicios por sentir en el rostro el contacto de la bandera execrada de la República con que aquellos insolentes azules azotaban su terrible frente para humillarlo. A buen seguro que tales hombres defenderían su presa con tesón contra los que intentasen arrebatársela; pero, en resumidas cuentas, no tenían consigo más que una brigada de gendarmería y una guardia nacional mal armada, que, según rumores, abrigaba gran número de realistas en sus filas. En fin, lo que nos infundía mayores esperanzas de éxito es que iba á celebrarse en Avranches una feria de ganado durante tres días, á contar del siguiente, y que de veinte leguas á la redonda afluiría á esa poblacioncilla tan pulcra, una masa compacta de ganado y de personas que dificultaría mucho la vigilancia de la policía, y debía aumentar espantosamente el desorden, con cuyo auxilio se quería realizar la empresa. Tratábase, en efecto, de provocar una de esas contiendas que son contagiosas, y acaban por arrastrar en su remolino á las gentes más pacíficas. No tardaron en convenir

su plan los doce... Salieron de Touffedelys uno á uno, y ganaron á Avranches por los bosques. Para no ser reconocidos y burlar las miradas avizoras de los espías de la República, esos hombres sospechosos resolvieron entrar en la ciudad por doce puntos diferentes, disfrazados de tratantes en granos, con sus correspondientes blusas blancas, y con esos sombrerazos llamados *tapas de tina* que sepultaban una cara como en la sombra de una caverna. Los habían empolvado de harina. «Puesto que no podemos usar la otra, siempre será una especie de escarapela blanca, por la cual podremos reconocernos en medio de la multitud»—dijo Vinel-Royal-Aunis.

»No hubo medio de llevar escopetas ni carabinas; pero algunos se metieron cuchillos y pistolas en un cinto, debajo de la blusa... Todos, por supuesto, se habían ceñido desde el hombro á la cadera ese temible látigo de los tratantes en granos, los cuales casi siempre tienen que conducir dos ó tres caballos cargados de costales de trigo ó de harina:

arma espantosa, con puño de espino endurecido al fuego, hecha de correas trenzadas con una tralla de seis pulgadas, cada uno de aquellos golpes abría un surco. En la mano llevaban el garrote de fresno familiar á toda mano normanda, el bastón-maza de Normandía, con el cual hombres de aquellos puños y de aquella valentía ¡rayo de Dios! hubieran tomado cañones.

»Armados de esa manera los vimos marchar. Se dispersaron y desaparecieron aisladamente por los bosques como si fuesen á caza de pájaros. ¡Y en efecto, á una caza sangrienta iban! El último que partió fué *M. Jacques*. Sus heridas, su amor por Amada, el pensamiento misterioso que parecía roerle el corazón;—porque ¿á qué venía estar triste como él, contando con el amor de Amada, con la posesión segura de esa maravilla de alma y de cuerpo que le había jurado ser su mujer cuando volviera? —todas esas cosas, ¿habían enervado la energía de *Monsieur Jacques*, probada en tantos encuentros?... Su hermosa prometida fué á acompañarle más

de media legua por los bosques hasta un viejo abrevadero, donde corría una cristalina fuente á que prestaba tonos azulados un fondo de pizarras; y que se llamaba «la Fuente de las Corzas», porque allí, tomando aliento tras forzada correría, iban las corzas á aspirar, temblando, el agua helada. Cuando Amada volvió sola á Touffedelys, ¡ah! ¡fué toda una Spens!... ¡Probó pertenecer á una raza cuyas mujeres no lloran porque los hombres vayan á la guerra! No le sorprendimos una lágrima, pero su frente de aurora se había quedado tan blanca como la corteza de un abedul. A mí me dió más lástima que á las otras. Ya sabe usted, yo era la cirujana mayor; yo sabía reconocer las heridas. Para dar fuerzas á aquel corazón que sangraba sin quejarse, le dije, no sabiendo lo que decía, y como si hubiese tenido la suerte en mis manos—pues nunca se puede calmar á las almas locas más que así, con palabras insensatas:—«¡No tema usted, Amada! ¡Dentro de cuatro días estarán todos aquí para asistir á su matrimonio, y Destuches será su testigo!»

» ¡Dios de mi vida! A esta palabra de *testigo* su tez pasó como un relámpago de la palidez del marfil á la grana de un incendio. La frente, las mejillas, el cuello, lo que se veía de los hombros, hasta la raya nacarada de sus deslumbradores cabellos de oro, todo se impregnó, se incendió de ese súbito bermellón de llama; y era cosa de pensar si lo que no se veía de su persona no se teñiría del mismo color, porque la invadía completamente como si se hubiese impregnado de un baño.

» Siempre renacía la misma pregunta: ¿por qué se sonrojaba?... «¡Condena-
ción!—me dije á mi misma.—Yo apenas soy más que un hombre fallido, y bien lo dice mi cara; pero, hombre fallido ó no, ¡lléveme el diablo si soy bastante mujer para comprender esto!»

—¡Eh, eh!—exclamó el abate.—Me veo precisado á advertirte que ya no estás en el tiempo de tus *dragonadas* á la luz de la luna, y que sigues jurando como un dragón, cara hermana.

—¡Influencia de los tiempos de guerra civil sobre las épocas \square tranquilas!—res-

pondió ella con brusquedad cómica, riéndosele en sus bigotes grises alborotados...—¡Abate, eres más severo que el cura de Aleaume! ¿No me he batido yo bastante tiempo en honor de Dios y de su santa Iglesia para que no pueda dispensarme los malos hábitos contraídos en su servicio, sin formalizarse por tan poca cosa?...

—Señorita—dijo entonces el barón de Fierdrap.—usted me recuerda la frase famosa de Luis XIV después de la batalla de Malplaguet: «¡Yo había hecho á Dios bastantes servicios para tener el derecho de esperar que se portaría mejor conmigo!»

—Y nunca fué mejor cristiano Luis XIV—replicó vivamente el abate—que cuando dijo eso. ¡Te lo digo yo, Fierdrap, yo que soy un antiguo doctor de la Sorbona! La fe sincera se permite frecuentemente con Dios esas familiaridades que los tontos toman por irreverencias ridículas, y las almas de lacayos ó de filósofos por orgullo. Dejemos murmurar á esas gentes; pero entre nosotros, nobles á quienes el respeto hacia el Rey no ha

quitado nunca, que yo sepa, la libertad delante del monarca...

—¡Ahora eres tú el que interrumpes!— dijo el barón de Fierdrap, gozoso de devolver su leccioncita al abate y de *cor-tarle* su teoría.—Con que déjate de teologías y de Sorbonas; y usted; señorita—añadió con deferencia lisonjera,—puesto que á mí particularmente es á quien cuenta esta historia, le escucho con mis dos oídos, y lamento no tener cuatro que ofrecerle. Dígnese usted continuar.

La narradora, lisonjeada, se puso de veinticinco colores, y después de tocar á generala en el velador de laca con las tijeras, prosiguió:

«Amada volvió en seguida á su palidez de alma en pena. Debía, en efecto, sufrir más que nosotras durante los tres días que siguieron á la partida de los Doce. Nosotras no teníamos por los Doce, ni aun por el cabecilla Destuches, más que el género de afecto y simpatía que tiene una mujer joven por jóvenes nobles consagrados á su causa,—una causa que representaba el honor, la religión, la monarquía, esa triple fortuna

de Francia,—y que por ella se exponían diariamente á morir. Teníamos por esos Doce el vivo interés que sienten, unas por otras, personas del mismo partido y de la misma bandera. Pero, en fin, nuestros corazones no estaban presos como el de Amada, y el tiro de un azul no podía traspasarlos al través de otro corazón...

»Claro es que nos preocupábamos de lo que iba á pasar en Avranches, y esperábamos con ansiedad el resultado, sobre todo yo que he tenido siempre hirviendo la sangre cuando se ha tratado de dar y de recibir golpes. Pero aquellas ansiedades no eran, no podían ser las angustias de Amada. Ella no las decía. Sepultaba sus torturas en ese corazón que lo ha sepultado todo. Pero yo las adivinaba por el ardor de sus manos febriles, por el fuego seco de sus ojos. Una vez, durante esos días de alarma por la ignorancia é incertidumbre en que vivíamos sobre el destino de nuestros amigos, me ví obligada á arrancarle de las manos la labor, porque se cortaba los dedos con las tijeras creyendo

estar alrededor del bordado, y le corría la sangre por las rodillas sin que sintiese, en medio de sus preocupaciones y su extravío, que se destrozaba esas manos hermosas. Acabé por no abandonarla más. No nos hablábamos, pero nos estrechábamos las manos, y nos mirábamos fijamente á los ojos. En ellos leíamos el mismo pensamiento, la pregunta eterna de la inquietud: «¿Qué harán ahora?», esa pregunta á que nunca se responde, porque, á poder responderla, no la haríamos, ni habría ya tal inquietud. ¡Qué modo de minar nuestros corazones tan horrible sentimiento! Para sustraernos á ese perpetuo minar, á esa angustia rodeadora, que creemos disminuir agitándonos, nos íbamos juntas al camino que pasaba al pié del castillo de Touffedelys, con la esperanza de encontrar algún carretero, algún mercader ambulante, un viajero cualquiera que nos diese noticias, que nos hablase de esa feria de Avranches donde se representaba un drama que podía ser para nosotras una tragedia. Pero todos nuestros afanes eran inútiles.

»Las gentes de las parroquias circunvecinas que tenían que ir á la feria habían pasado, y no regresaban aún. Los caminos estaban desiertos. No se veía asomar una persona al extremo de su larga cinta blanca y solitaria; no aparecía alma viviente en aquella línea recta que se perdía en lontananza, nadie que viniera á decirnos lo que pasaba allá, detrás del horizonte, del lado de aquella población invisible en la bruma del alejamiento, pero donde creíamos oír sonar y zumbiar como vago rumor de campanas lejanas, por el esfuerzo de nuestros oídos para recoger las menores ondas sonoras que agitaban el espacio. ¡Ilusión de nuestros sentidos, que nos engañaban por la fuerza de su tensión! Ni siquiera había campanas en aquel tiempo. Habían desaparecido de todos los campanarios á fin de convertirse en cañones para la República. No tocaban, por consiguiente; no era el somatén. Soñábamos, nos zumbaban los oídos. Y si hubiesen tocado á generala—ese toque de alarma del tambor—no hubiésemos podido distinguir los sonidos á con-

traviento, á aquella distancia, en medio de todos aquellos murmullos de insectos y de esas mil fermentaciones de la tierra que parece susurrar á nuestros pies en ciertos días cálidos, como eran los de entonces. ¡Ah! Las dos nos consumíamos... yo de curiosidad, ella de angustia. Cansadas de escuchar al ras del suelo y de mirar á ese camino abandonado y mudo, que se prolongaba liso y uniforme cubierto de inmóvil polvo, queríamos á veces escuchar y ver mejor, escuchar desde más alto y ver más lejos; entonces nos subíamos á la plataforma más elevada de los torreones y desde allí mirábamos, ¡oh, mirábamos con todos nuestros ojos! Pero, por más que los hundiésemos y explayásemos por las largas espesuras de bosques que se extendían indefinidamente hacia la parte de Avranches, no veíamos nunca más que abismos de follaje, océanos de verdor en los cuales se perdía la mirada fatigada... A la parte opuesta, entre dos arrecifes, se extendía lentamente el mar azul, como un aceite pesado, sobre la playa silenciosa, sin que viniera á ani-

mar su azul monótono el blanco copo de una vela. ¡Y esa calma de todo cuando nosotras nos hallábamos tan agitadas, redoblaba nuestra agitación; esa indiferencia de las cosas nos excitaba los nervios, y á veces nos ponía en el estado sobreagudo que debe preceder á la locura!

»Hasta de noche permanecíamos en lo alto de nuestra torrecilla, observatorio desde donde no se veía nada, si no es el cielo, al cual ¡ni mirábamos siquiera!—Suplicio que renovábamos, porque á cada instante creíamos que iba á cesar.—La noche del segundo día de esa feria, que se llamaba, creo, la *Saint-Paterne*, y que después han podido llamar la *Chamuscada*, vimos estremeciéndonos subir al horizonte una larga llama roja, y escalonarse sobre los bosques, que la tranquila luna iluminaba, densos remolinos de humo traídos por el viento.

»¡Es fuego, Amada!—le dije.—¿Si nuestros hombres incendiarán á Avranches para rescatar á Destuches? ¡Bien vale él un Avranches! ¡Sería magnífico!»

»Escuchamos... y aquella vez creimos

oir—pero teníamos la cabeza trastornada—creímos oír gritos indistintos y como una masa de sonidos confusos que parecían salir de una inmensa colmena. Mi oído experto de chuana, porque yo había hecho la guerra y entendía de la música de la pólvora, trataba de distinguir los tiros en el fondo continuo de tonos graves de ese gran tumulto lejano, apagado por la distancia; pero ¡rayo de Dios! yo no estaba segura de nada... No distinguía. Me había inclinado sobre la plataforma; tenía la cabeza fuera de la capucha que me había echado para defenderme del frío en tales alturas, y con la cabeza descubierta, el oído en acecho y los ojos puestos en la llama que las nubes reflejaban en tonos encarnados, participé á Amada que, si era Avranches lo que ardía, en dos horas—tiempo justo para regresar á Touffedelys,—estarían de vuelta, vencedores ó vencidos...

»Había calculado con precisión militar. Dos horas justas después... seguíamos anhelantes en nuestra plataforma y veíamos apagarse el fuego lejano, que

no era el incendio de Avranches—porque el incendio de Avranches hubiese exigido más tiempo,—cuando oímos de pronto debajo, al pie del torreón, el *hu-hu* acompasado del mochuelo, y ¡magia de amor! Amada reconoció en seguida de qué manos había partido ese *hu-hu*, que á mi me pareció siniestro—¡tan lastimero era!—y á ella le pareció alegre y triunfal, porque le anunciaba al hombre que había llegado á ser su vida y le traía la suya.—«¡Es él!»—exclamó, y bajamos de la torre con la velocidad de dos golondrinas que se descuelgan al suelo desde su tejado.

»¡Era, en efecto, *M. Jacques! M. Jacques*, con la cara ennegrecida, con el pelo abrasado, con las trazas de un demonio ó más bien de un condenado escapado del infierno, porque los demonios se quedan en él...—«¡Ah!—le dije, incorregible, siempre dispuesta á reir aun en la desgracia.—Se fué usted blanco como un costal de harina, y vuelve negro como un saco de carbón!»—«¡Sí!—respondió, mordiéndose los labios.— ¡Negro de luto por el duelo de la derro-

ta! Falló el golpe, señorita... Hay que volver á la carga mañana.»

»Había fallado el golpe, no obstante —continuó la vieja chuana, más animada cada vez, y demostrando un entusiasmo que hizo sorber al abate una toma de rapé voluptuosamente,—y, no obstante, el asunto no había sido mal dirigido, como va usted á poder juzgar por sí mismo, señor de Fierdrap...

»Entraron los doce en Avranches al medio día, en el momento de más confusión, y se fueron á la feria, vagando en actitud indiferente, con los brazos caídos, dirigiendo ojeadas á los sacos de trigo ó de harina puestos derechos en el suelo, desatados y abiertos para que el comprador juzgase la mercancía, representando su papel de tratantes que tienen tiempo de comprar, que no se apresuran, que esperan, como buenos normandos, á que bajen los precios; pero lanzándose ojeadas desde el fondo de los sombrerazos paveros que les caían sobre los hombros, contándose, codeándose, y sintiendo estremecerse el codo amigo al contacto con el propio.

Más tarde nos contaron estos pormenores y estas impresiones... Aquel año había locura de gente en la feria, y eso les pareció de buen agüero. La ciudad estaba atestada de personas, de animales y de vehículos de todas formas y tamaños. Las posadas y las tabernas reventaban de Augerones, de boyeros y porqueros, que llevaban á la feria su ganado, el cual se aglomeraba en las calles haciendo el tránsito imposible, obstruyendo las puertas de las casas, amenazando las ventanas de los pisos bajos, que en muchos sitios tenían echadas las contraventanas por miedo á que rompiese los cristales el asta de algún buey ó las ancas de una caballería espantada. Esas enormes legiones de bueyes y caballos, detenidas un momento por su acumulación en las esquinas de las calles, en las angosturas de los callejones, en las vallas de las encrucijadas, volvían á emprender al punto su marcha pausada, fustigadas por los garrotes de fresno de los guías, y avanzaban tan apiñadas que parecían la corriente de un río. Las masas de animales y de per-

sonas se movían en un sentido principalmente, en dirección al sitio de la feria, que era la plaza del mercado, en uno de cuyos ángulos se alzaba la prisión en donde estaba encerrado Destuches.

» Cualquiera pensaría que era una circunstancia amenazadora para el designio de los Doce esa apretada multitud que, ciñendo por todas partes la prisión, aumentaba naturalmente la dificultad de penetrar en su recinto ó de salir de ella; pero, al contrario, á aquellos enérgicos corazones, aferrados á la esperanza, les pareció un azar feliz. ¿No habían contado siempre, para dar el golpe, con la aglomeración, que es tan fácil convertir en un caos? Por otra parte, esa circunstancia de hallarse la cárcel en el emplazamiento de la feria tenía de bueno que el batallón de azules que había conducido allí á Destuches, y construído al lado con tablas un cuerpo de guardia, se vió obligado á trasladar ese cuerpo de guardia al otro extremo de la plaza, á fin de reservar un sitio para los caballos de la feria, á los cuales se colocó á lo largo del muro de la cárcel,

atándolos á anillas de hierro embutidas entre las sólidas piedras... Al principio los Azules pusieron sus reparos, como se supone, cuando se les invitó á plantar el cuerpo de guardia en otra parte. Ellos no tenían en cuenta más que una cosa: que podía escaparse Destuches. Pero los tranquilos normandos, que en cualquier otra circunstancia podrían dejarse imponer por no sufrir las *moles-tias* que trae consigo toda lucha, no se dejan engatusar ni temen moverse cuando anda de por medio el menor interés, y en un abrir y cerrar de ojos vuelven á ser las gentes pendencieras consabidas, los terribles trapaceros, cuyo grito de guerra será hasta el último suspiro: *¡Gaignaige!* La cuadra al aire libre daba dinero á la ciudad. Además, no sólo era una costumbre, sino un peaje. ¡Costumbre y peaje: en esas dos palabras está Normandía entera! Los azules vieron de sobra que no serían los más fuertes..... y despejaron la cárcel.

»Nuestros doce tratantes, señor de Fierdrap, tuvieron toda holgura para

mirar y estudiar esa prisión como gentes de guerra, desde la plaza del mercado, que estaba entonces cubierta de tiendas, alineadas como las casas de las calles, entre las cuales se agitaba y hervía la ola de forasteros con un sol de justicia, que era también una ventaja, porque hacía bullir aquel montón de cerebros, excitados ya por la discusión de los precios y por la cidra que enciende tan asombrosamente las cabezas normandas, esas cabezas que aquel día precisamente había que hacer saltar como polvorines, si se quería rescatar á Destuches. Tal era, efectivamente, todo el secreto y el medio de la evasión: lanzar unas contra otras, de cualquier modo, á todas aquellas gentes al través de los puestos derribados y de los animales locos de terror; y durante esa inmensa tremolina que podía adquirir las proporciones de una batalla de ciegos y convertirse en una carnicería, deslizarse tres ó cuatro á la cárcel, sacar al cabecilla y replegarse con presteza á los bosques. He ahí el sencillo y atrevido plan concertado en Touffedelys, pero

que podía modificar el cariz que presentase la cárcel.»

—¡Por vida del salmón! ¡ya lo creo!— exclamó el barón de Fierdrap.—¡Conozco, conozco la tal carcelita! He tenido mucho tiempo en Avranches un antiguo compañero del ejército de Condé: á él debo mi conocimiento de la cárcel de Avranches, porque el condenado, maniático anticuario, me zarandó bien de lo lindo por las escaleras de caracol de esa fortaleza para que yo la recuerde perfectamente y para que me tiemblen todavía las piernas al pensar en la altura de sus dos torres, capaces de resistir al cañón, ¡Dios me perdone!

«¡Sí!—asintió la señorita de Percy.— Las dos torres eran formidables. Enlazadas por antiguas construcciones que formaban poterna, estaban flanqueadas por obras de fecha más reciente, que de fijo no habrían resistido un ataque vigoroso. Pero ¡con las torres, con las macizas torres que les guardaban las espaldas... el majo que se acercase! Examinándolas, comprendieron los Doce que allí no era posible entrar más que

valiéndose de una estratagema... Había que aguzar el ingenio. Vinel-Royal Aunis fué el encargado de la alcaidesa, porque—otra suerte, á lo que parecía, para los Doce—no había alcaide. Sólo que en la guerra, señor de Fierdráp, el azar es frecuentemente un traidor. Ya verá dentro de nada cómo la alcaidesa de la cárcel de Avranches podría llevar los pantalones. La llamaban la Hocson. Era una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años, sobre quien habían corrido tiempos atrás rumores no comprobados, pero espantosos. Decíase que había sido una mujer de rompe y rasga del barrio del Bourg-l'Albé de Caen, y que probó el corazón de M. de Belzunce, cuando se lo arrancaron y lo devoraron caliente las otras comadres del Bourgl'Albé y de Vaucelles después del motín en que perdió la vida el joven oficial... ¿Era cierto el caso? Se ponía en duda, pero parece que la cara de la Hocson no desmentía tan horribles rumores. El marido, jacobino furioso, había muerto en el ejercicio de sus funciones de alcaide de Avranches, y ella le sucedió. Loba si-

niestra, convertida en perro guardián de la República, á Vinel-Aunis tocó en suerte domesticarla. ¡Pero Vinel-Aunis era Vinel-Aunis! Tenía por mote entre nosotros: *¡Sin vacilar!* y lo llevaba como un emblema. Pasaba por lo que se llama un *truhán* de regimiento, pero era, encima, un buen mozo muy airoso, con una estampa soberbia de oficial; y á la sazón representaba un tratante pintiparado de recios hombros, confiado en tres cosas que consideraba irresistibles, aun separadas: primero, sus ventajas físicas; segundo, una lengua que sabía decirlo todo, y como en mi vida he vuelto á ver otra; y tercero, un buen puñado de *asignados*. Era un mozo, siempre dispuesto á todo. Su frase sacramental era: «¡En la guerra como en la guerra!» Probablemente no le enamoraba mucho el papel que le cabía en suerte, pero venció al punto todas sus repugnancias. Tuvo el aplomo de presentarse á esa alcaidesa de Avranches, de una fisonomía tan atroz como su fama, con el desparpajo de que puedan hacer gala en Francia los tratantes del mismo modo que los oficia-

les, y con el genio despiadado de la Broma, que había desenvuelto en el regimiento de Royal-Aunis. Y á pesar del legítimo horror que debía inspirarle una criatura cuyos labios podían conservar aún sangre de Belzunce, empezó por correr hacia ella, y besarle las mejillas, ¡paf, paf, paf! por tres veces, á la manera normanda.

—«¡Buenos días, prima!—dijo á la mujer estupefacta que le dejó hacer cuanto quiso sin darse cuenta.—¿Cómo le va á mi querida y respetable prima?..—¿Pero es que no se acuerda usted de mí?... ¡Soy su primo Trébedes de Carquebu, que no ha querido venir á la feria de Avranches sin darle un abrazo y desearle mil prosperidades!

«Había dicho *Trébedes* ese improvisador, porque la mujer tenía delante unas trébedes, sosteniendo un caldero que fregaba con un puñado de paja.

—«¡Lo que es de trébedes yo no conozco más que éstas—dijo encolerizada, señalándole las del caldero—y usted merecía que se las tirase á la cara para castigar su atrevimiento, so embaucador!»

«Pero Vinel-Aunis no era hombre para espantarse de unas trébedes empuñadas por la mano de una vieja, y probó que tenía motivos para creer en su lengua, como él decía, porque sostuvo, pero *mordicus*, delante de la Hocson, que ella tenía en Carquebu parientes de ese apellido de Trébedes, y que él era real y positivamente de esos Trébedes. Luego ensartó una larga historia sobre los Trébedes de Carquebu, los cuales tanto y tanto le habían hablado de su prima de Avranches, antes de marchar al ejército cuando la primera quinta, que, en cuanto pudo volver á Carquebu á coger el látigo de tratante que había restallado su padre toda la vida, pensó aprovechar la primera feria de Avranches para ir á saludar á su prima, y trábar conocimiento y amistad con ella. Y tantas cosas dijo, tan seguro pareció de lo que decía, tan preciso fué en todos los pormenores, lanzó, en fin, tal ducha de frases sobre la Hocson, que ésta, punto en boca ante aquel torrente de palabras, escuchando á su primo Trébedes, se olvidó de las trébedes reales, dejándolas

en paz con su caldero, y cayó sentada en un banco, convencida, dominada y confundida. Estaba tan completamente absorta, que acabó por invitar á ese primo que le caía de Carquebu á beber media pinta y á comer *caracolillo* de la feria. Vinel-Royal-Aunis se puso á la mesa, creyendo suyo á Destuches; pero... se engañaba.

»Seguía, sin embargo, dando rienda suelta á aquella lengua infatigable. Bebió un vaso, luego un jarro, después otro; y viendo que la Hocson bebía como él, sin otras consecuencias que ponerse algo más sombría á medida que iba bebiendo, pero conservándose serena con todas esas libaciones de escasa virtud, el amable tratante quiso corresponder á su prima, mandando por aguardiente á la taberna próxima á una niña que la Hocson llamaba «la chiquilla de su hijo.» Pero esa mujer, esa Hocson—nos dijo más tarde en Touffedelys—era más difícil de inflamar que la cárcel de Avranches, incendiada tres horas después. Es que aquella mujer, señor de Fierdrap, tenía en el corazón lo que impide la

embriaguez, la cual, según dicen los bebedores, es un olvido, una ilusión, otra vida en el seno de la vida: tenía un recuerdo más poderoso que la embriaguez, que la helaba, sin que ella lograra desvanecerlo. Y no era ¡no! el recuerdo de la sangre de Belzunce, si la había probado realmente, como se decía, sino un recuerdo capaz de matar ése, de impedirle pensar siquiera en tal crimen, caso de haberlo cometido, y disipar sus remordimientos. ¡Tenía, en fin, en el fondo del corazón una llaga tan grande, que todo el mar si lo hubiesen convertido en aguardiente para dárselo á beber á esa mujer, cuya alma entera no era más que el agujero de una herida, habría pasado por allí como por un cedazo sin embotar nada, ni cerrar ninguna cosa!»

La pletórica señorita de Percy, oprimida por su historia, se detuvo un minuto para tomar aliento; pero el abate y el barón, avasallados por la historia, permanecieron silenciosos. No bromeaban ya.

«Si hablo así de esa mujer—prosiguió a señorita de Percy,—si me detengo un

instante en semejante criatura, que era quizá una malvada, pero que aquel día tuvo también su grandeza, como los Doce, es porque fué la causa única del fracaso de esa primera expedición. Sin ella, sin ella *sola*, ¡fijarse bien! no hay la menor duda de que los Doce, que resolvieron tan espantosamente á Avranches en aquel día, cuya memoria vivirá mucho tiempo, hubiesen libertado al cabecilla Destuches. Para mí es seguro que se habrían salido con la suya. Pero ella les opuso una voluntad tan fuerte como los muros de la prisión, que eran sillares de granito. Vinel-Aunis había tratado de embriagarla; luego trató de corromperla. Se insinuó con ella como se insinúa uno con todos los carceleros de la tierra desde que hay carceleros. Pero se encontró con un alma invulnerable, porque estaba defendida por el odio, y por el más implacable é indestructible de los odios: el que se forja con el amor. A la Hocson le habían matado su hijo los chuanes; se lo habían matado, no en la lucha, sino después de la lucha, como se mata á menudo en las gue-

rras civiles, añadiendo á la muerte refinamientos de crueldad que son venganzas ó represalias. Después de una empeñada refriega en que los azules derribaron muchos chuanes, ese joven cayó en una emboscada, y lo enterraron vivo, con otros veintitrés, hasta la parte del cuello que se llamaba entonces el sitio del collar de la guillotina. Cuando los chuanes vieron salir del suelo las veinticuatro cabezas sostenidas en sus cuellos é irguiéndose á modo de boliches, ¡tuvieron la horrible idea de jugar con ellas una partida de bolos antes de abandonar el campo de batalla, y de derribarlas con una bala de cañón! La bala, lanzada por sus manos frenéticas al chocar con esas caras que pedían cuartel, las iban destrozando parte por parte, y se enrojecían con su sangre para volver á mancharlas de nuevo. Así pereció el hijo de la Hocson. Su madre, al tener noticia de aquella atroz muerte, apenas lloró. Pero siempre veía su cara ensangrentada... y profesaba á los chuanes un odio contra el cual todo debía estrellarse... y Vinel-Aunis se estrelló.

—«¡Ah!—le dijo—¡De modo que te has burlado de mí! Tú no eres más que un chuán, y vienes por el prisionero. ¡Oh! no temo que me mates—él había sacado una pistola de debajo de la blusa.—¡Hace mucho que deseo morir! ¡Chiquilla!—gritó—¡anda lista al cuerpo de guardia á buscarme los azules!

—«Yo la habría matado—nos dijo Vinel-Aunis,—pero no sabía siquiera en cuál de las torres estaba Destuches. Habría hecho ruido, y perdido el tiempo.»

»Tiró un taburete que encontró á mano á las piernas de la niña para hacerla caer é impedirle salir.

»Pero el tiempo que empleó en su movimiento bastó á la Hocson para escapar por un pasillo oscuro como boca de lobo, en donde se perdió Vinel-Aunis, mientras la oía subir de cuatro en cuatro los escalones de una de las torres, abrir la puerta de la prisión, y encerrarse con el prisionero.»

—¡Diablo!—exclamó el señor de Fierdrap.

—¡Peste!—dijo el abate.

«Mientras esto pasaba en la cárcel—

continuó la antigua amazona, sin curarse de las dos exclamaciones—el minute-ro del reloj que coronaba la fachada del Ayuntamiento, sito en el fondo de la plaza del mercado, llegaba á la hora señalada por los Doce para obrar. Incapaces de vacilar un minuto después de tomada una resolución, sucediera lo que quisiese: «¡A nosotros nos toca empezar la danza!» dijo alegremente Justo el Bretón á la Varesnerie.

»Y los dos se metieron en uno de los puestos de la feria donde había más gente y más se bebía. Entraron con la mayor naturalidad, pero con sus garrotes en la mano. Nadie manifestaba desconfianza. Los que allí había, allí permanecieron, unos sentados, otros de pie, cuando Justo el Bretón, acercándose á la mesa grande de los que bebían, puso bonitamente su garrote sobre una hilera de vasos llenos hasta los bordes, y dijo con su voz tan clara: «¡Aquí no bebe nadie hasta que bebamos nosotros!»

»Todo el mundo se volvió al oír esa voz provocativa, y los dos tratantes vieron á ser blanco de mil miradas de

asombro, que anunciaban una cólera próxima.

—»¿Estáis loco?»—dijo un aldeano.— ¡Quítame de allá ese palo, y guárdalo para defenderte las orejas!»—Y cogiendo por el cabo el garrote que Justo había puesto sobre la hilera de vasos, pero que seguía teniendo asido por el puño, lo apartó.

»Era la provocación que Justo buscaba. No dijo una palabra; permaneció tranquilo como el bautista; pero derepente levantó el garrote por cima de su cabeza, y con aquella mano tan diestra como vigorosa lo dejó caer sobre la fila de vasos llenos, que se rompieron de un solo golpe, volando los cascós por todas partes. Fué la señal del zafarrancho. Todos se pusieron en pie, gritando, amenazando, empelotados ya, metiendo los pies en la sidra que corría, y esperando ver correr la sangre. Las mujeres proferían esos chillidos agudos que embriagan de cólera á los hombres y les atacan los nervios como un pífano... Querían huir y no podían en medio de aquella masa imposible de atravesar

que se abalanzaba sobre los dos tratantes para ahogarlos.

—«Usted ha tenido el honor de tocar el primer compás, caballero,—dijo á Justo el Bretón La Varesnerie con esa elegante cortesía que nunca desmintió,—pero, si queremos ejecutar toda la pieza, hemos de procurar salir de aquí, donde no tenemos bastante espacio ni para hacer siquiera un molinete con los garrotes.»

»Y con hombros, cabezas y pechos trataron de abrir brecha en aquella multitud, compacta hasta el punto de reventar la lona de la tienda, donde lo que acababa de pasar seguía atrayendo gente. Pero viendo que esa marea de hombres no cesaba de subir, y á fin de recibir auxilio de fuera para desembarazarse, lanzaron el grito que esperaban sus amigos alrededor de la tienda como una voz de mando: «¡A nosotros, trigueros!»

»¡Debió ser un espectáculo curioso! Los trigueros respondieron á ese grito restallando los látigos terribles, y empezaron á repartir latigazos que cortaban las caras lo mismo que alfanges da-

masquinos. ¡Fué una verdadera carga, y fué también una batalla! Todos los garrotes de fresno se alzaron en una inmensa superficie, se interrumpió la feria, y jamás menudearon los golpes sobre el grano, cuando se apalea, como menudearon aquel día los garrotazos sobre las cabezas. En aquel tiempo la política salía á la superficie de todo. El menor golpe hacía brotar sangre cuyo color se reconocía á la primera gota. De veinte lados á la vez partió el grito de «¡son los chuanes!» A ese grito tocaron generala. El tal toque que nosotros no habíamos oído desde lo alto de la torrecilla de Touffedelys, resonó en todo Avranches, y lo levantó en masa. El batallón de los azules quiso lanzarse á la bayoneta al través del mar humano que ondulaba por el campo de la feria; pero ¡imposible! Hubiera sido preciso abrir un paso en el seno de la agitada muchedumbre de hombres, de niños y de mujeres, que por su sola presión y por su solo peso, podía aplastar á aquel puñado de chuanes. Los Doce, ó mejor los Once, porque Vinel-Royal-Aunis es-

taba en la prisión; los Once, que parecían un torbellino en el centro de aquel mar humano cuyo oleaje recibían en la cara, defendiéndose con los látigos y el molinete de sus garrotes, derribaban en torno suyo á los que los empujaban, y les devolvían golpe por golpe...

»Todo era desorden en aquel campo, todo eran apreturas sofocantes, oscilaciones inmensas de una multitud, en cuyo seno algún caballo, enloquecido por los gritos, por el ruido del tambor, por el olor del combate que empezaba á subir de aquella llanura agitada por la cólera, se encabritaba enseñando las herraduras por cima de las cabezas, y donde acá y allá se amontonaban, mugiendo, manadas de bueyes espantados hasta el punto de subir los unos sobre los otros, temblándoles el espinazo, levantadas las ancas y tiesa la cola como si la picase un tábano. Pero el sitio donde repartían cintarazos los Once no ondulaba ya; se ahuecaba. ¡Brotaba y humeaba la sangre como el agua bajo la rueda del molino! Allí no se andaba más que sobre cuerpos caídos como sobre

hierba, y la circunstancia de estar machacando aquellos cuerpos con sus pies sugirió á todos los Once la misma idea, porque al tiempo que sacudían, se pusieron á cantar alegremente la antigua ronda normanda:

La hierba machaquemos,
que ya retoñará (1).

»¡Pero no ha retoñado! Todavía á estas horas le enseñarán á usted, si quiere, en Avranches, el sitio donde combatiéron los terribles cantores. En ese sitio no ha vuelto á brotar nunca la hierba: sin duda la sangre que empapó el suelo quemaba lo bastante para secarlo.

»Se hicieron firmes durante cerca de dos horas... pero Cantilly tenía un brazo roto, La Varesnerie abierta la cabeza, Beaumont rotas las clavículas; casi todos los otros estaban más ó menos heridos. Sin embargo seguían en pie, con sus blusas, no ya blancas como por la mañana, sino salpicadas de sangre en lu-

(1) *¡Pilons, pilons, pilons l'herbe;
L'herbe pilée reviendra!*

gar de harina. De repente cayó *M. Jacques* en medio de un grito de júbilo de los aldeanos electrizados, que creyeron haber concluído al fin con uno de esos tratantes del infierno, sólidos pilares que se podían moler á palos, pero que no había medio de derribar. *M. Jacques* no estaba herido siquiera. Mientras combatía había visto que el sol empezaba á bajar, que ya hería en la plaza de soslayo y que era hora de atender á Destuches uniéndose á Vinel-Aunis... En su consecuencia, con la flexibilidad del gato montés se deslizó á rrastras por entre las piernas de aquellos hombres, que apenas se cuidaban á la sazón sino de la esgrima terrible de sus puños; y como un nadador que desaparece en un punto del agua para reaparecer en otro, se encontró bastante lejos del campo de la escaramuza y en medio de una turba de gente, más espantada que bélica. ¿Cómo pasó? Tiró el sombrero de *tapa de tina*, que le hubiese estorbado; pero, ¿cómo no le reconocieron por la blusa ensangrentada? ¿cómo no lo mataron y lo hicieron trizas? Jamás ha podido decir-

lo él mismo. No lo sabía, aunque parezca increíble. Pero usted ha hecho la guerra, barón, y en la guerra se ve todos los días lo increíble. ¡Fascinación del terror! Cuando se levantó, la multitud por donde había atravesado agazapándose, empezó á huir imitando á ese hombre que parecía huir también, y en medio del revoltijo pudo llegar á la prisión donde Vinel-Royal-Aunis había debido preparar la evasión de Destuches. Pero al pie de la prisión encontró... á los azules.

» ¡Sí! ¡eran los azules!

» Viendo que no podían avanzar ni maniobrar en la feria, atestada de gente, y donde; por otra parte, los reemplazaban á maravilla los aldeanos del Avranchin, al primer grito de «¡Son los chuanes!», se dirigieron á la prisión á paso de carga, porque oficiales y soldados estaban ya seguros de que la batalla que se libraba en la plaza servía para secundar una tentativa de evasión de Destuches. Ahora bien; en la cárcel, si no ha olvidado usted su construcción, señor de Fierdrap, los azules encontraron herméticamente cerrada la pesada puerta

de la especie de cuerpo moderno que ocupaba la Hocson; y como la nieta á quien Vinel-Aunis había tirado el taburete á las piernas para hacerla caer, no decía una palabra, medio muerta de miedo ante la boca de la pistola de Vinel, y como dentro todo parecía sosegado y silencioso, creyeron, naturalmente, que la Hocson, cuya energía conocían, habría tomado sus precauciones de defensa al primer rumor de tumulto popular y de chuanería. Seguros, pues, de que ella guardaba al prisionero, se reservaron para el caso de ataque ó de salida, si algunos chuanes habían llevado su atrevimiento hasta el punto de deslizarse á la cárcel que debía ser para ellos una ratonera, y se desplegaron paralelamente á ese largo muro donde estaban los caballos de la feria, atados á las anillas de hierro de que he hablado ya. Lo que sí tuvieron que hacer fué desplegarse bastante lejos de los caballos, que respondían á la tempestad de gritos y mugidos de la plaza con relinchos de cólera y coces furiosas; así que se pusieron prudentemente fuera del alcance de

esa espantosa línea de patas herradas, siempre por los aires como proyectiles, y que los hubieran deslomado. Todo esto lo vió *M. Jacques*. ¡Era un hombre, después de todo, ese don Melancolías! Declinaba el día. Esperó, oculto entre la multitud, á que oscureciese algo. Los látigos seguían chasqueando en el fondo de la plaza. Aprovechando una ocasión, tuvo la sangre fría y la audacia de repetir, debajo del vientre de aquellos caballos agitados y casi salvajes, lo que había hecho bajo los pies de los hombres en medio del tropel. Se coló por entre el muro y los azules. No le cabía duda de que Vinel-Aunis debía estar en la cárcel... La puerta cerrada á piedra y lodo se lo probaba. Vinel-Aunis era el que debía haberla asegurado á todo evento... Al acercarse la noche, la multitud, que se ahogaba, sin ver, en la feria, comprendió al fin que había que desfilar por las calles, pero aquí su corriente chocaba con una contracorriente, y por doquiera se reproducían congestiones y rebotes de nueva muchedumbre. A la noche, en todo Avranches se oía el to-

que de generala, entrecortado por este grito breve: «¡A las armas!» La Guardia nacional y la gendarmería habían querido penetrar, como los azules, hasta el sitio de la gresca, pero, como los azules, encontraron la resistencia invencible de aquella aglomeración de gentes, demasiado densa y compacta para poder abrirse paso á su través... á menos de hacer una carnicería. Esa circunstancia, que habían previsto y calculado los Doce, y que los había protegido hasta allí contra las bayonetas y los tiros, iba á volverse, sin embargo, en contra suya. Presos en aquellos círculos temibles, que ensanchaban á latigazos y garrotazos, pero que no rompían como se rompe un barril echando abajo las due-las, no podían operar una retirada ni dispersarse. Y esa era la inquietud de *M. Jacques*. Encogiéndose bajo la poter-na, trepó por la hiedra añosa que cubría los muros de la prisión hasta un agujero enrejado por donde moduló en voz baja el grito del mochuelo para avisar á *Vinel-Aunis*, que lo oyó y desatrancó la puerta sin hacer ruido.

«¿Y Destuches?»—le preguntó *M. Jacques*.—Pero Vinel-Royal-Aunis le puso al corriente del fracaso, y lo dejó frío, refiriéndole cómo se le había escapado la alcaidesa y cómo había tenido el atrevimiento de encerrarse bajo llave, á solas con el prisionero, en la torre. ¡Destuches, sin las cadenas, la destrozaría sobre la rodilla como una caña!—añadió Royal-Aunis.—Pero está encadenado... No se oye nada al través de esa condenada puerta... y lo que es la Hocson es mujer para matarlo á cuchilladas.

—«¡Mañana lo sabremos!»—dijo *M. Jacques* con la rapidez de decisión del hombre de guerra que tenía ese *bello tenebroso*, á pesar de su languidez.—Pero esta noche hay que salvar á los que se baten allá abajo... Es preciso desembarazarlos, desviando la atención de la multitud, y no hay más que un medio... ¡Prendamos fuego á la cárcel!

—¡Bravo!»—exclamó el señor Fierdrap con el entusiasmo del inteligente.—Militarmente, el medio era bueno; pero ¡por vida de las carpas! no debía ser cosa tan fácil prender fuego á la cárcel

de Avranches, una cárcel húmeda de granito, tan inflamable, poco más ó menos, como el fondo de un pozo.

»Por eso lo que ardió, barón,—continuó la señorita de Percy—fué la gran construcción de fecha más reciente que enlazaba las torres, y en donde habitaba la alcaldesa. En la parte alta de esa construcción había un inmenso pajar para el ganado de la gendarmeria, y ese fué el que prendieron intrépidamente *M. Jacques* y *Vinel-Aunis* disparando dos pistoletazos. Con el tiempo seco y caluroso que hacía, en un abrir y cerrar de ojos brotó la llama del montón de heno, y saliendo convulsivamente por el techo, cuyas pizarras hizo volar en pedazos,—¡tan intensa era!—abrazó instantáneamente el espeso manto de hiedra secular que envolvía las torres, y las ciñó de una vestidura de fuego. Las dos torres se trocaron de repente en dos monstruosas y colosales antorchas que iluminaban la plaza de extremo á extremo, y atrajeron hacia sí, como había dicho *M. Jacques*, las mil cabezas de la multitud. A ese resplandor súbito circuló como un rayo

por las mil cabezas un estremecimiento de terror, á pesar de la cólera del combate, porque no se trataba ya de reducir á un puñado de chuanes, se trataba de Avranches; de Avranches, que podía arder de arriba abajo. La cárcel, en efecto, tocaba con las primeras casas de la ciudad, que no eran, ni mucho menos, de granito, y que hubiesen prendido como yesca.

Repentinamente en la masa del gentío apiñado abriéronse hendiduras, como en muros que van á desplomarse, y ¡cosa horrible! los bueyes que estaban amontonados y que habían sido contenidos hasta allí por la densidad de la multitud, enfurecidos por el escarlata violento del incendio que les hería los ojos, se dieron á huir por esas hendiduras y las agrandaban, aplastando con las patas y los cuernos todo lo que se les oponía. Fué una matanza peor que la de los Once, los cuales continuaban imperturbablemente la suya al extremo del real de la feria, y á quienes iba á salvar esa inesperada intervención del incendio; porque no podían más... Los látigos

continuaban restallando, pero su chasquido era menos sonoro; se oía más sordo y mate á cada golpe asestado á aquel montón de carnes ensangrentadas que formaba lodo alrededor de ellos y con que salpicaban la cara de sus enemigos, tirándolo á puñados.

—«*Acuchilla-todo*—dijo Saint-Germain á Champion, llamándolo por su nombre de guerra,—¡basta de acuchillar por hoy!»—Y añadió alegre como unas páscuas: «Sin el incendio, nos freían, pero eso nos va á sacar del atolladero. Dentro de cinco minutos todos estarán allá.»

—«Formemos dos á dos, señores,—dijo La Varesnerie—y salgamos de esta plaza. Una vez en las calles, *chuanearemos*. Las calles de Avranches van á servirnos tanto como el bosque esta noche.»

»Y ejecutaron su maniobra de dos en dos, defendidos por aquellos látigos y aquellos garrotes que manejaban como maestros. Marchando al paso, avanzaron al través de la multitud que se desbandaba, distraída por el fuego y atro-

pellada y fraccionada por los bueyes que corrían de un lado para otro como deshecha tempestad. Así pudieron abandonar al cabo, sin perder un solo hombre, aquella plaza donde hacía tres horas nadaban en sangre, y donde, como nos dijo Le Planquais algunos días más tarde, «¡habían batido la manteca, como se hace en el Cotentin!»

—¿Sabes, Fierdrap, que eso es tan magnífico como Fontenoy?—dijo el abate profundamente pensativo, mientras respiraba su fogosa hermana, cuya cabeza debía estar echando chispas debajo del barril morado y anaranjado.

—¡Es todavía más magnífico!—respondió el barón.—El cuadro diminuto que formaban los Once no fué roto; al revés, ellos fueron los que deshicieron el gran cuadro que los envolvía de frente, por la espalda y por ambos lados, y lo deshicieron con simples látigos por todo cañón. ¡Por todos los diablos, hombre! Eso es magnífico.

La heroína de la chuanería se identificaba tanto con sus compañeros de ar-

mas, aun tratándose de las batallas en que no había intervenido, que dirigió una sonrisa afectuosa al antiguo hulano en señal de gratitud, y prosiguió:

«Una vez en las calles, fueron blanco de algunos disparos sueltos... Pero aún no había salido la luna, y además, aunque hubiese salido, hubiera interceptado su luz el humo rojizo del incendio que iba cubriendo la ciudad como un sombrío dosel. Las angostas calles, que entonces no tenían faroles, como hoy, estaban muy oscuras. Todo se redujo, pues, á oír silbar algunas balas que rebotaban en las esquinas de los tejados; pero sin nuevo combate, pudieron salir de los arrabales de la ciudad, que entonces había acudido en masa al fuego, y reunirse como habían convenido de antemano, bajo un puente viejo que no tenía ya más que un arco ruinoso, y que se llamaba el *Puente del Sacerdote* (á causa quizá del color negro de las piedras). Bajo ese arco solitario corría un hilillo de agua encajonado profundamente, y allí se contaron nuestros hombres... Ahora, como no sabían nada de

la suerte de Destuches y tenían sobre el alma el peso afrentoso de la ausencia de los amigos que faltaban al llamamiento, resolvieron volver á Avranches, y lo pusieron por obra. Después de lavar sus heridas, dejaron bajo el arco del *Puente del Sacerdote* las blusas ensangrentadas que los hubieran delatado; y como si fuesen obreros de la ciudad que acudían apresuradamente al fuego en mangas de camisa, entraron en la población, sin los sombrerones, ceñidos á la cabeza los pañuelos que acababan de mojar en el río. Cantilly fué el único que se quedó esperando á sus compañeros sobre el montón de las blusas ensangrentadas, porque la rotura del brazo le hacía sufrir cruelmente. Pero no los esperó mucho. Volvieron en seguida. Al llegar á la plaza donde se hallaba acumulada la multitud, trabajando todavía por apagar el incendio, vieron que todo estaba perdido... La Hocson, que, asomada á la reja de la prisión, lamida por las llamas, no había dejado de devorar con la vista lo que pasaba fuera, acababa de abrir á los azules la puerta del calabozo en

donde se había encerrado con el prisionero.

— «¡Mirad! — les dijo enseñándoselo cargado de cadenas y tendido en el suelo sobre las losas desnudas. — ¡Ahí tenéis al bandido! Los he sentido *hurgar* en la puerta para prenderle fuego; pero ¡así hubiesen convertido en un horno esta cárcel, aquí me habría dejado asar viva con él antes que entregarlo á nadie más que al ayudante del verdugo á quien pertenece!»

«*M. Jacques* y *Vinel-Royal-Aunis* se habían empeñado, en efecto, en quemar aquella recia puerta, resistente á la acción del fuego lo mismo que al empuje de la palanca. En esa tarea estaban aún, cuando la muchedumbre, dueña del incendio, se precipitó por el pasillo y por las escaleras de la cárcel. Entonces se lanzaron resueltamente, antorcha y pistola en mano, y gracias á la llama, al humo y al desorden producido en la cárcel por la invasión de los azules que corrían como locos al calabozo de *Destuches*, lograron pasar.

»Cuando nosotras vimos á *M. Jacques*,

acababa de salir de allí; sin duda el pensamiento de Amada le hizo adelantarse á sus demás compañeros. Doce horas después llegaban todos, á excepción de Vinel-Aunis, cuya suerte ignoraba *M. Jacques*. Lo creímos muerto; pero no era así. Había recibido en el vientre un tremendo bayonetazo, asestado por un azul, y tuvo fuerzas para andar más de un cuarto de legua por los bosques, conteniéndose con la mano los intestinos próximos á salirse, y en ese estado ganó la choza de un almadreñero chuan... Nosotras ignorábamos estos pormenores, que hemos sabido después. Creíamos que había perdido la vida en la demanda, y la cosa nos parecía tan sencilla, que no se volvió á hablar del asunto. Pero no sucedía lo mismo con Destuches. ¿Qué había sido de él?... *Para volver á la carga* al otro día, según había dicho *M. Jacques*, era necesario tener noticias de Destuches, y á Touffedelys no llegaba ninguna. Como una mujer inspira menos desconfianza que un hombre, me ofrecí á ir en busca de ellas á Avranches.

»Nuestros amigos aceptaron, y allí fuí, señor de Fierdrap. Ya le he dicho á usted que yo no era novicia; muchas veces había llevado despachos á los jefes de las diversas parroquias, disfrazada de mil modos. Para confundirme mejor con las gentes de la ciudad y para prevenir toda sospecha, me disfracé de mujer del pueblo. Me vestí de trapillo con un traje de droguete; en la cabeza, que desde la guerra no conocía más polvos que aquellos con que se riza el pelo al enemigo (1), me puse esa toca de las granvillesas que parece una servilleta plegada en cuatro dobleces. Pusimos aguaderas á una de nuestras yeguas de vientre, y á más un albardón forrado de becerro con su pelo y todo; me senté encima de lado, metiendo uno de los piés calzados con zuecos en una de las aguaderas, y dejando colgar el otro por el pescuezo de mi yegua, y en esa facha tomé para Avranches á buen tro-

(1) Hay aquí un juego, no de palabras, sino de ideas, aprovechando la doble acepción del vocablo francés *poudre*, que significa á la vez «povos» y «pólvora»—*N. del T.*

te. Llevaba las aguaderas llenas de excelentes bollos de manteca envueltos en hojas de parra, para venderlos en el mercado. Tú hablabas hace poco, querido hermano, de mi calzón de terciopelo rayado y de mis botazas á la Federica—añadió con la única coquetería posible para ella: la de haber llevado semejantes botas;—pero, hijo, aquel día tu hermana, la prima de los Northumberland, era pura y simplemente una mantequera de los barrios de Granville. ¡Sí! ¡Hé ahí lo que era por el momento Bárbara Petronila de Percy-Percy!»

—¡Bárbara, sin barba! (1)—dijo el abate echándose á reír;—pero digna de llevarla.

«Me ha nacido después—respondió ella, riendo asimismo;—pero demasiado tarde, cuando ya me es inútil, cuando he vuelto á encajarme, para no abandonarlas más, estas enojosas faldas, que me sientan casi tan bien como á un gra-

(1) «Bárbara» y «barba» se dicen en francés de un mismo modo: *Barbe*.—N. del T.

nadero. Entonces no tenía yo más que una puntita de bozo negro, que, con esta cara de demonios y mi servilleta doblada, me hacía presentar una catadura bastante imponente, y justificaba la frase de un chusco de Avranches, que andaba requebrando á las mozas en el mercado, y que se permitió plantarme las dos manos en mi cumplida cintura. Yo le sacudí los dedos con el mango del cuchillo de manteca, y me dijo furioso: «¡No te hagas la remilgada! No es para tanto. Después de todo, no eres tan fresca como tu manteca.»—«¡Pero soy más salada!—le respondí, poniéndome en jarras como una verdulera,—¡y si quieres la prueba, pillo, la tendrás!»

«A eso se redujeron todos los peligros que corrió en Avranches el honor de su hermana de usted, señor abate. Hice lo que se llama un buen negocio. Al tiempo que vendía mi provisión de manteca redondeé mi provisión de noticias. Recogí todos los rumores y comentarios de la ciudad, que todavía no se había repuesto de la alarma causada por los Doce. No se hablaba en todos lados más

que de los fingidos tratantes y del incendio de la prisión. Se decía, exagerándolo quizá, el número de las personas que habían perecido en la asonada. Se enseñaban aún charcos de sangre en el sitio de la feria... «¡Pero al menos—gritaban los cobardes—estamos libres de Destuches!» Ese cebo no volvería á atraer á los chuanes. La noche siguiente á ese terrible día, cuyos acontecimientos trastornaron á Avranches de tal manera, se sacó al prisionero secretamente de la población. Lo echaron con sus cadenas en una carreta cubierta de tablas, y escoltado por todo el batallón de los azules, marchó, sin tambor ni trompeta, para Coutances, donde debía ser juzgado y sentenciado á muerte sin duda alguna.

»Yo volví á toda prisa á Touffedelys para anunciar á nuestros amigos ese cambio de prisión de Destuches, que lo colocaba más lejos de nosotros y en condiciones de cautiverio más difíciles de vencer; porque en la guerra, toda tentativa que fracasa una vez se hace más costosa y expuesta, por el sólo hecho de

haber abortado: el enemigo vive prevenido, vigila más. *M. Jacques* expresó el pensamiento de todos sus compañeros, diciendo que había que renovar la empresa. «Señores—añadió,—tómense ustedes el día de hoy para curarse las heridas. Mañana procuraremos devolvérselas al enemigo. Es menester que dentro de dos días estemos en Coutances para volver á jugar la partida perdida. Coutances es una ciudad más fuerte que Avranches, y nosotros somos menos fuertes que antes... No somos más que once...»

—«Seguirán ustedes siendo Doce—le dije.—Once es un mal número; nos torcería la suerte. Puesto que no ha vuelto el señor Vinel-Aunis, yo me ofrezco á reemplazarlo. ¡Diantre! Yo no he sido nunca la muchacha más guapa del mundo, pero aun la más guapa no da sino lo que tiene.

«Y así es como vine á formar parte de la segunda expedición de los Doce, y como ví con mis propios ojos, que no volverán á ver nunca cosas semejantes, lo que me falta contar á usted.»

VI

UN ALTO ENTRE LAS DOS EXPEDICIONES

LA señorita de Percy se detuvo de nuevo.

«El día que precedió á nuestra partida para Coutances—prosiguió—fué un gran día en Touffedelys; y, por mi parte, había de vivir cien años, y me acordaría siempre de aquella especie de velada de armas. No hay que decir que se empezó por curar á los heridos, heridos que bromeaban y se reían de sus heridas, la mejor manera de soportarlas. El más herido de todos, y el que más bromeaba, por lo mismo, era el señor de Cantilly, á quien, entre paréntesis, mi querida Santa, dió usted con tanta gentileza su pañuelo á lo María Antonieta.

¿Se acuerda usted? ¡Sí! ¿no es verdad? Le bastó decir galantemente: «Si usted quiere, señorita, que no me haga sufrir más este brazo, déme usted su pañuelo del cuello para ponérmelo de cabestri- llo. Y usted, el candor personificado, sin hacerse rogar, se lo quitó del cuello, y se lo dió tibio como estaba con el calor de sus hombros. Después de los he- ridos, nos ocupamos de las armas. Esas armas que teníamos á reserva ocultas en aquel castillo, simple mansión de mujeres al parecer, quedaron en estado de servir. Una veintena de manos her- mosas, señor de Fierdrap, entre las cua- les figuraban las que bordan á la luz de ese quinqué, se ennegrecieron fabrican- do cartuchos para nuestros hombres. En aquel momento veníamos á ser unas quince las mujeres que había en Touf- fedelys. Por más que no hubiese dado resultados la campaña de los Doce para salvar á Destuches, una vez pasada la inquietud sobre su suerte y conocido el suceso, recobramos la alegría que ve- nía á animarnos siempre después de las catástrofes, y que es quizá la obstina-

ción de la esperanza. Todas teníamos fe en nuestros héroes. «¿Ayer no salieron adelante? ¡Bueno! ¡pues saldrán mañana!» decíamos; y todas ustedes, que eran más mujeres que yo, volvían á sus risas y á su tono ligero de jóvenes en medio de nuestras ocupaciones guerreras.

»La misma Amada, siempre seria como una reina, pero que había visto volver á su prometido sin una herida de la primera expedición, tenía, á pesar de su reserva, expansiones reveladoras de su sentimiento que era algo más que amor, era orgullo lisonjeado. ¡Sí! El único día que ví á esa magnífica rosa cerrada, que en toda la vida ha pasado de capullo, descubriarnos algo del interior de su cáliz, fué el día que precedió á nuestra marcha hacia Coutances y al golpe que iba á sufrir.

»No tuvo ningún presentimiento de la desgracia que la esperaba... y cuando *M. Jacques*, triste aquel día más que nunca entre sus alegres compañeros, nos dijo el suyo, el presentimiento que tenía él de que moriría en esa segunda expedición...»

—¡Sí!—interrumpió Ursula de Touffedelys—nos lo dijo á mí y á Febe de Thiboutot, que éramos sus vecinas de mesa durante la cena que tuvimos antes de la partida de ustedes. Estabamos en los postres. Todos aquellos caballeros, muy animados, hablaban del día siguiente como de un día de fiesta. Se había brindado por la salud del Rey y por la libertad del cabecilla Destuches. Sólo él, *M. Jacques*, permanecía sombrío, con el vaso lleno. Febe de Thiboutot, que no estaba en Touffedelys más que hacía poco, y que era algo locuela, le dijo con el candor de una niña: «¿Por qué está usted tan triste? ¿Es que no cree usted en el éxito de la expedición?...» Y él le respondió, mirando á Amada, como si eso lo explicase todo: «Perdón, señorita, creo ciegamente en la salvación de Destuches, pero *estoy seguro de que yo moriré.*»—«Entonces, ¿por qué va usted?», le dije. Porque después de todo lo que había hecho y de lo que contaban de él en el Maine, no había que dudar de su gran valentía. Pero yo me quedé cortada al oír el tono de su voz,

y me acordaré siempre de la expresión de su cara cuando me respondió: «¡Señorita, es una razón de más!»

«Pues, como decía—continuó la señorita de Percy—de ese presentimiento de *M. Jacques*, que fué un anuncio de su destino, de ese presentimiento que entonces me hizo encogerme de hombros, y en que he pensado seriamente después, Amada no participaba, y creyó sin duda que podría arrancárselo del corazón realizando la idea que más debía embriagar á un hombre enamorado como él, y hacerle olvidar todos los azares del porvenir en el minuto presente que le brindaba con tal ventura. A partir del día en que nos dijo, con la sencillez de un amor tan resuelto y tan fiel en un alma tan púdica como la suya, que había empeñado su palabra á *M. Jacques*, todo quedó dicho y comprendido entre Amada y nosotras... Ella tenía una reserva demasiado imponente, y nosotras sobrada confianza en la nobleza de su alma, para dirigirle jamás la menor pregunta sobre *M. Jacques*. Fuera quien fuese, tenía el honor de ser

el prometido de Amada de Spens, y eso bastaba... Pero aquel día Amada quiso que fuese algo más. Quiso que fuese su marido á los ojos de todos, y que el matrimonio, imposible en aquel tiempo por no haber ya capilla en Touffedelys, ni un sacerdote en diez leguas á la redonda, se celebrase al menos, mediante promesa y juramento, delante de aquellos diez hombres, hermanos de armas, con quienes quizá iba á morir al día siguiente.

—¡Hombre, empieza á interesarme su Amada de usted!—exclamó cándidamente el barón de Fierdrap.

—¡Me alegro mucho!—dijo en són de burla el abate.—¿Prefieres todavía tu delfín, que no lo era, oh pescador lleno de sagacidad?...

»¡Ah! ¿Le interesa á usted?—dijo impetuosamente la señorita de Percy, que sacó la historia de los paréntesis de la interrupción como sacaba la aguja del bordado.— ¡No me extraña, señor de Fierdrap! Nosotros no hemos visto obrar á Amada más que una vez: fué aquella noche; y le juro que aquella no-

che no desmintió la raza... Aquella noche pagó toda su vida. Toda su vida después ha sido la desgracia, la viudez, la sordera, un bordado tras el cual se ocultan sus meditaciones, y una pobre violeta al pie de una tumba; pero aquella noche en que quiso desposarse públicamente con *M. Jacques* como ya lo había hecho en secreto, nos dió la medida de lo que hubiera podido ser, á no faltarle, como á tantas otras, el concurso de las circunstancias, y á no ser tan inferior á ella el círculo de esas circunstancias.

»Cumplióse su voluntad al pie de la letra, contribuyendo el suceso á dar más realce á ese día de entusiasmo y de alegría viril. Amada no había participado á nadie el proyecto que debía comunicar al objeto de su cariño una alegría suficiente para conllevar todas sus tristezas y para hacer brillar su frente con la irradiación de los corazones felices. ¿Había oído lo que le respondió á usted *M. Jacques*, Ursula, ó necesitaba oirlo acaso para saber lo que había en aquel triste corazón donde ella vivía?... Como

quiera que fuese, el caso es que se levantó de la mesa pocos instantes después, seguida de su mejor amiga, Juana de Montevreux. Nadie notó su ausencia; hablábase de la expedición del día siguiente, y de esa partida tan deseada que debía verificarse de allí á pocas horas... cuando, al cabo de cierto tiempo, volvió con Juana de Montevreux á la sala de Touffedelys. Al presentarse en el umbral nos hizo el efecto de una aparición. No era ya la misma mujer. Iba toda de blanco y velada... Y, por la manera como se aproximó á la mesa en que nos encontrábamos, comprendimos que se preparaba algo grande.

—»Señores—dijo con una voz alterada, llena de emoción, pero no por eso menos firme,—ustedes van á partir dentro de poco. ¿Cuándo volverán y cuántos volverán?... Dios solo lo sabe. Uno de ustedes, de doce que eran, no ha vuelto de Avranches. En su próximo regreso puede faltar otro... acaso varios. Pues bien; ahora que todavía están todos ustedes aquí, deseaba rogarles que fuesen testigos de mi matri-

monio con *M. Jacques*... ¿Aceptan ustedes?»

»¡Dijo esto tan bien esa Amada! Hasta tal punto se veía á la condesa Amada Isabel de Spens, al pronunciar esas palabras, que no hubiese parecido más condesa bajo el dosel feudal de su mansión...; y todos, novelescos como héroes, se levantaron espontáneamente, y la aclamaron, por más que palidiesen varios de ellos; porque, ya se lo he dicho á usted, señor de Fierdrap, todos la amaban... con una esperanza loca, ó sin esperanza... pero todos la amaban; y su prima, la señora de Portelance, me aseguró—también creo habérselo dicho—que todos habían pedido su mano.

»Cuando acabó de hablar, miré á *M. Jacques*. Ya saben ustedes que no me agradaba; pero en aquel momento quedé satisfecha; su fisonomía era indescriptible. ¡Dios me es testigo de que si ella le hubiese puesto en la cabeza una corona de rey, no habría parecido más orgulloso!...

»Sorprendido, más sorprendido que

todos, se levantó con los demás, y se dirigió vacilante hacia ella...

—«¡Aquí tiene usted mi mano, que es suya!» le dijo, alargándosela.

»Quizá hubiera caído de alegría y de orgullo á sus pies, pero se afirmó en aquella mano.

—»Sean ustedes testigos, señores,—dijo ella, más conmovedora y majestuosa á cada palabra—de que yo, Amada Isabel de Spens, condesa de Spens, marquesa de Lathallan, aquí presente, tomo hoy por dueño y esposo á *M. Jacques*, actualmente soldado al servicio de su majestad nuestro rey. Obligada por las exigencias de estos tristes tiempos, en que ya no hay iglesias ni sacerdotes, á esperar mejores días para ratificar y consagrar el compromiso solemne que contraigo hoy, he querido, al menos, jurar delante de ustedes que son cristianos y caballeros—y cristianos en tiempos de prueba son casi sacerdotes,—jurar, con plena libertad de alma, obediencia y fidelidad á *M. Jacques*, y empeñarle mi fe y mi vida.»

»Estaban los dos en pie, el uno al lado

del otro: ella espléndida, y él como iluminado por su esplendor.

—«Y ni siquiera hay—dijo tristemente—una cruz ante la cual pueda pronunciar el juramento.»

—«¡Sí, señora!—replicó fogosamente Beaumont, que tuvo una idea de soldado.—¡Cruza tu espada con la mía!»—dijo á La Varesnerie, que estaba enfrente de él.

»Y las cruzaron; así hubo cruz.

»Y ante esas hojas desnudas, que podían teñirse de rojo de allí á algunas horas, Amada de Spens y *M. Jacques* se juraron el uno al otro lo que se habrían jurado ante el altar si todavía hubiese existido en Touffedelys. ¡Y todo eso fué tan rápido, y tan sublime en su misma rapidez, señor de Fierdrap, que al cabo de treinta años se me ha quedado grabado aquel instante de una manera tan deslumbradora como el fulgor de las dos espadas que iluminó la frente de aquellos seres desposados antes de la batalla y separados por la muerte al otro día!

—«¡Hé aquí unas hermosas bodas!»—

exclamó La Bochonnèrie, que era el más joven de los Doce.—Pero en las bodas se baila. ¿Por qué no habíamos de bailar?

«Para aquellos espíritus, inflamables con bien poco, la idea fué como una chispa caída en un reguero de pólvora. En un santiamén desapareció la mesa, y todos estaban en su puesto dando la mano á su pareja. Si allí había corazones destrozados, las piernas no lo estaban; aquellos hombres bailaron... como se habían batido en la feria de Avranches, y no dejaron de romper brazos aún, pero fueron los míos...»

—¿Cómo?—interrumpió el barón de Fierdrap, que no comprendió al pronto, y cuya nariz pareció entonces el más hermoso punto de admiración que se ha dibujado jamás bajo la cicatriz de un sabañón.

»—¡Sí, barón!—insistió;—porque yo fuí la que les proporcioné el medio de que bailaran como desatados hasta las tres de la mañana sin tomar aliento. Yo fuí el ministril de esa boda. Aunque entonces, gracias á la guerra, no tenía

un volumen tan respetable como el de hoy, tampoco tenía, sin embargo, talle de bailarina, y apenas servía para otra cosa que para hacer de murguista en un rinconcito del salón de baile. Yo tocaba bastante bien el violín, como muchas mujeres en mi juventud; porque usted se acordará, barón, de que á las mujeres del siglo pasado les entró un día el capricho de tocar el violín, y hasta inventaron una manera de tocarlo que llamaban: *tocar violoncello*, y consistía en apoyar el instrumento sobre la rodilla, sosteniéndolo con la mano izquierda cuyo brazo respectivo se redondeaba, mientras la derecha pasaba el arco magistralmente, en una actitud á lo Santa Cecilia. No dejaba de ser airoso en una mujer bonita; pero ya supondrá usted que no era así como tocaba yo. Hubiera parecido una Santa Cecilia muy original. No estaba tan deseosa de lucir mi brazote, que se veía ya más de lo necesario, ni podía temer que se me estropease la barba. Cogía el violín y lo tocaba como he hecho tantas otras cosas... como un hombre. Y

así lo estuve tocando en la boda de Amada por última vez en este mundo. Ahora no me acerco ya á ese violín, que, según decías tú, querido hermano, sentaba tan bien á mi cara de polichinela, y me castigué, colgándole en la pared, por haber acompañado de una manera tan loca los últimos momentos de una felicidad y amenizado tan alegremente una agonía.»

—¡Tú eres, después de todo, una excelente muchacha, colocada por Dios en el seno de un hombre valiente!—dijo el abate, conmovido, á su pesar, por su hermana...

La señorita de Percy no tenía ya su voz marcial. Las tijeras no tocaban á generala.

«Y era una agonía, en efecto,—continuó;—pero, excepto *M. Jacques*, que quizá ni pensaba en ello siquiera, ¿quién se hubiera acordado de la muerte en medio de la alegría de aquel singular baile de bodas, animado por el entusiasmo de los corazones y por las grandiosas ilusiones del valor?... Amada lo inició, según costumbre, bailando el pri-

mer rigodón con el elegido de que acababa de hacer su esposo. Deseó que aquella noche no se la llamase más que la *señora de Jacques*, y nosotras no le dimos otro nombre. Estuvo deslumbradora con aquel traje de desposada que convirtió más tarde en sudario del afortunado mortal á quien daba la mano entonces... Hacia las tres de la mañana hubo que pensar en la partida y en la expedición proyectada. Cambié de repente de compás: «¡Señores, tocan la diana!» les dije, atacando bruscamente un aire militar y realista que habíamos cantado con frecuencia.

»Todo el mundo estuvo listo en tres segundos. Yo fuí en busca del traje de chuan con que había hecho más de una expedición nocturna en diversas épocas. El único plan que teníamos entonces era marchar juntos hasta ser de día, dispersarnos después, y reunirnos, cerca de Coutances, en un punto del campo que La Varesnerie, buen conocedor del país, nos indicó, que era en casa de unos aldeanos chuanes, y, por tanto, seguros, donde podríamos ocul-

tar las armas. Dos ó tres de nosotros, á lo sumo, deberíamos ir á la ciudad para adquirir informes sobre el prisionero y la prisión.

»Nuestro propósito era armarnos y entrar en Coutances á la caída de la noche, porque sólo de noche y por sorpresa cabía libertar á Destuches en una ciudad tan tranquila, donde la cosa más insignificante se convertía á poco en un acontecimiento, y que contaba además para su custodia con una guarnición considerable de infantería.

VII

LA SEGUNDA EXPEDICIÓN

NADA de particular ocurrió durante la especie de marcha forzada que hicimos desde Touffedelys hasta Coutances—continuó la vieja cronista, recobrando su aplomo, turbado un instante á medida que entraba en el relato de un hecho de guerra en que había intervenido, y en que se veía obligada á decir *nosotros* con un placer rayano casi en la sensualidad.—En aquel tiempo los caminos eran peores que hoy, y, por lo mismo, menos frecuentados; por si no bastase, el que tomamos no era el departamental, es decir, el camino real. Este lo atravesaba dos veces al día la diligencia, escoltada por

gendarmes de á caballo; escolta motivada por la idea que tenían los chuanes de que la guerra paga la guerra, y de que el dinero del gobierno que querían derribar les pertenecía. A pesar de este principio, aquel día evitamos cuidadosamente la diligencia y sus gendarmes protectores, y tomamos el camino de travesía, que en calidad de chuanes conocíamos muy bien por haberlo frecuentado mucho tiempo..... Llegamos, pues, bastante pronto á casa de los aldeanos de La Varesnerie; y fué suerte no haber encontrado en el camino nada que nos contrariase y haber tenido las piernas bastante ágiles á pesar del baile de que salíamos, porque aquellos aldeanos, que vivían á un cuarto de legua de los arrabales de la ciudad, nos digeron á nuestra llegada que Destuches había sido condenado la noche anterior por el tribunal revolucionario de Coustances y que debía ser ejecutado al día siguiente. Es de advertir que su conducta ante el tribunal revolucionario fué lo más á propósito para exasperar el fanatismo de un odio político que no

necesitaba mucho para exasperarse. Con aquel carácter incomprensible, que no desmintió nunca, desdeñó responder á las preguntas de los jueces, y se mantuvo inaccesible y rebelde á todos los interrogatorios y aun á todas las súplicas de los que parecían interesarse por su suerte, oponiéndoles un silencio, no interrumpido siquiera por un grito ni un suspiro, y una impasibilidad de salvaje... Semejantes noticias, confirmadas por los dos ó tres compañeros de expedición que habían penetrado en Coutances y que habían visto levantada ya la guillotina en el lugar de la ejecución, nos obligaban á obrar como el rayo y de no contar más que con la energía, yendo á nuestro fin en línea recta, sin tiempo para seguir los rodeos de la astucia, como en Avranches, y simplificándolo todo, como la estocada recta en el manejo de la espada, merced á la rapidez de la acción.

—«No podemos dudar en la elección de nuestro partido—dijo *M. Jacques*, y era la opinión de todos.—Esta noche, á la hora en que la ciudad empieza á en-

tregarse al sueño, es preciso que intentemos juntos una brusca entrada en la prisión y sacar á Destuches por la fuerza. ¡El trance será de prueba, señores! La prisión está situada en el centro de tres patios espaciosos que se envuelven unos á otros. En el primero y más exterior de los tres hay un centinela que, disparando su fusil, hará salir á todo el cuerpo de guardia instalado en la calle de al lado, y ése, á su vez, descerrajando una descarga sobre nosotros, atraerá á toda la guarnición de la ciudad. Si toman cartas en el asunto las gentes de la población, pueden tirarnos por las ventanas lo primero que encuentren á mano ó fusilarnos por las puertas entreabiertas á la vuelta de las esquinas de las calles cuya red no conocemos bien.»

—«¡Verdugo!—exclamó Desfontaines.—¡Qué programa!»—Imitaba á Vinel-Aunis, que le parecía delicioso; era un remedo suyo.—«Anoche estábamos bailando, señores,—añadió;—no sería difícil que bailásemos esta noche.»

—«Caballero, usted expone el plan del

enemigo—dijo La Varesnerie á *M. Jacques*;—pero, ¿y el nuestro? ¿cuál es?

—«El nuestro—respondió *M. Jacques*—es el de las balas y obuses que entran por todas partes y lo rompen todo, mientras no se aplastan.»

—«¡Pues bien!—exclamó Justo el Bretón, cuyo sobrenombre era «el Temerario».—¡Seamos proyectiles, y entremos!»

«Yo tengo siempre aquí, en los oídos—continuó la señorita de Percy,—la voz clara de Justo el Bretón, cuando pronunció la palabra ¡entremos!, cuya idea fué realizada algunas horas después; porque entramos, y hasta salimos, que era lo más peliagudo. ¡Nunca oí sonido de clarín más alegre! Justo el Bretón se regocijaba con lo que acababa de decir *M. Jacques*. Nosotros, los diez restantes, no nos preocupábamos, ni temblábamos; pero Justo se regocijaba. El tal Justo el Bretón era el despreciador más absoluto de toda prudencia. La idea de que no había ya que contar más que con la fuerza para salvar á Destuches, de que ya no era hora de pensar en es-

tratagemas y precauciones, sino que estábamos al borde del foso, y no quedaba otra cosa que saltar, esa idea, formidable para los más valerosos, á él lo entusiasmaba. Muchos valientes he conocido yo en mi vida, pero ninguno de ese género de bravura. *M. Jacques*, que era un oficial intrépido con el genio de un general, el mismo Destuches, ese hombre inaudito entre los enérgicos, que quizá en toda su vida sintiese acelerarse los latidos de su corazón en su pecho de mármol, aceptaban la prudencia humana en multitud de circunstancias; Justo el Bretón ¡jamás! Lo llamaban el Temerario; con igual razón hubieran podido llamarlo: «¡Nada imposible!» ¿Quiere usted la prueba? Un día entró aquí á caballo, en la plaza del castillo, á ver á un amigo suyo que se alojaba en el Hotel del Correo; y, subiendo los cuatro pisos de esa manera, obligó á saltar por la ventana á su caballo que, al caer, se rompió tres piernas y se abrió el pecho, mientras que él quedó clavado en su sitio, con las espuelas hundidas enteramente en el vientre del

animal, sin un sólo arañazo por su parte!

—Dos segundos de apariencia de hipócrifo,—exclamó el abate;—pero el hipócrifo tenía alas, con lo cual el Rogerio de Ariosto resulta de un mérito menor que tu héroe, señora hermana.

«Otra vez—prosiguió ésta, palpitando de emoción por el éxito del que el abate acababa de llamar su *héroe*,—aburrido un día de lluvia en casa de uno de sus amigos (creo que en casa de ese gallito batallador de Fermanville), le dijo: «¡Bien podíamos batirnos para pasar el tiempo!» porque en aquella época las gentes eran así en Valognes: mataban el tiempo á estocadas. Y como Fernanville no presentase otra objeción sino la de que no había más que un solo sable, dijo Justo: «Cójelo tú y dejame á mí la vaina». Pero, como el otro, que tenía corazón, no quería aceptar ese partido, Justo el Bretón le obligó á servirse del sable, porque se abalanzó á él, y le dió un tajo con la vaina.

No me permitiré más reflexiones, Percy,—dijo el Abate, siempre amigo de

hacer rabiar,—porque me regalarías otra anécdota sobre tu favorito Justo, y Fierdrap, que se atormenta la barba de impaciencia, se estaría esperando su historia hasta sabe Dios cuándo.

«He concluído—dijo ella,—pero no era una digresión, señor hermano. Venía á cuento para mi historia el que ustedes se formasen idea de ese Justo el Bretón, amante del peligro, no como se ama á la mujer, porque siempre se la encuentra bastante bonita...

Y bastante peligrosa—dijo la lengua irónica del abate.

«Mientras que él—continuó la hermana—jamás encontraba el peligro bastante grande, como lo probó una vez más el día de la expedición, cometiendo una imprudencia que fué la causa de la muerte de *M. Jacques*, y pudo ser la de que nos asesinasen á todos dentro de los muros de Coutances.»

Dijo esto acaloradamente, como lo decía todo aquella vieja leona; pero bien se veía en el tono de su voz que no guardaba un rencor muy grande al sublime tarambana de Justo el Bretón.

«Entre once y doce de la noche—continuó—abandonamos la granja de los Mauger, esos aldeanos de La Varesnerie que nos dieron asilo. La abandonamos para no volver á ella; porque, si salíamos con bien, no podíamos llevar á Destuches á un sitio tan próximo á la ciudad; y, si no conseguíamos nuestro objeto, ninguno de los Doce debía volver ni á allí ni á ninguna otra parte. Cada cual llevaba una buena carabina muy corta, con suficiente provisión de pólvora y balas, y un cuchillo de monte en el cinturón. El único que llevaba pistolas, en vez de carabina, era Cantilly á causa del brazo roto, que apoyaba en el pañuelo de usted, Santa. Ese marchaba con la pistola en la mano. Cuando salimos de la granja de los Mauger, una traidora luz de luna hizo decir á nuestro teniente de *truhán*, Desfontaines: «Luna por Luna, preferiría mejor que ésa para esta noche á la señorita Luna de Thiboutot.

«Aquella luna de mal agüero podía jugarnos, efectivamente, más de una mala pasada. Pero, al acercarnos á la

ciudad, nos tranquilizó un poco una neblina que empezó á subir del suelo, como el humo de un fuego de turbera en el campo. Concebimos la esperanza de que aquella niebla espesaría lo bastante siquiera para que no se pudiese distinguir nada claramente en las calles de Coutances, más estrechas que las de Avranches, y más sumidas, de consiguiente, en la sombra proyectada por las casas. Entramos en la población cuando el reloj de la catedral daba los tres cuartos para las doce, repetidos por los otros relojes de esa ciudad, que dormía como una mansión de justos, aunque era una ciudad de pícaros revolucionarios. Las calles estaban mudas; ni un gato pasaba. ¿Qué hubiera sido de todos nosotros, de Destuches, de nuestro proyecto, con solo que hubiésemos encontrado una patrulla? Sabíamos de sobra lo que habría sucedido en ese caso, pero no teníamos libertad de elección; precisaba exponerse y jugar el todo por el todo, ó no había remedio: Destuches sería guillotinado al otro día. Felizmente, no encontramos

ni la sombra de una patrulla en aquella ciudad dormida como una muerta. Algún que otro farol, á grandes distancias entre sí, temblaba á merced del viento en la esquina de una calle, colgado de un largo poste negro con un brazo perpendicular, á manera de una T no concluída, tenían la facha de horcas. Todo eso era lúgubre, pero poco espantoso. Seguimos una calle, luego otra. Siempre el mismo silencio y la misma soledad. La luna que se enturbiaba más cada vez, se reflejaba un poco todavía en las vidrieras de las ventanas, tras las cuales no se veía siquiera ni el resplandor de una lamparilla mortecina. Apagábamos el ruido de nuestras pisadas al andar.

«El momento era tan solemne para nosotros, que he conservado las menores impresiones de esa entrada nocturna en Coutances y aquella serie de calles, por donde avanzábamos como sobre una trampa de que se desconfía, porque puede abrirse de repente y tragarnos; y me acuerdo perfectamente de una vieja con gorro de dormir—único

sér vivo de aquella ciudad sepultada en sus casas como en otras tantas tumbas —que desde la ventana de un piso alto vaciaba á la luz de la luna una jofaina con precaución y misterio, y con tal lentitud, que las gotas del líquido que vertía habrían tenido tiempo de cristalizarse antes de caer al suelo, si hubiese hecho un poco más de frío. Acompañaba el acto de la advertencia caritativa: «¡Agua va! ¡agua va!» pronunciada con voz temblona, que apagaba lo posible para no despertar á nadie, revelando lo concienzuda y timorata que era. A cada gota que caía ó no caía, repetía con el mismo tono doliente su monótono «¡Agua va!»... Nos colocamos en hilera pegados á la pared fronteriza, temiendo que nos viese... Pero, demasiado ocupada para eso, continuó dando suelta á su manantial eterno, sin dejar de pronunciar su «¡Agua va!»

—«No dejaría de asombrarse si le rompiésemos la jofaina con una bala al ras de la mano»—dijo Cantilly, gran tirador de pistola, que echaba á lo alto un par de guantes y lo atravesaba de

un balazo antes de que volviese á caer.

«Nos reímos y pasamos adelante, olvidando á la vieja al volver la esquina de la calle y encontrarnos de manos á boca con la guillotina, que se alzaba erguida y amenazadora ante nosotros esperando su víctima... ¡Emboscada fúnebre! Era la plaza de las ejecuciones. No debía estar lejos la prisión. Bajamos como quien desciende á un abismo la calle que va de la prisión á la plaza del cadalso, y que se llama en toda la ciudad la calle de *Sube á remolque*, la que había que impedir que subiese Destuches al día siguiente. La carcel blanqueaba al extremo de esa especie de tubo sombrío en otra plaza. Nos detuvimos... el tiempo necesario para respirar.»

Contaba la narradora como quien ha vivido lo que cuenta. El abate y el barón no respiraban.

«¡Ah! ¡Era el momento—dijo,—el momento terrible en que se va á romper la vidriera, y estaría uno perdido si, al romperla, hiciese ruido uno solo de los vidrios!... El centinela, envuelto en su

capote azul, se paseaba indolentemente, del uno al otro extremo del pórtico, con el fusil apoyado en el brazo, como un capero de iglesia en vísperas. El último rayo vacilante de aquella luna, que una hora después debía parecer un caldero de gachas, y que nos hizo este último servicio, caía de lleno en la cara del soldado y le impedía distinguir nuestras sombras móviles en medio de la sombra fija de las casas.

—«Yo me encargo del centinela»— dijo en voz baja Justo el Bretón á *M. Jacques*, y de un saltó estuvo sobre él, cargó con capote, fusil, hombre y todo, y desapareció con ese fardo bajo el pórtico de la prisión, dejándonos el paso libre, ¿Cómo se las arregló ese demonio de Justo?... El centinela no había proferido un solo grito.

—«¡Lo habrá apuñalado!»—dijo *M. Jacques*.—¡Vamos! Ahora nos toca á nosotros, señores. Podemos avanzar...»

«Y todos con él, apiñados unos contra otros como los granos de un racimo, nos precipitamos bajo el pórtico des-

embarazado por Justo, y entramos en el primer patio de la prisión.

«Era un patio perfectamente redondo, con arcos muy bajos y gruesos pilares, que le daban la apariencia del patio de un claustro. Estaba vacío. ¿A dónde había ido Justo...? Dirigimos nuestras miradas por el interior de aquellos arcos donde nada se veía, por entre aquellos pilares á donde había llevado quizá al centinela degollado; pero ¡bah! ya sabría encontrarnos él. Pasamos aceleradamente al segundo patio, tan desierto como el primero, para llegar sin un respiro á la prisión, que estaba en el fondo del tercero... ¡Ah! ¡aquello era moverse! ¡Nos hostigaba el agujijón de la necesidad! Vimos vacilar una luz en un cuerpecito de edificio avanzado, y que parecía lo que en términos de construcción militar se llama una garita. El alcaide no estaba acostado. No era ya la enérgica Hocson de Avranches con su corazón desolado é implacable; era un animal con gorro frigio, que trabajaba de remendón para las gentes de la ciudad. Como aquel día era vencimiento

de década, y al siguiente tenía que hacer entregas á sus parroquianos, velaba... Su mujer y su hija, una niña de trece años, dormían en una especie de camaranchón muy elevado, al cual se subía con una escala. Vimos todo eso al través de una vidriera grasienta iluminada por un candil con una luz rojiza y humosa... No lo prevenimos, no lo llamamos, no dimos golpecitos á la puerta, sino que, impulsados por esa necesidad de obrar *á manera de balas*, como había dicho *M. Jacques*, de un culatazo dado á la vez por las once carabinas, hizimos volar la puerta, y caímos como un rayo sobre aquel hombre, derribándolo al suelo, alzándolo después, poniéndolo de pie derecho, sujetándolo por el cuello con dos puños vigorosos, y ordenándole, con el cuchillo dirigido al corazón, que entregara las llaves y nos guíase hasta donde estaba Destuches. Usted lo sabe, señor de Fierdrap: los chuanes tenían una fama siniestra, merecida á veces. Se los veía siempre al resplandor de los horribles fuegos que encendían debajo de los pies

de los Azules. El espanto público les daba el nombre de *Tuesta-pies*. Nos aprovechamos de esa tremenda reputación de los chuanes para aterrorizar al miserable á quien sujetábamos; y Campión, que era cejijunto y tenía una cara terrible, lo amenazó con asarlo como un cochinito, si hacía el menor ademán de resistencia. No resistió. Estaba anadado por la sorpresa y el miedo, un miedo idiota y lívido. Entregó las llaves, y, arrastrado por dos de los nuestros, nos llevó al calabozo de Destuches. La mujer y la hija quedaron más muertas que vivas en el camaranchón, y nosotros tiramos la escala para impedir que bajasen y fuesen á avisar. El terror les hacía un nudo en la garganta. No gritaron; pero, aunque hubiesen gritado, poco nos importaba. Los muros de la cárcel eran espesos. Había de por medio tres patios, todos desiertos. No se hubiesen oído sus gritos.

«¡Viva el Rey!» dijimos al entrar en el calabozo de Destuches... Prisionero una semana en Avranches, prisionero en Coutances hacía unos días, maltra-

tado por sus enemigos que querían triturar su energía bajo las torturas del hambre y exhibirlo en el cadalso en un estado de deshonrosa debilidad, Destuches se hallaba sentado en una especie de poyo de piedra de forma de artesa, encadenado pero muy tranquilo.

«Ese guerrillero y ese piloto estaba hecho á los azares de la guerra como á las inconstancias de las olas. ¡Cogido un día, librado otro, vuelto á prender quizá! he ahí un pensamiento con que se había familiarizado.

—«¡Bueno!—dijo con su hermosa sonrisa.—¡No será todavía mañana! Miren—añadió,—desembarácenme esta mano, y les ayudaré en lo demás.»

«Había retorcido la cadena que le ataba los brazos, pero las manillas de acero que le oprimían, paralizando el juego de sus músculos, le habían impedido romperla.

—«¡No, caballero!»—le dijo *M. Jacques*.—Sería demasiado largo serrar todo esto. Tenemos prisa; lo llevaremos á usted con las cadenas.»

«Y dicho y hecho, barón de Fierdrap.

Tres lo cogieron en hombros, y lo sacaron como sobre un pavés.

»En lugar de Destuches metimos en el calabozo al alcaide, á quien dejamos la vida, pero encerrándolo por prudencia con llave. Yo empleo más tiempo en contar todas estas cosas del que tardamos en ejecutarlas. No son más rápidos los zig-zags del relámpago. Volvimos á atravesar los tres grandes patios, siempre solitarios; pero en la calle... en la calle iba á empezar de nuevo el peligro.

»¡Y, sin embargo, las cosas no podían ir mejor! ¡Teníamos á Destuches! La luna no era ya más que un ojo vaciado. Manchaba el cielo, en vez de iluminarlo, y la niebla empezaba á tender una especie de velo de seda entre los objetos y nosotros... Los contornos de las casas se desvanecían en la vaporosidad. Volvimos á tomar por las calles que ya habíamos seguido, siempre sin encontrar á nadie. ¡Suerte prodigiosa! Era cosa de magia. Aquella ciudad, inmóvil en su sueño, parecía encantada. Cuando volvimos á pasar por la calle donde la vieja vaciaba la jofaina, estaba aún en el

mismo sitio, y pareciendo seguir la operación. La vimos menos á causa de la niebla, pero continuaba sin interrupción su «¡agua va!» prudente y quejumbroso. ¿Era una estatua que hablaba? ¿Llegó á interrumpirla lo que oímos de repente? En el inmenso silencio de la ciudad resonó un tiro.

—«¡Amartillemos las carabinas, señores, y alerta!»—dijo *M. Jacques*.

—«¡Y ojo á las balas!»—dijo Desfontaines.—Ya no se trata de «¡agua va!»

»Casi en el mismo momento desgarró más cruelmente el aire é hizo vibrar el espacio otra detonación más fuerte.

—«¡Es la carabina de Justo el Bretón!»—dijo *M. Jacques*, reconociéndola con su oído militar.

»No había pronunciado estas palabras cuando Justo, abalanzándose como un tigre, caía entre nosotros, y nos decía con voz clara:

—«¡Aprieten el paso! Vienen los azules!»

»¡Sepa usted ahora lo que había pasado, señor de Fierdrap! El «Temerario», que no en balde llevaba ese nom-

bre, en vez de acuchillar al centinela, como el instinto de la guerra hizo suponer á *M. Jacques*, se lo llevó vivo, en brazos, debajo de los arcos de la cárcel seguro de su fuerza, y gozándose en probarla, tuvo el desdén generoso de no matar á aquel hombre, y se limitó á estrujarle la garganta con su formidable mano para que no pudiese gritar, y á permanecer así, estrujándolo, todo el tiempo que tardamos nosotros en librar á Destuches.

Desde el fondo de su arco y de aquellas tinieblas nos vió volver á pasar por el patio con el prisionero, y para darnos tiempo de hacer seguramente la retirada, continuó sujetando al centinela en aquella situación, terrible para ambos. Cuando nos creyó bastante lejos de la cárcel para no tener ya nada que temer, lo soltó creyendo haberlo ahogado. En efecto: fuese astucia ó dolor ocasionado por la mano que lo había oprimido como una argolla de hierro, cayó á los pies de Justo, y éste se marchó. Pero, una vez libre, el centinela, fiel á su consigna, se levantó, cogió el fusil y disparó

para llamar á las armas al cuerpo de guardia.

» Justo estaba entonces en lo alto de la calle de *Sube á remolque*.

—«¡Ah!—pensó.—He cometido una torpeza en dejar con vida á ese canalla, pero me las va á pagar.»

» Y volvió á bajar la calle, y á sesenta pasos, á pesar de la niebla, tendió rígido al centinela que cargaba de nuevo el fusil, y emprendió la carrera para reunirse con nosotros y avisarnos.

» ¡Pero había prendido la pólvora! Hacia el barrio que acabábamos de abandonar se oían redobles de tambor. Apresuramos el paso.

» Detras de nosotros, al extremo de una de las calles que seguíamos, vimos una partida de tropa que creimos soldados del cuerpo de guardia, y lo eran probablemente. Avanzaban con precaución, porque no conocían nuestro número... «*¡Quién vive!*» gritaron al acercarse; pero todos, excepto los que llevaban á Destuches, les respondimos con una descarga, que les dijo con claridad suficiente que éramos *Cazadores del Rey*.

»También ellos tirarón. Sentimos el viento de sus balas, que rebotaron en las paredes, pero no nos mataron á nadie. Para nosotros era evidente, visto lo débil de la persecución, que aquellos hombres aguardaban refuerzo de la guarnición despierta, y esta circunstancia nos permitió tomar algún avance. Marchando casi á la carrera, donde quiera que tropezábamos con un farol lo rompíamos de un tiro. Inundábanse, pues, de oscuridad aquellas calles estrechas, donde la tropa más considerable no hubiese podido desplegar sino un frente reducidísimo. Era una ventaja para nosotros. Los que llevaban á Destuches iban cubiertos por los otros nueve, que de minuto en minuto se volvían y disparaban. Llegábamos á las puertas de la ciudad, ya era tiempo. En el centro de Coutances se elevaba gran tumulto. Se oían distintamente los gritos de «¡á las armas!» La ciudad estaba en movimiento. Los que venían detrás de nosotros no se retrasaban más que el tiempo indispensable para volver á cargar las armas. A la última descarga que hicieron ¡fata-

lidad! *M. Jacques*, después de girar dos veces sobre sí mismo como una peonza, cayó. Yo estaba cerca de él.

—«¡Oh, su presentimiento! — pensé, estremeciéndome al recuerdo de Amada.—¿Está muerto?—dije á Justo el Bretón que lo había levantado.

—«Muerto ó nó—respondió,—no se lo dejaremos á los azules, que se vengarían de nosotros fusilando su cadáver.» Y alzándolo con sus dos brazos de Hércules, lo tendió sobre los hombros de los que llevaban á Destuches, el cual tuvo así un compañero de pavés.

»Veinte minutos después la ciudad quedaba ya lejos, anegada en su niebla y en su ruido, y nosotros estábamos en pleno campo con nuestra doble carga. No nos habían cercado ni cortado, pero lo hubieran hecho si no hubiese concluído oportunamente la calle de salida. En el campo la niebla era más densa aún que en la población. Una vez fuera de las calles, los azules que nos perseguían no podían saber la dirección que íbamos á tomar. Por otra parte, el campo, la maleza, la espesura, las sendas extra-

viadas, todo eso nos conocía. ¡Eramos chuanes!

»La Varesnerie, que sabía el país de memoria, nos hizo tomar por las tierras labradas. Luego abrimos una ó dos barreras, cerradas solamente con aros de madera retorcida, y entramos en caminos que parecían surcos de carros. Al cabo de dos horas de marcha próximamente, bajamos á una hondonada por donde corría un río, á cuya orilla había amarrado un lanchón destinado al acarreo de ese abono que en el país se llama *tangue*, y arrastrado á maroma á lo largo de un camino paralelo al río.

»En ese lanchón depositaron á Destuches y á *M. Jacques* sus portadores, y allí esperamos el día contentos de haber librado á uno, pero con el corazón oprimido por haber perdido á otro. Cuando amaneció, pudimos apreciar la herida de *M. Jacques*. Había recibido una bala en pleno corazón. A orillas de aquel río desconocido enterramos á aquel otro desconocido, de quien no sabíamos nada sino que era un héroe. Antes de tenderlo en la fosa que abrimos con nuestros cu-

chillos de monte, corté del brazo el brazaletes que le había tejido Amada con sus cabellos más puros que el oro y cubierto de una sangre que iba á ser para ella una reliquia sagrada. Sin sacerdotes, lejos de todo, le tributamos el único honor que pueden tributar soldados á un héroe, saludándolo por última vez con el fuego de nuestras carabinas, y perfumando el cespéd bajo el cual iba á dormir con ese olor de la pólvora que siempre había respirado.»

—No es de compadecer—dijo el barón de Fierdrap, que creyó responder al pensamiento secreto de la señorita de Percy.—Tuvo la muerte de un chuan y está enterrado al pie de un matorral como un chuan, ¡su verdadero puesto!, mientras que Destuches, á quien acaba de ver el abate en la plaza de los Capuchinos, es probablemente un mísero loco errante, y Juan Cottereau, el gran Juan Cottereau, que ha dado nombre á la chuanería, y único superviviente de seis hermanos varones y hembras, muertos en batalla ó en la guillotina, ha expirado con el corazón herido por los amos á

quienes sirvió, á quienes pidió en vano, ¡pobre corazón novelesco!, el simple derecho, ridículo ahora, de llevar la espada. El abate tiene razón: morirán como los Estuardos.

La señorita de Percy no se atrevió á protestar por segunda vez contra la opinión de esos heridos de la Fidelidad que, como el abate y el barón, se quejaban entre sí de los Borbones como se quejaría cualquiera de una amante; porque quejarse de una amante es probablemente una manera más de adorarla.

«Después de cumplir nuestros últimos deberes para con *M. Jacques*—continuó la narradora,—pensamos en librar de sus cadenas al cabecilla Destuches, á quien habíamos sentado en el lanchón de *tangue*, recostándolo en el mástil á que se sujeta el cable. Sus aprensos le habían envuelto en una especie de camisa de fuerza con cadenas entrecruzadas, y las habían apretado hasta el punto de embotar dolorosamente el cuerpo esbelto y flexible de aquel hombre en cuyos miembros dormía una fuerza que despertaba á veces como el león. Con su

instinto y su amor del combate debió sufrir furiosamente al oír pasar las balas en torno suyo sobre los hombros de sus compañeros sin poder escupir una sola al enemigo; pero la nota distintiva del valor de Destuches era la paciencia del animal ó del salvaje en las circunstancias desesperadas. ¡Era un indio ese hijo de Granville! Hasta allí, durante la marcha y la noche, había sufrido en silencio las cadenas; pero ya de día, y sin el enemigo tras nuestros pasos, debía sentir impaciencia por librarse de aquel peso abrumador. Dentro de poco deberíamos volver á ponernos en camino, y él, una vez libre, sería un bizarro soldado más, si por acaso nos atacaban en nuestro regreso á Touffedelys. Tratamos, pués, de romper aquellos hierros, pero sin más herramientas que los cuchillos de caza y los gatillos de las carabinas, la faena amenazaba ser larga y quizá imposible, cuando uno de esos azares que sólo se presentan en la guerra, vino á sacarnos de apuros.»

—¡Ah, es la historia de Couyart!—dijo moviéndose voluptuosamente en su pol-

trona la señorita Sainte de Touffedelys como si le hubiesen acercado á la nariz un frasco de su olor favorito.

Se veía que aquella historia, cuyo heroísmo no hacía gran mella en su cerebro, se reducía al fin á proporciones que le agradaban. Todo es relativo en este mundo. El tiempo había llegado á cruzar el cisne de los antiguos días con un pobre ganso que no hubiese salvado al capitolio. La señorita de Touffedelys se había animado casi... Couyart era su relojero.

—Esta mañana ha venido á dar cuerda al reloj—dijo profundamente esa observadora inefable.

Sentía un antiguo y poderoso interés por el tal Couyart, que creía en aparecidos como ella, y que, cuando iba á reparar el Baco de oro molido, no acababa de hablarle nunca de los que veía por todos lados, porque eso era el pan nuestro de cada día para el buen hombre. No era dueño de moverse sin verlos, con sólo que saliese á su patio á lo que ustedes saben. Era un hombre tímido, escrupuloso, de suave hablar, y que anda-

ba como hablaba, con los chapines de veludillo que siempre se ponía por respeto al pavimento lustroso de los salones cuyos relojes cuidaba. Era delicado y nervioso, de cara blanca como una vieja, y, aunque calvo por cráneo y frente, provisto de un resíduo de pelos en el occipucio y sobre las orejas, que empolvaba por el solo motivo de que tal era la moda de las personas *distinguidas* antes de *esa desgraciada revolución*... Él siempre había sido, decía, *aristócrata*. Con sus parroquianos, que eran toda la nobleza de Valognes, tenía esa timidez que lisonjea á los príncipes, cuando una persona no sabe qué decir en su presencia—exquisita adulación, que en él era natural.

Entrecortaba las frases con los *jem, jem!* del hombre cohibido y las empezaba con unos *pues bueno* inconcebibles, probando así que los rodajes de la mecánica no dan los hábitos del razonamiento. Siempre que no trabajaba en sus relojes, estuviese sentado, á pie quieto ó andando, se frotaba eternamente con satisfacción sus manos suaves y

paliduchas de relojero, acostumbradas á coger cosas delicadas y frágiles; y era la delicia de los niños, cuando, al volver de la escuela, se pegaban á la vidriera de la tienda para verlo, delante de su mesa cubierta de papel blanco y de copas bajo las cuales colocaba las piezas de los relojes, enteramente absorto en su lente y buscando lo que llamaba un *escape*.

VIII

EL MOLINO AZUL

LA señorita de Percy pasó por alto, naturalmente, la reflexión de su ingenua amiga, y prosiguió:

Mientras forcejeábamos por librar á Destuches de sus cadenas, y juro á usted, barón, que la cosa nos pareció un momento más difícil que el sacarlo de la cárcel; vimos venir de lejos un hombre por el camino de la orilla del río. Saint-Germain, que tenía ojo de vigía, fué el primero que lo vió venir tranquilamente hacia nosotros, y me excedo, al decir tranquilamente, porque ya no las tenía todas consigo. Aquel grupo de hombres tan de mañana, á la vera de un río que

no solía ver mucha gente en sus orillas, aquel grupo armado, cuyas carabinas relumbraban al sol levante que disipaba la niebla, preocupaba al hombre de andar circunspecto y casi cauteloso, porque usted sabe como anda, Santa. ¡Yo siempre he encontrado el mismo al bueno de Couyart! A la margen de aquel río donde lo veía por primera vez, presentóseme como aquí, en la sala de ustedes, cuando viene á dar cuerda. ¡Sí! Nuestro grupo, que no podía reconocer bien de lejos, le preocupaba y hasta le hizo volverse, tornando á subir el camino, como un gato prudente que ve el peligro y lo evita.

—« Amiguito—dijo Saint-Germain,— no se marcha uno así, cuando tiene la suerte de tropezarse con *cazadores del Rey* antes del desayuno, y te prometo que no has de ir á contar á nadie esta mañana que nos has visto.»

« Y amartillando su carabina, le apuntó.

»Iba á meterle una bala entre los hombros, cuando La Varesniere, que trataba de hacer saltar un tornillo con el

lomo de su cuchillo de caza, de una de las cadenas de Destuches, levantó con el mismo cuchillo el cañón de la carabina, diciendo:

—«¡Deja esa chocha! No es un espía. Es Couyart, Couyart de Marchessieux, que vuelve de Marchessieux á Coutances, donde trabaja de oficial de relojero en casa de Le Calus, en la plaza de la Catedral, frente por frente del hotel de *Crux*. Lo conozco, es un realista. Me ha compuesto muchas veces el reloj de caza. ¡Viene como pedrada en ojo de boticario! Quizá el mismo Dios nos lo envía, porque un relejero debe tener siempre en el bolsillo algún instrumento ó algún muelle de reloj, y probablemente nos va á prestar la ayuda que necesitamos en esta endiablada obra.»

«Y como veía que el hombre, temiendo algún mal paso, se volvía, alzó la voz y corrió hacia él:

—«¡Eh, Couyart!—gritó.—¡Eh, eh, Couyart! ¡Son amigos!»

«El relojero se detuvo; y dos segundos después lo vimos, sombrero en mano, delante de La Varesnerie, que nos lo

trajo, siempre con la cabeza descubierta.

«No estaba aún enteramente tranquilo; pero, cuando sus ojuelos de pájaro prisionero en la mano dieron la vuelta al grupo:

—«¡Oh, Dios mío!—dijo.—¿Usted también aquí, señor de Beaumont? ¿Y usted también, señor Lottin de La Bouchonnière? (que, en efecto, se llamaba Lottin). ¿Y usted también, señor Desfontaines? *Pues* tengo el honor de ofrecerle mis humildes respetos, y aseguro á ustedes, *pues*, que yo... ¡jem! no pensaba... ¡jem, jem! encontrar á ustedes tan temprano.

—«¡Sí! Es un poco de día para nosotros—dijo La Varesnerie,—pero ¡ante todo el servicio del Rey! Por servir al Rey hemos pasado la noche en Coutances, y por eso no estamos aún bajo techo á la salida del sol, que es la hora del cubre-fuego para nosotros. Usted es un buen realista, Couyart, y sabrá con placer que esta noche hemos trabajado con suerte en Coutances; pero, amigo, esta mañana necesitamos de usted para concluir la obra.»

—«¿De mí, señor?—dijo el pacífico relojero, viéndose en medio de todos nosotros apoyados en carabinas.—No veo ¡jem! muy bien, ¡jem, jem! como... podría yo... ¿Es para la hora?—dijo rehaciéndose.—Pues yo tengo la hora—y lanzó la broma vinculada en la relojería desde la fabricación del primer reloj: «Yo gobierno la marcha del sol.»

—«Mire usted, Couyart—dijo La Varesnerie;—apártense ustedes un poco, señores, porque le ocultamos el lanchón y Destuches. Y entonces enseñó al relojero estupefacto, con los ojos tan abiertos como la boca, al caballero aherrojado. ¡Mire! ¡Ahí tiene nuestra obra y la suya! Usted llevará con sigo algún instrumento de su profesión, alguna lima á algún muelle de reloj, que valdría más aún. Pues bien, hijo mío, lime todo ese almacén de hierro, y, cuando vuelva el Rey, podrá usted alabarse de haber sido uno de los libertadores de Destuches.

»¡Y vea usted, barón, cómo lo fué el tal Couyart á su modo, lo mismo que nosotros al nuestro! La Varesnerie ha-

bía previsto bien. Couyart, según nos dijo el mismo, llevaba siempre en los bolsillos un montón de útiles.

—Trabaje, pues, buen amigo—dijo La Varesnerie,—y no tema nada; yo le juro por Dios y por todos los Santos del calendario que nadie ha de distraerlo mientras trabaje. ¡No lo interrumpirán á usted, se lo fío! Ya nos cuidaremos nosotros de defenderlo de importunos. Y, mientras trabajaba, anduvimos batiendo la estrada en tornó de él. Ese trabajo, á que nunca hubiésemos podido dar cima sin su ayuda, duró medio día. Jamás hubo reloj, á creerlo, que le diese más que hacer y más quebraderos de cabeza, que aquellas malditas cadenas; pero tuvo la paciencia de un hombre paciente, que á mi me asombra siempre mucho, y añadió la de un relojero, que es ya incomprendible para mí. Así que, aunque la cosa fué dura de pelar, él salió airoso de su empeño. Pero el trabajo que le costó hizo época en la vida del infeliz, tanto que, desde entonces, cuando quería hablar de una compostura complicada ó de cualquier cosa extraordina-

riamente difícil, nunca dejaba de decir: «¡Es tan difícil como *serrar las cadenas de Destuches!*»

«Ahora todo esto se halla bien lejos de nosotros, señor de Fierdrap, y el tiempo, que ha extinguido nuestra juventud, ha apagado tan completamente el brillo de nuestras obras y el ruido que hizimos en días lejanos, que esa locución de Couyart: «*difícil como serrar las cadenas de Destuches*», esa locución, que pasa por una muletilla del pobre hombre, nadie sabe ya lo que significa; pero nosotras tres, Úrsula, Santa y yo. ¡bien lo sabemos!»

No era la primera vez que vibraba una nota melancólica en la historia de esa noble vieja, tan poco melancolica de costumbre; pero siempre era una nota no más, que pasaba fugazmente por aquel relato, animado con la alegría de un corazón tan valeroso.

«En cuanto al caballero Destuches—prosiguió sin tomarse más tiempo que el necesario para ahogar un suspiro,—no bien recuperó su libertad y sus fuerzas, nos dió cortesmente las gracias.

Nos estrechó á todos la mano. Al tomar la mía, como uno de los Doce, me reconoció bajo aquel disfraz masculino que había llevado ya en otras circunstancias, pero con el cual no me había visto aún. No se asombró. ¿Quién se asombraba de nada en aquel tiempo? Sabía que me gustaba el fusil más que el huso. ¿Y qué mejor ocasión para satisfacer tal gusto que la necesidad de esa vida armada de guerrilleros que era entonces nuestra vida?

—«Señores—nos dijo,—el Rey debe á ustedes un servidor que va á reanudar sus servicios. Esta noche volveré al mar. El sol va á declinar dentro de poco, pero todavía está bastante alto para que podamos presentarnos juntos y armados por los caminos. Tenemos que dispersarnos. Dentro de dos horas podemos reunirnos en aquel molino de viento que está allí á la derecha de ustedes coronando una altura, y para donde yo les doy cita.»

«Es el *Molino azul*» dijo La Varesnerie.

—«Azul, en efecto—contestó som-

briamente Destuches; porque en ese molino, señores, es donde me prendieron por traición los Azules, dándoles á ustedes el trabajo de libertarme. He jurado en mi interior que he de pagarles en moneda corriente ese trabajo que les han dado. He jurado—dijo con una voz resonante como el timbre del metal—que he de vengar la muerte de *M. Jacques*. ¡Ustedes verán si cumplo mi juramento! ¡Antes de que ese sol, que anuncia las tres de la tarde, haya desaparecido bajo el horizonte, y yo con él en la bruma de las costas de Inglaterra, doy á ustedes mi palabra de chuán de que el *Molino azul* se trocará en *Molino rojo*, y no volverá á llevar otro nombre mientras conserven memoria las gentes de estos lugares!»

«Lo miré cuando hablaba, y nunca me pareció merecer más su nombre de guerra, *la Avispa*, con su talle ceñido por el cinturón que ajustaba su blusa de piloto: ¡era la avispa sacando el agujón y buscando sangre! Me recordaba también esos leones rampantes de blasón, de lomo estrecho y nervioso como el de

las panteras más finas, y con zarpas, á lo que parece, capaces de desgarrarlo todo. Su cara de mujer, que á mí no me hacía gracia, aunque teniendo que reconocer que era hermosa, respiraba y aspiraba con tal ferocidad la venganza, que era cien veces más terrible que si hubiese poseído la más desenfadada virilidad.

«Todos los Doce quedamos subyugados por aquella cara de Némesis. Pero La Varesnerie previó quizá algo espantoso, que debía traer represalias abominables y ennegrecer algo más la reputación de los chuanes, ya ennegrecida de sobra.

—«¿Y si nosotros no acudiésemos á la cita de usted, caballero?—preguntó La Varesnerie.—¿Qué sucedería?

—«¡Nada, señor!—dijo altaneramente Destuches, y en la hinchazón de su nariz me pareció ver como una estocada.—Yo quería á ustedes por testigos de una justicia, pero no necesito á nadie para hacer por mi mismo lo que he resuelto.»

«La Varesnerie reflexionó un instan-

te. Había meollo en aquella cabeza de La Varesnerie. Era joven. Algún tiempo después de esa época M. Frotte lo nombró mayor:

—«Solo contra varios quizá—murmuró.—¡No, señor! Hemos salvado á usted, y debemos al Rey su vida. Iremos todos, ¿verdad, señores?»

«Combinimos en ello, barón, y nos separamos tomando senderos diferentes. Yo me marché con Justo el Bretón á quien mi hermano llama mi favorito. Tiene razón; lo era, y no necesito añadir el *honni soit qui mal y pense!* porque, con las gracias de mi persona, ¿quién podía pensar mal de mí? Justo me decía en el trayecto:

—«¿Qué va á hacer el cabecilla Destuches? Lleva los ultrajes de dos prisiones acumuladas en un corazón tremendamente altanero.»

«Justo se interesaba, como yo, por Destuches, porque no veía en él sino lo único que yo veía: el hombre de guerra, indiferente á todo lo que no era la guerra y sus feroces ambiciones.

—«Lo han cogido por traición—conti-

nuaba Justo.—Ha sido entregado á los azules, pero ¿cuándo, cómo y en qué momento? ¡Porqué Destuches es la vigilancia y el insomnio!»

»Andábamos tan preocupados con lo que iba á suceder, que subimos, sin darnos cuenta de la longitud del camino, las pendientes de la altura en que se encontraba el *Molino azul*, como lo llamaban en el país. Presas del magnetismo de la curiosidad, de la idea fija, del lugar que no se ha visto y que se quiere ver, atraídos y casi aspirados por aquel sitio como aspira el mar al niño arrollado por la ola de la playa, llegamos los primeros al punto de la cita, y nos quedamos á alguna distancia del molino de viento en cuestión, esperando á nuestros compañeros y á Destuches, que probablemente los atajaría á todos.

Era un sitio sumamente tranquilo. Su altura se debía á un movimiento muy suave, pero muy continuo del terreno; así que no parecía nada para los pies, una vez que se había alcanzado, pero era mucho para los ojos, cuando, al volverse, miraba uno detrás de sí el cami-

no recorrido. La superficie de toda esa altura estaba cubierta de una hierba menuda, pero bastante verde. Pacían allí con trabajo dos ó tres ovejas. No había ni un árbol, ni un arbusto, ni un seto, ni una hondonada, ni un cerrillo, ni nada, en fin, que pudiera oponerse á la marcha del viento, el cual era un rey en aquel paraje donde se explayaba á sus anchas, haciendo girar el molino con una lentitud silenciosa. Nada crugía ni rechinaba en ese molino de inmensas aspas, cuyos tirantes lienzos palpitaban á veces como velas de navio, al soplo de ciertas bocanadas más enérgicas. Ese era, pues, el *Molino azul*. ¿Por qué lo llamaban azul?... ¿Era porque la puerta, los postigos, la rueda que hace girar el techo, y hasta la veleta, todo era de ese azul que se ha llamado mucho tiempo *azul de peluquero*, en atención á que los peluqueros, á partir de San Luis, según se dice, pintaban de él sus establecimientos?

»Todo, excepto los muros y las aspas del molino, era de ese azul vistoso y alegre, que parecía más claro en contras-

te con el azul subido del cielo y con la cálida luz que enviaba un sol de las cinco de la tarde, que no lo doraba aún. ¿Por qué todo ese azul desconocido en los molinos de viento de Normandía? ¿Era para justificar la expresión de los populacheros? ¿Era el molino azul, es decir, el molino que no era blanco! ¿El molino *patriota*! La puerta cortada era puerta y ventana á la vez, y la parte que servía de ventana estaba abierta. Por lo demás ni un alma: ni molinero, ni molinera; nada más que el molino, girando solitariamente como hubiese podido girar dentro de un saco de algodón en rama—¡tan silenciosamente lo hacía!—y cuyas aspas, corriendo unas tras otras, como las horas, en aquella sosegada y muda rotación, ni temblaban siquiera.

»No duró mucho ese silencio... Oyóse un *pizzicato* de violín, que salía por la puerta entreabierta. Era el sonido agudo y estridente de una prima como despertada por una mano que dormía aún... una mano de molinero que no se oye á sí propio por la harina que tapa sus oídos.

«—¡Qué buenas trazas tiene ese molino de la traición!—dijo Justo.—¡No me sorprende que hayan engañado al mismo Destuches.»

»Entre tanto continuaba el *pizzicato* indeciso, vago, adormecido, y sólo perceptible á causa del profundo silencio de aquella tarde de verano y de aquel molino que parecía girar en el vacío. Era realmente para hacernos participar de la sensación de soñolencia en que á todas luces se hallaba sumido aquel molinero invisible que soñaba tocar más bien que tocaba.

»En tal momento de una sensación única para mí, señor de Fierdrap, siempre que pienso en lo que siguió, fué cuando Destuches, á quien esperábamos con impaciencia, apareció sólo en el raquítico césped de aquella altura. Se adelantaba á los otros diez de los Doce, pero vió que estábamos allí Justo el Bretón y yo, y nos hizo la señal del silencio. Venía sin armas, con las manos vacías. Desde que nos reparamos no había arrancado de ningún seto nada con que hacerse siquiera un bastón.

»Miró el pestillo de la puerta, y entró en el molino... No oímos ya *pizzicato*... Pasó como un reloj cuyo *tic-tac* sonaba no hacía un minuto, pero que había dejado de andar...»

—¡Y tú también!—dijo el abate á su hermana, que se había parado para saborear la impresión que producía, porque veía bien que la producía sobre el barón de Fierdrap y sobre su hermano.—Anda, mujer, anda, y no nos abrases á fuego lento.

—«Son nuestros amigos—dijo Justo el Bretón, viéndolos venir en ese instante que puedo llamar supremo ahora, porque entonces sólo sentía una ansiedad sin nombre.

»Cuando llegaron á la altura y nos vieron:

—«Venimos á la cita—dijo La Varesnerie,—¿Dónde está el cabecilla?

—«¡Helo ahí—respondí, porque, desde que entró en el molino, mis ojos no se separaban de la puerta que dejó abierta.

»Salía, en efecto. ¿Se podía decir que con alguien? Traía, agarrado por el cuello con las dos manos á guisa de corba-

tín, al molinero, un hombretón panzudo, arrastrándolo en pos de sí por el polvo.

— « ¡Diablo! — exclamó Desfontaines (imitando siempre á Vinel Aunis); ya no es sólo azul el molino, sino también el molinero. »

» Cuando Destuches apareció en el umbral del molino silencioso, de donde no salió nadie más que él y ese molinero, que parecía no tener peso para las manos que lo aferraban, creímos que aquello había concluído... que lo había matado... y era ya bastante trágico, ¿verdad, barón? Pero ¡bah! dentro de nada íbamos á tener algo más trágico delante de los ojos.

» El molinero se había desvanecido bajo la presión de las garras de Destuches. Lo ahogaba la sangre—aquel hombre apoplético era como un tonel lleno hasta el tope,—pero vivía sin conocimiento, y el cabecilla Destuches, que medía la proporción de su esfuerzo á la fuerza del enemigo, sabía que vivía aquel hombre inmóvil...

» ¡Señores—dijo—este es el traidor, este es el judas que me entregó á los

azules! Todos los que han perecido en Avranches, Vinel-Aunis muerto probablemente, *M. Jacques* herido esta noche y enterrado esta mañana, y quince días en que me han hecho beber como agua los ultrajes y devorar como pan los más infames tratamientos, todo eso hay que ponerlo á cuenta del hombre que está aquí y cuyo suplicio me pertenece...»

»Escuchábamos creyendo que iba á apelar á nuestras carabinas, pero seguía sujetando entre las manos el cuello de aquel hombre, cuyo cuerpo oprimía contra el suelo, y cuya enorme cabeza tenía apoyada en el muslo, como si hubiese sido un tambor.

—» Señores—continuó; había visto quizá crispase algunas de nuestras manos en el cañón de las carabinas, gracias á la lucidez de la sangre fria que en medio de todo conservaba,—guarden ustedes su pólvora para soldados... ¡Acuérdese usted, señor de La Varesnerie, que yo no he querido contar con los Doce de la liberación sino para ser testigos de la justicia!... Yo sólo me encargo del castigo... Pedro el Grande, y no

se dirá que elijo mal ejemplo, fué á menudo, hasta donde yo sé, juez y verdugo en un momento mismo.»

»Ninguno de los que estábamos oyéndole y mirándole comprendíamos lo que quería hacer; pero sólo para intentar lo que pensaba... había que ser un milagro de fuerza... ¡había que ser lo que era él! Siguió sujetando con una mano aquella cabeza de toro del molinero, y se la colocó entre las rodillas montando brutalmente sobre la nuca... Creímos que iba á dislocarla. ¡Pero no era eso todavía, señor de Fierdrap. El molinero llevaba un cinto, como los que llevan aún los aldeanos de Normandía, una faja flexible y fuerte que sujeta los riñones de esos hombres dedicados á faenas rudas; y al verle desarrollar esa faja con la otra mano, nos dijimos: «Lo va á estrangular.» Pero á cada movimiento nos engañábamos.

»¡No! ¡Fué una cosa inesperada y para dejar atónito á cualquiera! Conservando al hombre entre las rodillas, cogió una de las aspas del molino, deteniéndola al pasar. Fué un alarde de

fuerza tan magnífico que lanzamos una exclamación...

»Seguía reteniendo el aspa con las dos manos.

—«Se le cita á usted, caballero Justo el Bretón—dijo—como uno de los hombres de más puños de todo el Cotentin. ¿Sería usted, pues, capaz de sujetarme un solo minuto este aspa que acabo de detener?...»

«Justo no resistió. Destuches lo ganó por la idolatría de su fuerza, por esa embriaguez de la fuerza que pagó más tarde, sucumbiendo á una pequeña herida... Justo tomó con orgullo el aspa del molino de manos del caballero, y, por el estímulo de esa rivalidad que centuplica las fuerzas humanas, la contuvo. La contuvo durante el tiempo que necesitó Destuches para atar al molinero con el cinturón á lo largo del aspa, la cual, libre de nuevo, recobró su amplio movimiento acompasado y silencioso.

»¡Ah! Era una extraña argolla, ¿verdad, barón? ¡Espectáculo nunca visto el de aquel hombre amarrado á un aspa

de molino que giraba sin cesar! El movimiento, el aire que hendía al describir de esa suerte la gran órbita del aspa, elevándose de pronto para tornar á bajar, y bajando para elevarse otra vez, le hicieron volver en sí. Abrió los ojos. La sangre que amenazaba reventarle la cara, como el vino demasiado violento revienta la pipa, volvió á bajar por todo el cuerpo, y el hombre palideció... Destuches tuvo una salida de marino:

—«Es que empieza el mareo»—dijo cruelmente.

»El molinero volvió á cerrar los ojos como si hubiese querido sustraerse á la horrible sensación del abismo de aire que bajaba sujeto al aspa implacable del molino, remontándose eternamente para volver á bajar, y bajando para tornar á subir... El sol que brillaba enfrente vino á agregar la ferocidad de su deslumbramiento á la tortura de ese extraño supliciado, que andaba por los aires. El infeliz empezó por chillar como un halieta á quien degüellan, así que recobró el conocimiento; pero á poco ya no chillaba... se quedó sin fuerzas

para gritar... ¡las fuerzas del cobarde! y se desmayó en el blanco lienzo del aspa como en un lecho de agonía. Creo firmemente que lo que sufría era inexpresable... Desde abajo se veían brillar al sol sobre sus sienes las gotas de sudor... Aquellos señores miraban impasibles con los ojos secos y los labios contraídos. Pero yo, señor de Fierdrap (¡y por Cristo, que era la primera vez de mi vida!), comprendí que no era tan hombre como pensaba. La mujer que alentaba en mí se conmovió, y no pude menos de decir á aquel vengador terrible:

—«¡Por Dios, caballero, abrevie usted semejante suplicio!»

«Y le alargué mi carabina.

—«¡Pues por Dios y por usted, señorita!—respondió.—Ha hecho usted esta misma noche lo suficiente para que yo no pueda negarle nada.»

«Y colocándose bien en frente, á treinta pasos, con la destreza del hombre que mataba al vuelo las golondrinas de mar en una canoa que las olas balanceaban como un columpio, disparó un

tiro tan certero, al pasar por delante de él el aspa del molino, que atravesó de parte á parte el pecho del hombre tendido sobre aquel blanco móvil.

»Corrió la sangre por el aspa tiñéndola de púrpura, y un chorro furibundo que saltó de aquel cuerpo sanguíneo como el agua de una bomba, dejó una placa roja en la pared. El caballero Destuches no había mentido. Acababa de transformar el risueño y tranquilo *Molino azul* en un espantoso molino rojo. Si existe todavía ese molino, teatro del suplicio de un traidor, cuya traición debió ofrecer pormenores horribles, aunque jamás sabidos de nosotros, para provocar tan implacable venganza, se debe llamar aún el *Molino de la sangre*... No se sabe ya probablemente la mano que la vertió; no se sabe ya por qué fué vertida la sangre que mancha ese muro siniestro; pero todavía debe ser visible, y hablará durante mucho con terrible misterio de una cosa espantosa allí acaecida, cuando no viva ya nadie para contarla.»

—¡Decididamente era un hombre fe-

roz la *bella Elena*—dijo el abate pensativo.

«El hombre feroz no se aplacó aún con esa venganza y ese suplicio—prosiguió la señorita de Percy.—Creímos que estaría aplacado... pero nos desengañó algunos instantes después. Abandonamos juntos aquella altura para volver, unos á Touffedelys, otros donde quisieran, puesto que la expedición había tenido éxito. Eran los últimos pasos que dábamos unidos. Ya á distancia, cuando seguíamos los caminos de abajo, yo, que iba al lado de Justo el Bretón, me volví á mirar por última vez la eminencia abandonada... El sol, sonrojándose como si se sintiese humillado de bajar hacia la tierra, enviaba como una mirada de sangre al molino ensangrentado... El viento que soplaba del mar, de aquel mar que volvería á recibir de allí á poco á Destuches, precipitaba las aspas de aquel molino que arrastraba por los sombríos aires su cadáver, cuando creí ver surgir del tejado puntiagudo columnillas de humo. Lo participé en las filas.

—«!Sólo el fuego purifica!»—dijo Destuches.

Y nos comunicó que había prendido fuego dentro del molino, añadiendo con el acento alegre de la guerra, por que en él siempre vivía el chuán:

—«¡Harina de menos para la comida de los patriotas!»

«El fuego había tomado cuerpo desde nuestra marcha, y cuando surgió la llama de la humareda que envolvió de pronto la eminencia y que la había ocultado:

—«A los muertos se les encienden cirios—dijo Destuches;—¡ese es el que yo pongo á *M. Jacques!* Esta noche me animará su resplandor largo trecho en medio de las brumas de la Mancha.»

IX

HISTORIA DE UN RUBOR

ENTRE tanto—continuó sin interrupción la señorita dePercy—después de andar otro poco, llegamos á un cruce de caminos que conducían á las diversas ciudades y pueblos del país. Allí había que separarse, después del último apretón de manos. Unos tomaron la carretera de Granville y de Avranches; otros se fueron hacia la parte de Vire y de Montain. Convenimos en reunirnos en Touffedelys, si había de promoverse á poco un nuevo levantamiento. Destuches siguió el camino que llevaba directamente á la costa. Justo el Bretón y yo fuimos los únicos de los Doce que permanecemos hasta el último instante

con aquel hombre, objeto para nosotros de un interés que adquiriría caracteres trágicos y de una curiosidad que jamás se ha visto enteramente satisfecha.

Debíamos volver á Touffedelys por los *Mielles*, como se llama á los arenales, siguiendo el mar y su larga línea sinuosa. Cuando dejamos las tierras labradas para entrar á las arenas, había cerrado la noche y salido la luna. Guiaba el caballero como quien sabe á donde va. Con su experiencia de marino conocía al minuto próximamente la hora de la marea que debía llevarlo á Inglaterra. Nosotros pensábamos, sin necesidad de decírnoslo, que tendría á sus órdenes en aquella costa apartada algún pescador fiel. Pero ¡cuál no fué nuestro asombro, al subir con él el último médano, cuando descubrimos la pleamar, brillante y tranquila en una línea tan inmensa como profundamente solitaria. Allí no había ni un servivo que esperase á Destuches, ni una barca, oculta en la arena, que se pudiese poner á flote para transportarlo.

—«¡Ah!—exclamó casi alegremente.

—Bien seguro es !por Dios! que hoy no hay espías en la playa. Desde mi prisión han podido dormir, y todavía no han recibido la noticia de mi libertad que va á evitarles el pecado de la pereza. Los señores guardacostas me creen guillotinado desde esta mañana y andan de asueto.»

—¡Valientes vacas marinas!—interrumpió el barón de Fierdrap, que, en su calidad de gran pescador, no podía tolerar vigilancia marítima de ninguna clase. ¡Siempre han sido lo mismo esos soldados anfibios, bajo todo régimen! Antes de la revolución, el que no había realizado ninguna acción brillante necesitaba veinticinco años de servicios como oficial para obtener la cruz de San Luis; pero los guardacostas necesitaban cincuenta. Eso los pinta.

—Sí—dijo Ursula, bastante indiferente por el momento al honor militar, y que dijo *sí* como podía haber dicho *no*; —pero ¡qué bonito uniforme tenían, blanco con vueltas verde mar!—añadió pensativa.—Quizá volvía á ver aquel uniforme en algún guapo mozo que le

agradara ensu juventud, y todo eso pasaba, como una gaviota entre la bruma, por el fondo de la niebla gris de sus pobres recuerdos.

Pero ¡bastante le importaban á la señorita de Percy los sueños de Úrsula ni los odios desdeñosos del barón de Fierdrap! Pasó, pués, adelante:

—«Pero ¿cómo va usted á embarcarse, caballero?—le dije.—Yo no veo una tabla en esta playa, y supongo que no pensará usted ir á nado desde la costa de Francia á la de Inglaterra.

—»Se podría ir—me dijo sériamente, y ¿quién sabe si no se sentía con fuerzas para ello?—Pero, señorita, si no hay tablas sobre la arena, las hay debajo.

»Entonces conocimos la prudencia y la inventiva de recursos de ese hombre nacido para la guerra de facción. Tenía la memoria de los lugares que caracteriza al piloto, y no la tenía sólo en el mar. Se orientó en el terreno donde nos encontrábamos, y sacó del cinturón una podadera, que sin duda había cogido en el molino, porque los azules no se hubiesen atrevido á dejar á semeiante

hombre ni la punta de un cuchillo siquiera. Y con esa podadera empezó á cavar la arena como hacen los pescadores de amonita.»

—Mejor sería decir «los cazadores»— interrumpió el barón de Fierdrap, serio como un dogma.—Yo nunca he comprendido la pesca sin el agua.

«En algunos segundos—siguió la narradora—Destuches desenterró una azada, y diez minutos después su canoa. Él mismo la había enterrado en aquel sitio cuando su último desembarque. Era su costumbre, según nos dijo. Jamás se confiaba á nadie.

»Obligado á internarse en tierra para llevar á tal ó cual sitio los despachos de que estaba encargado, no podía dejar aquella canoa, que él mismo había construído, en ningún amarradero, donde la habrían sorprendido los guardacostas.

Luego que la hubo desenterrado, la trasladó al mar, y no necesitó para eso de todas sus fuerzas. La canoa era una pluma. Saltó á esa pluma, que empezó á bailar suavemente sobre las olas. Ya

había vuelto á ser «la *Avispa*»; iba á volver á ser «el *Duende*.»

»Con el remo clavado en el suelo sujetaba la barquilla que se alzaba sobre la ola como un caballo fogoso que piafa.

—¡Adiós, señorita! ¡y usted también, caballero!—nos dijo á Justo el Bretón y á mí, de pie en la proa de su barca, y saludándonos con la mano.—¿Cuándo nos volveremos á ver? ¿Volveremos á vernos siquiera? Los aldeanos están cansados; la guerra decae. ¿No hablan ya de pacificación?... Sería menester que viniese aquí uno de los príncipes para reanimarlo todo.. ¡y no vendrá!—añadió con un gesto de desdén que me hizo daño, y que he vuelto á ver muchas veces en labios de servidores leales (y dirigió á su hermano una mirada de reconvención).—No traeré ninguno á la costa en esta canoa que traje á *M. Jacques*. Si acaba la guerra, ¿qué será de nosotros, de mí, por lo menos, que no sirvo más que para la guerra? ¡Iré á que me maten en cualquier parte, y esta costa no oirá hablar más de Destuches.»

»Le devolvimos su adiós.

—«Es hora de partir—dijo;—ha llegado el reflujo.»

«Dejó de sujetar la barca inmóvil sobre la ola espumosa de la playa, y con una de sus nerviosas remadas la engolfó en aquel mar, tan conocido de él, y desapareció entre dos olas para reaparecer más adelante, como un ave marina que se sumerge volando y vuelve á levantarse sacudiendo las alas. ¡Era cosa de preguntarse quién de los dos ganaba de nuevo al otro: si él al mar, ó el mar á él! Lo seguimos con la vista á la luz de la luna que tornaba luminosas las ondulaciones del agua; pero el oleaje que encontró en alta mar acabó ó por ocultarnos aquella especie de piragua de tan poca madera, aquella débil canoa casi fantástica. El *Duende* se había desvanecido... Nosotros nos dirigimos á Touffedelys por los médanos. La noche era soberbia. Rara vez la he visto más hermosa en mi vida nocturna de chuana. Ibamos oyendo menos cada vez el ruido del mar, que se alejaba y empezaba á descubrir sus primeras ro-

cas. Por la parte de tierra todo se hallaba en calma; la brisa del Océano moría en la playa; los árboles estaban inmóviles. Sobre la altura, allá en la azulada lontananza, concluía de arder, en silencio y sin socorro, el molino de viento solitario que había mutilado el fuego y no tenía ya sino tres aspas, que giraban aún. Invadidas las últimas por las llamas, merced á su situación, habían acabado por inflamarse. Una ardió más deprisa que las otras, pero las tres restantes, incendiadas también, llameaban y despedían chispas al girar, como habían despedido sangre por la tarde. Aunque perdido en la inmensidad del mar á aquellas horas, el terrible incendiario del molino podía verlo consumirse en medio de una atmósfera tranquila y envuelto en su llama recta como la de una antorcha, durante aquella noche transparente, sin nada de vapor—cosa rara en la Mancha, ese mar verde como un prado, cuyo rocío es la bruma. No sé que tristeza me invadió á mí, tan risueña. La mujer que había sentido en mis adentros, al ver tan cruel á Destu-

ches, alentaba nuevamente bajo mi disfraz de chuán... ¡Mi corazón se inundaba de compasión por Amada, á quien tenía que comunicar la muerte de *M. Jacques*, la muerte vengada por Destuches, circunstancia que no había de servirle de consuelo.»

Esta vez se detuvo la señorita de Percy como el que ha acabado su historia. Rechazó las tijeras con que venía accionando hacia el bordado que estaba revuelto con el estambre en el velador.

—Esa es, barón—dijo,—la historia de la libertad de Destuches que le había prometido mi hermano.

—Y que usted ha *narrado* muy bien, mi querida Percy—dijo Santa—que, deseando parecer amable, puso en su boca inocente el elogio cruel de esa humillante palabra.

Pero el barón de Fierdrap, que había hablado con tanta ligereza de la pena de Amada, el pescador antisenmental de dardos—que tan poco se cuidaba de los del amor, decía el abate, cuando estaba de humor de retruécanos,—el barón de Fierdrap andaba en vena de ter-

nura, había vuelto á ser el barón Hylas, y quiso que se le hablase de Amada.

«Yo fuí quien le comuniqué la muerte de su prometido—dijo la señorita de Percy.—Palideció como si fuese á morir á su vez, y se encerró para ocultar sus lágrimas. En Amada, como usted ha visto, barón, todo se concentra, y el exterior jamás pierde su calma. Lo único visible de esa pena, encerrada en su corazón como una reliquia en una urna, fué el fúnebre capricho de hacer desenterrar al que llamaba su marido del sitio en que lo habíamos sepultado, y envolverlo en el traje de bodas que ella lució una sola noche, transformándolo en sudario.

»Más tarde, cuando volvieron los sacerdotes y se abrieron de nuevo las iglesias, siéndole imposible soportar la idea de no reposar á su lado un día, resolvió trasladarlo al campo santo. Todo eso, barón, se hizo sin ruido, sin aparato, para calmar su corazón, cuyas heridas oculta tras sonrisas que entreabrían el cielo á desgraciados menos infelices que ella. En medio de su deses-

peración y de esa palidez que ha conservado siempre desde entonces—porque nunca ha vuelto á recobrar aquel encarnado de rosa entreabierto que hacía de ella la reina de las rosas de Valognes, donde la última muchacha de la calle deslumbra por su frescura,—cuando se le dijo que estaba salvado Destuches, volvió á ofrecer su cara aquel arrebatamiento inexplicable que le daba la apariencia de una estatua viva de coral.

«E inexplicable ha permanecido, señor de Fierdrap, tan inaudito rubor. Han pasado los años; ha marchado el tiempo; la vida no es ya para ella sino un gran silencio en un solo pensamiento; la sordera, la aisladora sordera, ha interpuesto una muralla entre ella y los demás, y la ha *encerrado en su torre*, como ella dice. Pues bien: que un día que ella oiga se pronuncie por casualidad en su presencia el nombre de Destuches, de que ahora se habla bien poco, y reaparecerá el fuego en esas sienes de una pureza de doncella muerta, y entre cuyos cabellos, á no ser

rubia, habrían empezado ya á brillar hebras de plata. Parecerá increíble, barón, pero es así. Mire usted: yo no quisiera nunca causar involuntariamente la menor pena á esta noble criatura; pero si este temor no me contuviese, y levantándome de mi sitio, me llegase á la que está bordando á la luz de ese quinqué desde hace tres horas sin oír una sola palabra de lo que hemos dicho, y le gritase al oído: «¡Amada, el cabecilla Destuches no ha muerto! El abate acaba de verlo en la plaza...» ¿apostamos, barón, á que el rubor, el rubor inexplicable, reaparecía en la cara de la prometida de *M. Jacques*, que nunca ha amado á nadie más que á él?...

—No digo que no—respondió el abate gravemente.—No cabe duda de que amaba á *M. Jacques*. Pero, ¿quién sabe—añadió bajando la voz (precaución inútil para ella, y sólo como si temiese por sí mismo lo que decía),—quién sabe... si, por caso extraordinario, no era tan pura?...

Y se detuvo, sin atreverse á acabar,

arredrado aquel abate gran señor, no ya sólo de su palabra, sino de su pensamiento.

—¡Oh, hermano!—exclamó la señorita de Percy, con un sentimiento inspirado á la vez por el horror y por la imposibilidad del supuesto, dando un golpe en el suelo con el pie á lo reina Berta.

Y las mismas Touffedelis, tornándose sensitivas, porque la imbecilidad se hace sensible á ratos, retrocedieron en sus sillones con una energía que pregonaba de sobra hasta qué punto las escandalizaba el pensamiento del abate.

El abate no acabó... Había dicho bastante. El sacerdote es siempre el más profundo de los moralistas. La mirada, aguzada por la confesión, va siempre más allá que la de los otros hombres. Se dice que el zahorí ve el cadáver al través del césped que lo cubre. El sacerdote es el zahorí de nuestros corazones.

Miró al barón de Fierdrap, que guiñó los ojos; tampoco añadió una palabra. Fué una pausa singular. El tonel del

Baco dió las dos. No ahullaban ya los perros de M. Mesnilhouseau. Fuera reinaba el silencio, no interrumpido ya por la lluvia, é invadía aquel salón, cuya chimenea se había apagado, y cuyo grillo, esa cigarra del hogar, que Santa llamaba una chicharra, se había dormido.

—¡Calle!—dijo el barón de Fierdrap. —Con toda esta historia no he tomado mi té. Abrió la tetera y metió dentro las narices. El agua se había evaporado á fuerza de hervir.

—¡Imagen de todo!—exclamó el abate. —¡Vámonos, Fierdrap! Dejemos acostarse á estas señoritas. Esta noche hemos tenido una verdadera orgía de conversación.

—No todos los días son de fiesta—respondió su amigo.—Ahora lo que tengo son unas ganas furiosas de que llegue mañana. Puesto que estás seguro de haberlo visto esta noche en la plaza de los Capuchinos, mañana tendremos quizá noticias del cabecilla Destuches.

Y se marcharon, después de sepultar la señorita de Percy su corpulenta per-

sona y su barril oriental dentro de su capuchón de tiritaña. El abate, que tenía más razón que nunca para llamarla «su gendarme,» se agarró á su brazo de autoridad, y le cantó á media voz, arrastrando los zuecos por las calles, las primeras palabras de una canción que le dedicó un día:

Conozco yo un militar
que va rezando el breviario,
y por todo regimiento
no tiene más que un soldado.

El tal es una niña
un poco montaraz.
¡Plan, rataplán, plan, rataplán!

El barón había encendido su linterna, como el abate, y los tres acompañaron solemnemente hasta el convento á Amada, á quien las hermanas Bernardinas, por deferencia á tal pensionista, concedían el permiso de recogerse tarde. El abate, su hermana y el barón iban más ó menos impresionados por aquella historia de uno de los héroes de su juventud, pero lo estaban menos seguramen-

te que *otra persona* que había allí, de quien nada he dicho todavía. Abstraídos en lo que contaban, la habían olvidado, y yo he hecho lo mismo que ellos... Esa otra persona no era más que un niño, de quien no hicieron aprecio, engolfados en su historia; y él, quietecito en su taburete, había permanecido junto á la chimenea, recostando en el mármol su cabeza prematuramente pensativa. Tenía unos trece años, la edad en que, si sois *juiciosos*, se olvidan de mandaros á la cama en las casas donde os quieren. Él lo había sido aquel día, por casualidad probablemente, y se había quedado en el vetusto saloncito, mirando y grabando en su tierna memoria aquellas caras que rara vez se veían en ese tiempo, y que ahora ya no se ven, é interesándose por aquellos tipos en que se mezclaba el genio bondadoso y bromista con tanto carácter y tan altos y grandes sentimientos. Tal circunstancia es una suerte para esta historia, si os ha interesado; porque, sin ese niño, estaría enterrada en las cenizas del hogar apagado de las señoritas de Touffede-

lys, cuya familia no existe ya, y cuya casa de la calle de las Carmelitas, la casa de esas primas de Tourville, habitan ahora ingleses de paso por Valognes; nadie, pues, en el mundo hubiera podido contárosla y acabarla, ya que, como veis, la historia no estaba concluída. La señorita de Percy no la había terminado, ni la terminó nunca. Quedóse interrumpida en aquel rubor, sobre el cual proyectó el abate con una palabra sola, una luz que sublevó á todos.

La señorita de Percy tenía fe en Amada, y los sentimientos de aquel espíritu enérgico eran inquebrantables. Amada de Spens guardó su secreto, y la señorita de Percy conservó su respeto hacia Amada. Murió creyéndola la Virgen-Viuda, como decía, digna de entrar con dos palmas en el cielo, las dos palmas de los dos sacrificios cumplidos. El abate, que tenía el tacto de los grandes espíritus, no hizo jamás una reflexión, ni habló nunca del cabecilla Destuches á la señorita de Spens, que, habiendo perdido á las Touffedelys después de la señorita de Percy, se enclaustró sin to-

mar el velo, y no volvió á salir del convento.

Pero el niño á que me he referido creció, y la vida, la vida apasionada con sus vertiginosas distracciones y los horribles sinsabores que las siguen, no pudieron hacerle olvidar nunca esa impresión de la infancia, esa historia tejida, como un tirso, de dos relatos entrelazados, ¡el uno tan soberbio y el otro tan triste! y los dos, como todo lo que es bello en la tierra, que parece sin haber dicho su última palabra, los dos sin desenlace. ¿Qué había sido del cabecilla Destuches?... No hubo al día siguiente las noticias que el barón de Fierdrap esperaba. En Valognes nadie conocía al cabecilla Destuches, y, sin embargo, el abate no era un soñador á quien se le hiciesen duendes los dedos como á las señoritas de Touffedelys y á Couyart. Había visto á Destuches. Era, pues, una realidad; había pasado por Valognes. Pero... había pasado... Por otra parte, ¿qué misterio encerraba la vida de esa bella y pura Amada de Spens con respecto á Destuches?... Dos cuestiones

cerniéndose eternamente sobre dos imágenes, y á las cuales respondieron después de veinte años las circunstancias, vencidas por el encarnizamiento del recuerdo. ¿Quién sabe? A fuerza de pensar en una cosa, se crea quizá el azar.

Yo no había cesado nunca de pensar en ese hombre y de informarme de su suerte, y el azar me reveló, en efecto, que vivía... que mi gran abate de Percy no se había engañado cuando lo vió y lo tomó por un loco. Desde Valognes, por donde había atravesado, como el rey Lear, en medio de la lluvia y la borrasca, de vuelta de Inglaterra, sustrayéndose á la vigilancia de las personas que lo restituían á su país, fué á parar á casa de una familia á quien espantó por la locura furiosa de que estaba poseído. El fracaso de sus ambiciones, el desconocimiento de sus servicios, la crueldad de la suerte que elige á veces las manos más queridas para herirnos, todo había sido parte para volver loco á aquel hombre, frío como Claverhouse, —loco cuyo vigor irresistible ofrecía el peligro de una calamidad, y exigía la

camisa de fuerza.—Lo habían encerrado misteriosamente en un manicomio, donde vivía hacía más de veinte años. Todo esto lo supe poco á poco, á retazos, como llega uno á saber las cosas que le ocultan. Pero, cuando lo supe, me prometí ver á aquel hombre, que se había esforzado en pintarme una mujer, como lo hubiera pintado un poeta. El estado en que encontraría yo á ese hombre heróico, muerto por completo y pudriéndose en el más tremendo de los sepulcros—¡una casa de locos!—era una razón más para desear el espectáculo. Es bueno empapar el corazón en el menosprecio de las cosas humanas, y, sobre todo, de la gloria, que se da muchos humos con los que se fían de ella, y creen que no puede engañar.

Llegó, pues, un día en que pude ver al cabecilla Destuches, y comparar mentalmente su figura juvenil, esbelta y terrible, como la de Perseo cortando la cabeza á la Gorgona, con la figura de un viejo, destruído por la edad, la locura y todos los reveses del destino. Inútil es decir lo que hice para lograrlo,

pero pude verlo... Lo hallé sentado en una piedra, porque hacía ya mucho tiempo que no era loco de atar, en un patio cuadrado, circuido de arcos, muy blanco y muy limpio. Desde que *no era malo*, lo habían sacado de los calabozos y le dejaban vagar por ese patio, en donde había una fuente cercada de acirates poblados de flores rojas, y en torno de la cual andaban algunos pavos reales. Él miraba esas flores rojas con sus ojos de azul marino, donde nada sobrevivía, excepto una llama que ardía aún sin pensamiento, como un fuego abandonado en el cual ya nadie se calienta. La hermosura de la *bella Elena*, de aquel hombre que fué un día más celestialmente hermoso que la bella Amada, según la señorita de Percy, se había desvanecido totalmente, pero su fuerza no. Era aún vigoroso, á pesar del agotamiento originado por veinte años de locura, que hubiesen consumido á cualquier hombre menos robusto. Llevaba un traje de muletón azul con botones de hueso y un pañuelo de Jersey al cuello, como un marinero; y eso

era: tenía trazas de un marinero viejo que espera aburrido en tierra. El médico me dijo que, avanzando la vejez, y sucediendo al furor la demencia, habíase operado en sus facultades el más irremediable y profundo desorden; que se creía gobernador de una plaza, de edad de dos mil años, y que en vano trataría de sacar de él un rayo de lucidez. Pero yo no me anduve en rodeos, y, sin más preámbulos, le dije bruscamente:

—¿Con que es usted, cabecilla Destuches?

Se levantó como si lo hubiese llamado, y quitándose su gorrilla de hule, me enseñó un cráneo calvo y pulimentado como una bola de billar.

—Es singular—dijo el doctor;—yo no hubiera creído nunca que respondiese á su nombre, teniendo tan perdida la memoria.

Pero yo, animado por el éxito, le dije á boca de jarro:

—¿Se acuerda usted de su evasión de Coutances, señor Destuches?

Miraba al vacío como si viese en el aire alguna cosa.

—¡Sí!—contestó, parándose un poco.—¡Coutances! y el juez que me condenó á muerte—añadió sin pararse,— ¡el bribón de...!

Lo nombró. Era un nombre subsistente aún en la comarca, y sus ojos de azul marino despidieron un rayo fosfórico de odio implacable:

—Y de Amada de Spens, ¿se acuerda usted?—agregué, como quien suelta un tiro tras otro, temiendo que el loco reapareciera, y queriendo herir con este último recuerdo el timbre mudo de aquella memoria gastada que había que despertar.

Se estremeció.

—¡Sí, también! — dijo, y parecía afluir á sus ojos un tropel de pensamientos.—¡Amada de Spens, la que me salvó la vida! ¡La hermosa Amada!

—¡Ah! Quizá era mía la historia que la señorita de Percy no había acabado... Y esa idea me comunicó la voluntad magnética que domina un minuto á los locos y les obliga á obedecer.

—¿Y cómo se arregló para eso, señor Destuches? ¡Vamos, diga usted!

—¡Oh!—respondió (yo había conseguido transmitir mi alma á su pecho, á fuerza de voluntad).—Estábamos solos en Bois-Frelon, ¿sabe usted? cerca de Avranches... Todos se habían ido... Vinieron los azules como venían frecuentemente, pasito á pasito... Cercaron la casa... Era de noche. Yo me hubiese dejado matar, arriesgándolo todo, tirándome por las ventanas como en la Faulx, pero llevaba despachos. Esos despachos me quemaban... Frotté estaba esperando. Lo han matado á Frotté, ¿verdad?

Temblé, temiendo que la idea de Frotté lo llevase demasiado lejos de lo que yo quería que me dijese.

—¡Lo han matado, lo han fusilado!—le respondí.—Pero, ¿Amada?...

Y le sacudí rudamente el brazo.

—¡Ah!—continuó.—Rezó á Dios... entreabrió las cortinas para que la viesen bien... Era la hora de acostarse... Se desnudó. Se quedó completamente desnuda. Jamás hubiesen creído que allí había un hombre, y se marcharon. La habían visto... Yo también... ¡Era her-

mosísima!... encarnada como esas flores que hay ahí (señalando las de los cuadros).

La mirada volvió á recobrar su aspecto vago y vacío, y empezó á divagar.

Pero yo no temía ya su locura. ¡Tenía mi historia! Con esas pocas palabras reconstituía el conjunto, como un nuevo Cuvier. Era, pues, cierto; el abate tenía razón, y tenía razón su hermana: ¡la viuda de *M. Jacques* seguía siendo la Virgen-Viuda! ¡Amada era pura como una azucena! Sólo que había salvado la vida de Destuches como jamás mujer salvó la de nadie... La había salvado ultrajando ella misma su pudor. Cuando los azules vieron, al través de la ventana, desde el escondite en donde estaban emboscados, aquella casta mujer que iba á acostarse, y se quitaba uno á uno sus velos como si sólo se hubiese hallado ante los ojos de Dios, no abrigaron ya ninguna duda; allí no podía haber nadie, y partieron: ¡Estaba salvado Destuches! ¡Destuches, que la había visto también como los azules... que, joven entonces, no tuvo quizá fuer-

zas para cerrar los ojos y no ver la belleza de aquella joven sublime, que, por salvarlo, sacrificaba la pureza inmaculada de las flores de su alma y la divinidad de su pudor! Luchando entre ese pudor tan delicado y altivo y la piedad que impulsa á salvar á un hombre, vaciló... vaciló, ¡sí! pero al cabo llevó su mano á ese cáliz de vergüenza, y lo apuró. ¡Mademoiselle de Lombrenil no bebió más que un vaso de sangre por salvar á su padre! Más adelante sufriría acaso Amada tanto como ella!... Aquellos sonrojos, que la cubrían por entero, cuando estaba presente Destuches, ó al oír su solo nombre, y que nunca la incendiaron con oleadas tan encendidas como el día en que la señorita de Percy pronunció sin saberlo la frase que le recordaba la desgracia de su vida: «*¡Destuches será su testigo de usted!*»; aquellos sonrojos eran signos, siempre prontos á reaparecer, de un suplicio que duraba eternamente en su pensamiento, y que tornaba más bello su sacrificio cada vez que la sangre ofendida la teñía con su ofensa.

Confieso que salí de aquel manicomio sin pensar más que en Amada de Spens. Casi había olvidado á Destuches... Antes de abandonar el patio me volví para verlo... Había tornado á sentarse bajo su arco, y con aquellos ojos que habían traspasado las brumas, las distancias, las olas, las filas enemigas y el humo de los combates, no miraba ya sino las flores rojas con que acababa de comparar á Amada, y, en medio de la abstracción de su demencia, quizá ni las veía...

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
A mi padre.	7
I. Tres siglos en un rincón apartado.	9
II. Elena y Paris.	31
III. Una joven envejecida entre verdaderos viejos.	49
IV. Historia de los doce.	67
V. La primera expedición.	117
VI. Un alto entre las dos expediciones.	177
VII. La segunda expedición.	193
VIII. El Molino azul.	225
IX. Historia de un rubor.	251

I

LA SONATA DE KREUTZER

POR EL

CONDE LEON TOLSTOY

En un estudio que la Sra. Pardo Bazán ha publicado acerca de Zola y Tolstoy, los más grandes novelistas contemporáneos, dice la ilustre escritora: «Tolstoy podrá escribir fábulas originales, pero endebles, v. gr. *Pánfilo y Julio*; en cambio, cuando acierta, marca la huella profundísima de su garra de león, creando un drama tan real, tan hondo, tan amargo, tan sublime—no es hiperbólico el elogio,—como *La Sonata de Kreutzer*, acaso la novela más profunda y genial de la temporada del 90 á 91.»

Elegante volumen correctamente traducido del ruso. **Tres pesetas** en las principales librerías.

ÍNDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS
ESCRITOS PUBLICADOS EN LA ESPAÑA
MODERNA DURANTE EL AÑO 1889.

- Abate Marchena.*—Carta inédita sobre el celibato eclesiástico.
- Altamira (Rafael).*—Bibliografía.
- Balari y Jobany (Jose).*—Estudio etimológico y comparativo.
- Barado (Francisco).*—Consideraciones generales acerca de nuestro estado militar.
- Barallat (C.).*—Bibliografía.
- Barrantes (V.).*—Trueba y sus amigos, y Sección ultramarina, en todos los números, desde Junio inclusive.
- Becerro de Bengoa (Ricardo).*—Antonio de Trueba.—El Monasterio de Carrión.
- Benot (E.).*—La crisis económica.—Las hipótesis.
- Botella (Cristóbal).*—Bibliografía.
- Cámara (Arcadio L. de la).*—Lo que es y lo que debiera ser el ejército.
- Campión (Arturo).*—Bibliografía.
- Cánovas (Luis).*—Jaime el Leveche, novela.—Un Wateríoo, novela.
- Cánovas del Castillo (Antonio).*—Carlos V y las Cortes de Castilla.
- Campoamor.*—Humoradas.—La poesía

- desdeñada por la ciencia y por la prosa.
- Carracido (José R.)*.—Bibliografía.—Precursores españoles de las ciencias naturales.
- Castelar (Emilio)*.—Necrología de Mancini.
- Castro (Adolfo de)*.—Un gironchino español.—Un enigma literario.—Combates de Toros en España y Francia.—El Tenorio de Zorrilla.—Quintana y Heredia.—La «Fabiola».
- Clarín*.—Bibliografía.—Sinfonía de dos novelas.—Revista literaria.
- Contamine de Latour (E.)*.—La literatura española en Francia.
- Coroleu (J.)*.—Bibliografía.—La Sociedad Catalana en tiempo de los condes de Barcelona.—El Quijotismo en el mundo gentilico y en la Sociedad Cristiana.
- Cortejón (Clemente)*.—Algunos secretos del lenguaje y estilo del *Don Quijote*.
- Delmás (Juan E.)*.—Cosas de antaño.
- Fernández y González (D. Francisco)*.—Los reyes Acosta y Elier (Agila II).
- Figueroa (Marqués de)*.—Bibliografía.—Consideraciones sobre el sufragio universal.
- García-Ramón (Leopoldo)*.—Escritores americanos.—Bibliografía.
- Giner de los Ríos (Francisco)*.—Sobre la idea de la personalidad.
- Guillén Robles (F.)*.—Estudio sobre la dominación de los españoles en Berbería.—Las picardías de Dalila (cuento de Las Mil y una noche), traducción directa del árabe.—Una embajada española en Marruecos en 1559.
- Lázaro (J.)*.—Revista general.—Bibliografía.

- Letamendi (José de)*.—El motor del porvenir.—Escultores-cuervos.
- Llorente (Teodoro)*.—El movimiento literario en Valencia en 1888.—Bibliografía.
- Mélida (José Ramón)*.—Crónica del arte.—Exposición retrospectiva del trabajo y las ciencias antropológicas.
- Morel-Fatio (Alfred)*.—Libros extranjeros sobre cosas de España.
- Ortega Munilla (J.)*.—Máquinas é industrias.
- Ossorio y Bernard (M.)*.—Apuntes para un Diccionario de escritoras españolas del siglo XIX.
- Palacio (Manuel del)*.—Poesías.
- Palacio Valdés (A.)*.—Seducción, cuento.—Niñerías.
- Palmerín de Oliva*.—Bibliografía.
- Pardo Bazán (Emilia)*.—Morrión y Boína, cuento.—Bibliografía.—La cuestión académica.—La Eloisa portuguesa.—Cartas sobre la Exposición.
- Pérez Galdós (B.)*.—Torquemada en la hoguera, novela.
- Rattazzi (Princesa)*.—Apuntes para mis memorias.
- Ríos (Srta. Blanca de los)*.—D. Juan.
- Riva Palacio (General)*.—Sor Magdalena (tradición mexicana).—Lorencillo.
- Rubió y Lluch (Antonio)*.—Poetas colombianos.
- Salas Antón (Juan)*.—Revista de revistas extranjeras.
- Sánchez Pérez (A.)*.—Bibliografía.—Los últimos libros de Galdós.—Frutos de la Encina, novela.
- Sardá (J.)*.—La Literatura catalana en 1888.—Bibliografía.

- * *Sbarbi (José María)*.—No hay hombre sin hombre.—Anás.
- Sellent (J. Eduardo)*.—Nuestra crisis económica.
- Simonet (J.)*.—Bibliografía.
- Torromé (Rafael)*.—Bibliografía.
- Tramoyeres Blasco (Luis)*.—Bibliografía.
- Urrecha (Federico)*.—El rehén del Patuco.—Tinita.—El Mausoleo.
- Urrutia (Carlos Martín)*.—El libro del Dr. Letamendi.
- Valbuena (Antonio de)*.—El liberalismo del P. Mariana.—El Instituto geográfico.
- Valera (Juan)*.—Novela parisiense mexicana.—Tabaré.—La religión de la humanidad.—Libros y Discursos.
- Valladar (Francisco de P.)*.—La Real capilla de Granada.
- Viada (Luis Carlos)*.—Bodas de oro.
- Vidart (Luis)*.—Las obras histórico-militares del capitán D. Francisco Barado.
- Villelga Rodríguez (Emilio A.)*.—Bibliografía.
- Yxart (J.)*.—Bibliografía.
- Zahonero (José)*.—Cuentos pequeños.

AÑO 1890.

- Álas (Fenaro)*.—Páginas Castrenses.—¿Por qué está descontento el ejército?
- Arenal (Concepción)*.—La cuestión social y la paz armada.
- Asensio (José María)*.—Fr. Juan Pérez y

- Fr. Antonio de Marchena.—Recuerdos de antaño.
- Balbín de Unquera (Antonio)*.—Reseña del arte taquigráfico.
- Banville (Teodoro de)*.—El primer amor.—*Memento vivere*.—Cómo se engaña á las mujeres.—El vestido de seda.—Ley de raza.
- Barbey D'Aurevilly (J.)*.—Un precursor de los dandys.
- Barrantes (V.)*.—Sección Hispano-ultramarina,
- Becerro de Bengoa (R.)*.—La literatura vasco-navarra en 1889.
- Benot (E.)*.—Versificación por pies métricos.
- Cambi6n (Arturo)*.—La sucesi6n de don Fernando VII en Navarra.—Contrastes, cuento.
- Campoamor (Ram6n de)*.—Un dogma inédito.—Poética.—La metafísica y la poesía ante la ciencia moderna.
- Cánovas del Castillo (A.)*.—La democracia en Europa y América.—Consideraciones histórico-críticas acerca del novísimo aspecto de la cuesti6n obrera.
- Casañ Alegre (J.)*.—Instituciones gremiales.
- Castelar (Emilio)*.—Cronica internacional.
- Clarín*.—Revista literaria.
- Cobeño (Blas)*.—La cuesti6n social.
- Coppée (Francisco)*.—Flores impuras, poesía
- Cortina (Juan J.)*.—Papeles viejos.—Indemnizaci6n de mesa.
- Cuningham Graham (Gabriela)*.—España.
- Cherbuliez (Víctor)*.—Guillermo de Humboldt y Carlota Diede.—El poeta don

- Serafín Estébanez.—Hegel y su correspondencia.
- Dacarrete (*Angel María*).—En la playa.—
En las máscaras, poesía.
- Darío (*Rubén*).—Invernal, poesía.
- Daudet (*Alfonso*).—La última lección.—La
defensa de Tarascón.—El chiquillo es-
pía.—Arthur.—El Elíxir del P. Gau-
cher.—La Arlesiana.—El último libro.
- Delmas (*Juan E.*).—Cosas de antaño.
- Dostoievski (*Th.*).—La Centenaria.—Cálcu-
lo exacto.
- Fernández Duro (*Cesáreo*).—Holandeses en
América.
- Figueroa (*Marques de*).—El renacimiento
literario y artístico de Galicia.
- Flaubert (*Gustavo*).—Un corazón sencillo.
- Freson (*Julio G.*).—Bayreuth.
- Gautier (*Teófilo*).—Enrique Heine.—Un
boceto de Velázquez.—Enrique Regnault.
- Gómez de Arteche (*J.*).—El año militar.
- Goncourt (*Edmundo y Julio*).—Ideas y sen-
saciones.
- González (*Fr. Z. Cardenal*).—El lenguaje
y la unidad de la especie humana.
- Koch (*R.*).—Las infecciones.
- Lapouliide (*Juan*).—Conversaciones militares.
- Lasso de la Vega (*Angel*).—La agricultura
en la antigua Roma.
- Leigton (*Federico*).—El arte en España.
- Letamendi (*José de*).—La medicina en 1889.
- Llorente (*Teodoro*).—Las letras en Valencia
durante el año 1889.—Flores impuras
(traducción).
- Macé (*G.*).—La Morgue.
- Martínez (*Fr. Zacarías*).—El moderno an-
ticristo.

- Matheu (José M.)*.—Rataplán, cuento.
- Mélida (José Ramón)*.—El arte japonés.
- Menéndez y Pelayo (M.)*.—Estudios sobre los orígenes del romanticismo francés.
- Mera (J. León)*.—Cartas á D. Juan Valera sobre asuntos americanos.
- Merchán (Rafael M.)*.—Cartas al Sr. Don Juan Valera sobre asuntos americanos.—El espinar cubano y la segur barrantina.
- Morphy (Guillermo)*.—El año musical en España.
- Murillo Palacios (F.)*.—Nota bibliográfica.
- Nocito (Pedro)*.—El Congreso penitenciario de San Petersburgo.
- Ortega Munilla (J.)*.—Poetas.
- Oliver (Miguel S.)*.—De la literatura mallorquina en 1889.
- Ossorio y Bernard (M.)*.—Apuntes para un Diccionario de escritoras españolas del siglo XIX.
- Palacio (Manuel del)*.—El vulgo.—Al Círculo de Bellas Artes, poesías.
- Palacio Valdés (A.)*.—Oradores políticos.—Estética del carácter.
- Pardo Bazán (Emilia)*.—Un destripador de antaño.—Últimas modas literarias.—Travesura pontificia.—La mujer española.—Dos cidianistas extranjeros.—Planta montés.
- Piernas Hurtado (J.)*.—La cuestión económica.
- Pontmartín (A. de)*.—El baño de la Malibrán.
- Posada (Adolfo)*.—La literatura de la sociología.
- Querol (Agustín)*.—Memoria relativa á la escultura.
- Querol (Vicente W.)*.—Última poesía.

- Renán (Ernesto)*.—El arte de la Edad Media.—Atenas.
- Sainte-Beuve (C. A.)*.—Madama de Sevigne.
- Sardá (Juan)*.—La literatura catalana en 1889.
- Schopenhauer (A.)*.—La reputación y el punto de honra.
- Thebussem (Doctor)*.—Un arbitrio del siglo XVI.
- Tolstoy (Conde León)*.—Recuerdos de mi infancia.—La sonata de Kreutzer.
- Turguenef (I.)*.—El judío.—El perro.
- Valera (Juan)*.—Sobre lo inútil de la metafísica y de la poesía.—El renacimiento clásico de la literatura catalana.—Portugal contemporáneo.—*Viajens na Galiza*.—Verdades poéticas.—Novela programa.—La metafísica y la poesía.
- Zola (Emilio)*.—Gustavo Doré.—Proudhon y Courbet.—La literatura y la gimnasia.
- Balzac.—Alfonso Daudet.

PERSONAJES ILUSTRES

I

EL P. LUIS COLOMA

BIOGRAFÍA Y ESTUDIO CRÍTICO CON RETRATO DEL P. COLOMA Y VARIOS GRABADOS

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

CONTIENE:

- I. Biografía.—II. Porqués de la algarada.—III. Intolerancia vuelta del revés.
IV. La aristocracia y las letras.—V. La decadencia aristocrática.
VI. El remedio del Padre.—VII. De lo vivo á lo pintado.
VIII. Antecedentes literarios.—IX. El naturalismo de «Pequeñeces.»
X. Currita.—XI Y final.

Precio: **dos pesetas.**

II

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

POR

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Precio: **una peseta.**

III

VENTURA DE LA VEGA

POR

JUAN VALERA

Precio: **una peseta.**

EXTRANJEROS ILUSTRES

TOMOS PUBLICADOS

- I. *Forge Sand.* VI. *Dumas* (hijo).
II. *Víctor Hugo.* VII. *Flaubert.*
III. *Balzac.* VIII. *Chateaubriand.*
IV. *Alfonso Daudet.* IX. *Los Goncourt.*
V. *Sardou*

Todos por E. Zola, al precio de una peseta.
Los pedidos al por Mayor á los Sres. Sáenz
de Jubera Hermanos, Campomanes, 10, Madrid.

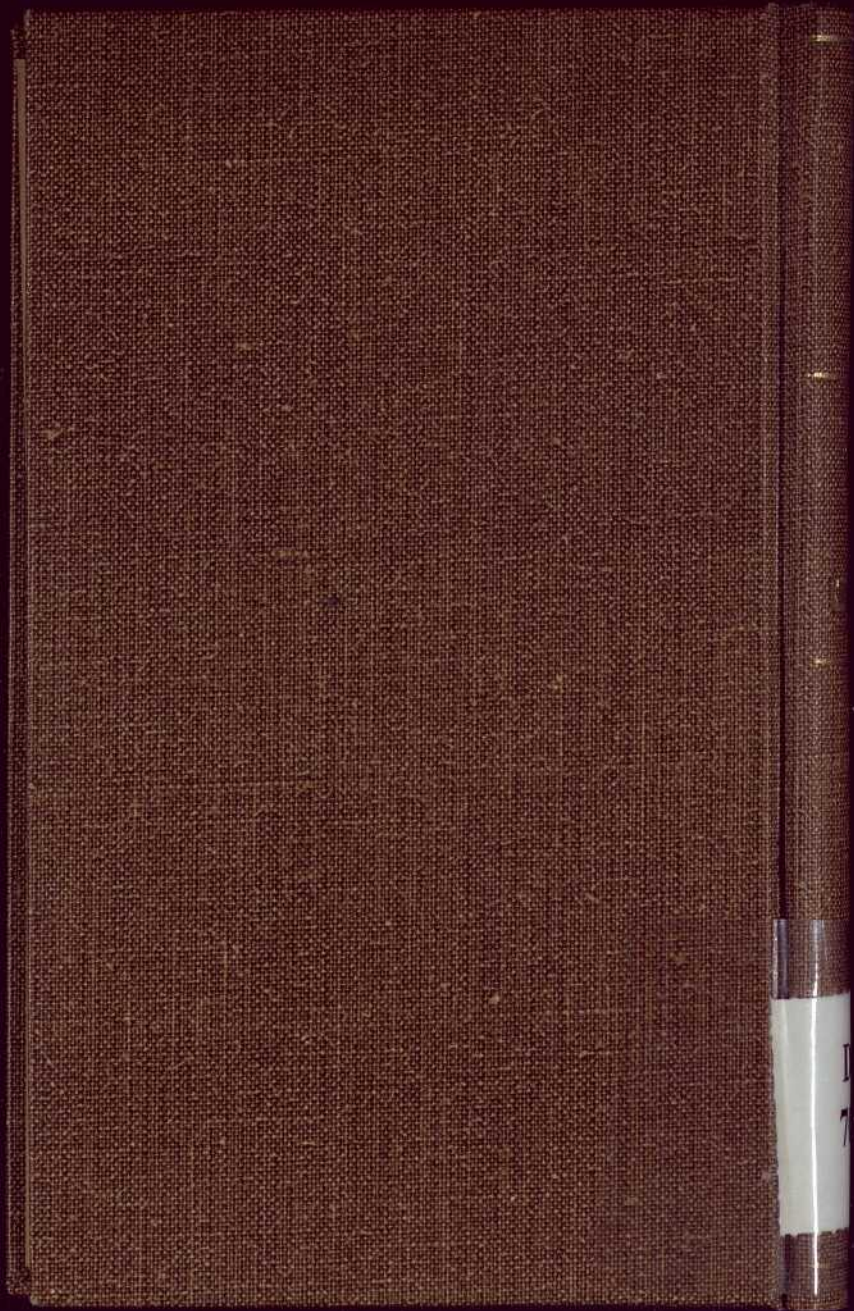


B.P. de Soria



61180653

DR 7049



LIMBURY

CANTONIA

DR

7049